

(SOCIALES)



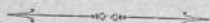




R-1405

Tejuelo 2256

DEMOCRACIA CRISTIANA



CARTAS * SOCIALES

por

DON PEREGRINO

Párroco leonés



LEÓN: 1902

Imp. de Nicolás López Muñoz
Calle del Conde Luna, 13

n.º 3576
R. 2430 (AL)

REPUBLICAN PARTY

STATE OF MICHIGAN

DON BROWN

1900

1900

1900

1900

1900



A los distinguidos, aventajados y
amabilísimos jovencitos, D. Antonio
y D. Valeriano Weyler y Santacana,
dedica este trabajo su ex-Profesor,


DON PEREGRINO

Párroco leonés

A mi querido amigo

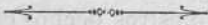
D. Clemente Bravo en prueba
de afuera consideracion y
amistad

El autor





CARTAS Á IGNACIO



Mi querido Ignacio: Tu favorecida me ha llenado de consuelo y dulcedumbre; pues en ella por modo elegante y maravilloso, resplandece retratado con lumbres suaves y vivas tu hermoso corazón, tu ardiente patriotismo y tu fé profunda y arraigada é ilustradísima.

Tu bella carta es una arrogante prueba, de que muy lejos de excluirse la fé y la patria, el sentimiento nacional y el sentimiento religioso se fortifican el uno por el otro, se elevan el uno por el otro.

¡Qué bien dijo el poeta, al dar este célebre grito!

*¡oh cuán querida al corazón cristiano
la dulce patria es!*

Exclamación del cielo y de la tierra: sonido misterioso, que dan unidos el tiempo y la eternidad.

Pero ¿qué importa aquí el misterio? Aceptemos, y bendigamos los beneficios de Dios, aunque ignoremos en qué tesoro los ha tomado; además que este misterio, como todos, arroja una luz vivísima.

Dios ha hecho la patria de la tierra; y Dios ha hecho la patria del cielo, la Iglesia: y Dios ha derramado por nuestros pechos el amor, que nos pide para los dos.

Nada hay tan reverenciado, como el umbral de la patria: En la patria todo es santo, como en el cielo.

La historia de la patria es sagrada; y si en ella hay arruga ó mancha, el verdadero patriotismo las cubre con el santo palio del respeto, como cubrieron los buenos hijos de Noe la desnudez y deshonor de su padre.

Es maldito de Dios y de los hombres el hijo que no cubre á su padre; y el hijo que baldona las debilidades de su madre, la patria.

La patria es buena, es santa, como es buena y santa la Religión.

Yo no sé, mi querido Ignacio, con qué arte divino ha fundado Dios en nuestro corazón el sentimiento católico y el sentimiento patriótico.

Yo no sé cómo; pero ello es, que todos, por un movimiento tan sencillo como espontaneo,

hacemos una sola y misma cosa de la casa de nuestra infancia y de la Iglesia, del cementerio y de los bosques, de los campos de la oración y de las alamedas de la amistad; cosas todas igualmente queridas, como que son los piadosos elementos de nuestra vida, á quien vivifican y hermo-sean, como vivifican y hermo-sean á la flor, la tierra, de quien recibe su savia, y el cielo, donde respira.

Altar y hogar, cosas sagradas, que los antiguos no separaron nunca: la historia del mundo responde á la historia de nuestro corazón.

Jesucristo ha transfigurado esto, como lo ha transfigurado todo.

Todas las naciones católicas han tenido sus Macabeos: la religión ha tomado parte en sus glorias y en sus reveses; ha bendecido, sin traición, las banderas contrarias: y á la manera que Dios desde lo alto de su trono tiende sobre todos los hombres el manto de su amor, siendo tan diversos los pueblos y los sucesos; así la Religión ha cantado la victoria, y honrado la derrota, á un mismo tiempo.

El sentimiento nacional y el sentimiento religioso se fortifican el uno por el otro, y mutuamente se elevan y engrandecen.

Y es que todos pertenecemos á dos ciudades,

estamos sometidos á dos poderes, y tenemos dos patrias; la ciudad eterna y la ciudad terrestre, el poder espiritual y el poder temporal, la patria del linaje y la patria de la fé.

Y estas dos patrias, aunque distintas, no son enemigas; muy lejos de esto, ellas se hermanan, como el alma y el cuerpo se hermanan, están unidas como el alma y el cuerpo están unidos; y así como el alma ama al cuerpo, aunque el cuerpo se rebele muchas veces contra ella; así la patria de la eternidad ama á la patria del tiempo, y cuida de su conservación, aunque ésta no corresponda constantemente á su amor.

El amor de la Iglesia y el amor de la patria están tan unidos, y se compenetran tan íntimamente, que parece que no tienen más que un mismo objeto: el primero ensalza y santifica al segundo; y de los dos se forma una especie de patriotismo sobrenatural, de que San Pablo nos ha dado el ejemplo y la expresión en estas sublimes palabras de su epístola á los Romanos: «Yo tengo en el corazón una gran tristeza y un dolor que no cesa; porque yo deseaba ser separado de Cristo, por el anatema, en favor de mis hermanos.»

¡Era imposible expresar más enérgicamente el amor patrio, hecho sobrenatural por la fé.

Por lo demás, ya Moisés había expresado esto mismo con aquellas imponderables palabras: «Señor, ó bórrame á mí del libro de la vida, ó perdona á este pueblo.»

Los Profetas todos están llenos de estos rasgos patrióticos hasta Jesucristo, que, llorando por Jerusalem, la decía con un dolor piadosísimo y tiernísimo: «Jerusalen, Jerusalem, cuántas veces quise congregar á tus hijos, como la gallina á sus polluelos; y tú no has querido.»

¡Y las palabras que dijo desde la Cruz: «Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen»!

Y con esto que hemos dicho ya no es tan misterioso el sonido, quedan entrelazados, con guirnaldas de amor, el tiempo y la eternidad:

*¡Oh cuán querida al corazón cristiano
la dulce patria es!*

Y hoy que España es vendida por los propios, y pisoteada y escarnecida por los extraños; hoy, los buenos españoles y los buenos católicos deben, con mayor deber, ensalzar, defender y cubrir con el solio del respeto á su madre la patria ¡y una patria como España!

Todas las patrias deben ser queridas; pero la patria de Sagunto, Numancia y Lanciá; de Covadonga y las Navas; la patria de la Epopeya

de los ochocientos años de reconquista, y la patria de San Quintín, de Lepanto y de la Independencia, de Gerona, Bailén y Zaragoza: esta patria bendita, esta tierra de María Santísima, patria como ésta no la hay sobre la haz de la tierra.....

La patria de San Isidoro, del rey sabio, de Calderón, Cervantes, de Suarez de Vives, de Balmes, de Menéndez Pelayo; ¡esta patria merece ser adorada!

Mil plácemes mereces por tu carta, querido Ignacio, en donde has pintado por tan hermoso y vivo modo tu ardiente y noble españolismo.

Respecto á la causa que á nuestros quebrantos y desdichas tú señalas, cargando toda la culpa á la masonería, cierto, que tienes razón sobrada: los masones son indudablemente los autores de nuestras desdichas y los fautores de nuestros fieros é implacables enemigos; sin embargo, créeme, el poder de la masonería es grande para destruir, pero nulo para edificar. Y sabes ¿por qué? porque todo aquello, que en la sombra comienza, acaba en la sombra.

Cuando te hablen de una sociedad secreta, figúrate que te dicen que se ha asociado la nada.

La obscura, tenebrosa y subterránea masonería puede trabajar sordamente, conmoviendo los fun-

damentos de los Estados, vender colonias; destruir armadas y deshonorar ejércitos; pero tener una vida regulada y pública, eso no lo podrá nunca.

¿Qué ha realizado aquí en España la masonería reinante? desdichas y desastres: la masonería es el genio de las ruinas.

Todo lo que comienza y se arrastra debajo de la tierra, es incapaz de vivir en pleno día y al aire libre.

Mi querido Ignacio, nuestras desdichas tienen principios más altos y raíces más profundas: la cuestión de las ruinas es ahora, y fué siempre, la cuestión que pone en duda la autoridad de Dios.

Aquí, Ignacio, aquí es donde se toca la raíz de los males y desdichas nuestras, y del mundo.

Dá una vuelta, y mira en torno nuestro esos restos, que componen el orden frágil, en que vivimos ¿quién los ha hecho? ¿Qué mano ha destruido el antiguo edificio en que España, asentada en la unidad, reconocía leyes y poderes sagrados para todos? ¿De dónde viene que los pueblos todos se agiten y se estrellen como olas, que no saben su camino; y que autoridades y súbditos, conmovidos por un terror común, esperen en la mayor ansiedad, yo no sé qué sombrío é inexplicable porvenir?

La autoridad ha perdido sus áncoras: de la frente de los reyes ha huido la dulce aureola, que Cristo grabó en ella con su muerte.

El respeto se ha disipado en el corazón de todos: la mano del joven aprieta, con una virilidad impía, la mano del anciano...

Tú sabes, mi querido Ignacio, la razón de todo esto, que es pavorosísimo: ¿y quién no lo sabe, sino sólo esos ciegos voluntarios y pertinaces, que antes quieren arrancarse los ojos, que mirar la verdad?

Fué que los sabios, conjurados con los reyes, minaron en el mundo la autoridad de Dios.

Fué, que el hombre se creyó sobrado fuerte para reinar sobre el hombre; y, al quitar la clave, el arco se vino sobre sus cabezas.

Fué que, arrojándose con ardor sabios reyes fuera de toda dependencia de Dios, rompieron el lazo santo, que une las cosas de la tierra al polo del cielo.

Hubo un momento en que se pudo decir de esta conjura de reyes y de sabios, lo que se dijo de Alejandro: la tierra enmudeció ante ellos.

¡Ah, necios é insensatos! y no pararon mientes en que á medida que ellos debilitaban la autoridad divina, la autoridad humana se quedaba

sin fundamentos; hasta el día en que no ha quedado ni señal de ella en la frente de nadie!

El naturalismo, el racionalismo es quien causó todos estos desastres.

Y para ceñirnos á nosotros propios: los españoles fuimos grandes, muy grandes con Dios: nuestra historia fué la primer historia; España llenó el mundo con la fama de su nombre, con el poder de su brazo, con las lumbres de su inteligencia, con la hermosura de su bondad, mientras España fué el Israel de Cristo.

Vino el racionalismo; lo secularizó todo: y todo lo hemos perdido, hasta el honor.

Tú, mi querido Ignacio, convendrás conmigo en que ésta y no otra es la causa de nuestra deplorable situación actual.

Tienes razón, ya es hora de que todos reconozcamos nuestras culpas y salgamos de nuestros errores.

España, cierto, se halla en una hora muy notable de su destino, hace sesenta años que hombres desvariados, no diré malos, pero sí desjuiciados y sin tino, con más hervor de corazón que prudencia en la cabeza, alardeando libertad, ciencia y progreso, han ensayado fundar todas las cosas humanas sobre la naturaleza y la razón: se creyeron, infatuados, capaces

de reinar sin la intervención de ninguna idea divina.

A la vista está el resultado lacrimoso, sangriento y funestísimo de una tentativa tan descabellada.

La disciplina social, rota en pedazos; los resortes ingeniosos, con que pensaban sujetarla, sin fuerza ni consistencia, lo mismo contra las agresiones que contra las resistencias: hasta aquello mismo que habia de noble y generoso en sus planes, ha resultado tan infeliz, como lo mismo quimérico, para dar á la obra magnificencia, duración y majestad.

Ya es tiempo, sí y más que tiempo, para que vean hasta los ciegos, que nos falta algo; para que adviertan hasta los insensatos, que es menester desconfiar de nosotros mismos; ya es tiempo, y más que tiempo, de que todos adoctrinados dolorosamente por la providencia innata de las cosas, juzguemos necesario de toda necesidad levantar los ojos y todo nuestro sér hacia el polo eterno, donde se sienta incommovible la ciencia de lo pasado y de lo porvenir.

Acabemos de entender, de una vez para siempre, que para todo, y muy principalmente, para gobernar, es preciso llamar á Dios en nuestro auxilio; reconozcamos que tenemos con Dios re-

laciones más profundas, que las de las de la naturaleza; y que renunciar á ellas por debilidad ó por orgullo, es arrebatár al género humano, con sus deberes más grandes, sus virtudes más generosas y sus facultades más excelsas y necesarias.

¡Si hasta los mismos racionalistas confiesan ya la nada de sus esperanzas y de su razón!

Todos confiesan ya que, así como todos los ríos van naturalmente á verter sus aguas al Océano; así la borrascosa duda es el término natural del racionalismo.

¿Y qué es toda la ciencia, cuando se envuelve entre las nubes de la duda?

El sueño de una sombra; algo, semejante á los campos aquellos Elíseos del paganismo, que no tenían ni anchura, ni profundidad, ni luz reales; campos poblados de fantasmas, siendo el primero de ellos la misma felicidad, que tanto se ensalzaba.

¿Qué dicen los últimos racionalistas?

Sostienen que la razón del hombre es un progreso continuo, en que cada idea nueva mata la antigua.

Sostienen que nada hay estable y absoluto; que todo está destinado á perecer, excepto esa increíble facultad, que hace vivir, por un momento, lo que por necesidad debe morir.

Confiesan paladinamente que la razón es como el tránsito acelerado de un meteoro, á través de los sepulcros, en los cuales deja... un puñado de ceniza.

Ya comienza á descender el orgullo racionalista: y con la humildad viene siempre la luz de Dios.

¡Que Dios nos alumbre á todos con su gracia; que bien lo habemos menester todos!

Tuyo afectísimo,

DOX PEREGRINO





CARTA 2.^a

Sí, mi querido Ignacio, tienes muchísima razón: como que tus palabras están calcadas en aquellas otras de la Sagrada Escritura: El camino de los malos, barrancos y despeñaderos: Dios está mirando fijamente á los malos, para borrar de la tierra su memoria: que Dios se reirá de ellos en su muerte, y les hará burla... ¡qué frase! La burla de Dios dañará más que todo el fuego del infierno.

Y aquello de: El fin y acabamiento de los malos es pésimo: y lo que se dice en otra parte de que Dios castigará de muchos modos al pecador: quebrantará los dientes á los pecadores: que los disipará, como al polvo, que se lleva cara al viento: que lloverá lazos sobre los pecadores; y que el fuego y el azufre y el espíritu de las tormentas serán parte del cáliz amarguísimo, reservado á los pecadores: hiel de escorpiones será su bebida; y que un torbellino los arrebatará, como hojarasca.

Todo esto es muy cierto, como tomado que está todo de la Sagrada Escritura: pues por la misma razón es verdad certísima, lo que me afirmas sobre la dicha, aun en esta vida, de los buenos.

¡Qué palabras tan regaladas les dedica Dios en los Salmos; y qué frases tan ardientes y arrobadoras les dirige en el Cantar de los Cantares!

Que prosperará, cuanto los buenos intenten, como prospera el árbol plantado á la vera de las aguas corrientes. ¡Qué hermosura!

Que no tema el justo, aunque le rodeen mil pueblos: que Dios glorifica á los que le temen; porque del Señor es la salvación, y su bendición está siempre sobre su pueblo.

Que los ojos de Dios están, á la continua, sobre los justos; y sus oídos atentos siempre á las súplicas de los buenos.

Que los justos adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán.

Que los justos no se verán nunca en necesidad; ni sus hijos pasarán hambre, y otras mil y mil expresiones, que nos declaran, por elocuente manera, lo que nos dice el Padre Nuestro y decimos todos, todos los días: Que Dios es nuestro Padre.

Todo esto que tú, mi querido Ignacio, me dices en tú regalada y favorecida, todo esto es muy bueno, da fé de tu bondad, certifica de tu confianza en Dios, manifiesta tu amor, testifica tu fé y tu esperanza, cosas todas muy excelentes; pero que no son bastantes, querido mío, no son suficientes, para levantar ruinas y resucitar muertos.

El racionalismo lo ha desvencijado todo, todo lo ha descompuesto y trastornado; el racionalismo se ha arrastrado detrás de todo, de la verdad, del bien, de la belleza, de la sociedad, de la sociedad principalmente, para deshonrarlo todo, á imitación de esos animales viles y rastroeros, que siguen á su presa de noche, y sobre ella se arrojan traidoramente.

Dos veces ha reinado el racionalismo en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto; y dos veces ha desarmado al entendimiento humano.

Su reaparición en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado.

Así y todo, hay que hacer justicia al racionalismo de ogaño: él ha sentido muy profundamente el contacto del Evangelio: él ha comprendido que existe un lazo secreto entre el Evangelio y la humanidad; él tiene la seguridad de que mientras no se haga á favor de los hom-

bres alguna cosa mejor que la hecha por el Evangelio, Jesucristo continuará reinando en el mundo.

¡Impresión grande y profunda! pero gloriosísima en sus resultados para la verdad, para Jesucristo y la Iglesia.

Dios ha permitido que el racionalismo tomase al mundo; que hiciese todos sus ensayos; que emancipase al pueblo del Evangelio... el Evangelio era la clave social; y al quitarla el arco cayó sobre la cabeza del racionalismo: no hay más que ruinas en todas las esferas.

Pero es menester que el pueblo note bien que cuantas veces se le emancipa de los deberes religiosos, otras tantas se le arrebatan derechos preciosos, que estaban ocultos tras de los deberes.

Es preciso hacer que el pueblo vea que siempre que han tratado de libertarlo del Evangelio, ha sido dolorosamente burlado; burlado en su bolsillo, burlado en su salud, en su entendimiento y en su corazón.

¡Ah! lo espero yo también, mi querido Ignacio; y llegará presto el día, en que el pueblo desengañado vuelva hacia su antiguo Señor Jesucristo, que conoce los derechos del pobre, porque Él fué pobre también.

Vendrá el día, y vendrá luego, en que el pueblo desengañado besará nuevamente la cruz de Cristo, empapada en las lágrimas de todos los que sufren; y que le dirán con amor más ferviente, que en lo pasado: Yo pobre pueblo, vengo á vos, Jesús, que jamás habéis engañado al hijo del pobre.

Pero, querido Ignacio, vuelvo á repetírtelo, el racionalismo todo lo ha confundido y trastornado.

El error siempre fué confusión, trastorno y corrupción.

Antes de Jesucristo, el error, el príncipe de las tinieblas confundió, trastornó y corrompió la verdad en el paganismo.

Después de Jesucristo lo confundió, trastornó y corrompió con el judaismo, el mahometismo y la herejía.

Pero Dios, la Religión, el deber se ostentaban aún visibles sobre el horizonte de todos los pueblos aun los más depravados, como asoma la luz del día sobre los amontonados vapores, que presagian la tempestad.

Se necesitaba, pues, un arma más poderosa y se encontró en el raciocinio.

Demasiado sabes tú, querido Ignacio, que el raciocinio es una facultad nobilísima del hom-

bre y un admirable instrumento concedido á los seres finitos, los cuales no pudiendo como Dios, abarcar la verdad de una sola mirada, tienen necesidad de explorarla y descubrirla, como se explora una mina, en que cada filón señala el rastro de otro filón.

Sólo que el raciocinio, como todos los instrumentos finitos, tiene sus lunares y deficiencias: á cierta profundidad pierde la lucidez; y en esas regiones avanzadas el encadenamiento de la deducción no puede ser seguido, sino por ingenios muy ejercitados.

Y éstos son muy pocos: los talentos sútiles y seguros son limitadísimos: la masa de los hombres tienen escasa lógica; y con la mayor facilidad equivocan el sofisma con la realidad severa del raciocinio.

Además, el raciocinio fácilmente se entretiene con las mil sutilezas, que están escondidas en el laberinto del pensamiento.

Por otra parte, el campo intelectual tiene mil entradas y salidas; y ni el mismo Aristóteles, el hombre más sagaz que ha existido, apenas ha podido señalarlas todas.

Y sucedió, lo que era natural que sucediese, que mientras la tradición corrompida de la verdad había dejado vestigios de ésta por todas

partes; y mientras la conciencia subyugada por el deleite había lanzado gemidos siempre y donde quiera: sólo el raciocinio, el abuso del raciocinio tuvo la gloria de arrasarse hasta los cimientos el templo sagrado de la verdad.

El racionalismo, el abuso del raciocinio, recreo mortal de algunos talentos, ha sido padre del ateísmo, autor de la blasfemia, causa de las más grandes ruinas: el raciocinio ha hecho á muchas almas el mezquino dón de la nada; y éstas se han regocijado...

El racionalismo, pues, el racionalismo es el enemigo: á éste hay que combatir sin tregua ni descanso, con todas las armas y en todos los terrenos, y sobre todos, en el terreno social. porque la sociedad es el confluente de todos los pensamientos y de todos los movimientos del hombre, la manifestación pública de lo que él vale, y de lo que valen las enseñanzas, en que ha recibido su desarrollo interior.

Bueno, muy bueno es que tengamos compasión á los racionalistas; así lo demandan de consuno Dios y la razón.

Hay que tener muy presente que llevamos setenta años de reinado racionalista; que queriéndolo, ó no lo queriendo, todos hemos aspirado ese ambiente pestilencial en cátedras, ateneos,

revistas, periódicos, teatros, en todo; porque la acción racionalista es mucho más activa y extensa é intensa, que la herética y pagana; razón por la cual tienen los individuos menos culpa; y por otra parte, la reacción católica se deja ya sentir en todas las esferas; aspira á renacer; en todas partes es muy conveniente ayudarla con el impulso de una palabra amiga, de una palabra que suplique, más bien que mande; que contemple, más bien que hiera; que entreabra el horizonte, más bien que lo desgarré; que trate, en fin, con el entendimiento, y le facilite la luz, como se contempla la vida en un sér enfermo y tiernamente amado.

Pero el racionalismo, padre de nuestras desventuras é incontables desastres... duro y á la cabeza, y sin contemplaciones.

¿No te parece á tí lo mismo, mi querido Ignacio? Seguramente que piensas como yo.

Pues bueno; ayúdame tú con tu mucha ilustración, con tu fé profunda, con tu esperanza robusta, con tu caridad ardiente, con tu fervoroso entusiasmo, para esplendor de la religión, gloria de Dios y bien de la humanidad.

Quizá nosotros no lleguemos á tocar la meta de nuestro intento, no importa; el solo proponerlo es acción noble, y las nobles acciones son

sobremanera simpáticas y atractivas: tras un propósito bueno, viene otro y otros, hasta que la espiga madure: que seamos nosotros ú otros los que con la hoz recojan la cosecha, nada importa: el Señor lo ha dicho: Uno es el que siembra, y otro el que recoge la cosecha.

Porque ten la seguridad inquebrantable, mi querido Ignacio, de que ahora, como siempre, el triunfo será de Dios, más tarde ó más temprano: además que en la misma naturaleza del abuso del raciocinio, encerró Dios el remedio; y este remedio es la anarquía, producida por el raciocinio en su propio imperio.

¿No estamos viendo nosotros que á los pensadores racionalistas les sucede, lo que á las olas, que se estrellan en la playa, que unos á otros se sepultan por el efecto mismo de su movimiento?

Además, cualquiera advierte, por idiota que sea, que en el racionalismo no hay ni ciencia, ni seguridad, ni paz, ni, como dice un elegante escritor, ni una cabaña, donde dormir de noche, ni siquiera un sueño, con que entretenerse.

Están contados los días del racionalismo.

Como todos los elementos sociales han sido confundidos, trastornados y corrompidos por el racionalismo, á mi entender, lo primero y más

principal será dilucidar estos elementos, y cristianizarlos; así lo tiene mandado el inmortal Pontífice reinante León XIII.

Después de hablar algo sobre la sociedad y sus relaciones con la Santa Iglesia, trataremos de la familia, de la propiedad, del derecho, de la autoridad, de los frailes ú órdenes religiosas; y, por último, de la Unidad católica, base de la unidad social.

Vasta es la materia, difícil la investigación, pobres nuestros recursos; pero más hace una buena voluntad, que una poderosa inteligencia.

Además, Dios no falta nunca al que pone de su parte lo que puede.

Cuento también, como te he dicho, con tus luces y fervorosas oraciones.

Te besa la mano,

DON PEREGRINO





CARTA 3.^a

Sí, mi querido Ignacio, sí, es cierto; muchos creen á piés juntillas, que la verdad es intolerante: no hay preocupación, que más haya cundido, ni que más contradiga la historia y el espectáculo de los hechos presentes.

Si hay algún dogma histórico, lo es sin duda, que el error es implacable, feroz; y eso siempre y desde que le es posible, y hasta el grado, á que pueda llegar.

El error es Antioco: la verdad los Macabeos. Jesucristo, el divino holocausto de la verdad, la víctima por excelencia del error. decía á los Judíos: «Yo envío á vosotros profetas, sabios-doctores; de ellos mataréis y crucificaréis; y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas.»

Esta profecía no tardó en cumplirse, no sólo en Judea, sino por toda la extensión del mundo.

¿Y quién perseguía durante los tres primeros siglos del cristianismo? fueron los hijos de la

verdad, los cristianos, ó los esclavos del error, los infieles?

Y en tiempo de los emperadores de Oriente, ¿quién persiguió también? ¿No eran los arrianos los donatistas y los iconoclastas?

Hasta Carlo Magno tuvieron los cristianos que defenderse de continuo contra los asesinatos, los tormentos, los incendios, las cárceles, los destierros: y ¿quién era el verdugo? el error, siempre el error.

El siglo XVI vió, con la resurrección del error, renovarse los dramas sangrientos.

¿Qué no hicieron los protestantes? Rompiéron nuestras imágenes, derribaron nuestras iglesias, violaron nuestros sepulcros, arrojaron al viento y á los ríos las reliquias de nuestros padres, degollaron nuestros sacerdotes y religiosos. é inventaron para los católicos, en la cultísima Inglaterra, tales tormentos, que sola su descripción es uno de los más crueles suplicios.

Y hoy, hoy que tanto se han generalizado las ideas de tolerancia, ¿quiénes son los que persiguen en Europa? Quienes encarcelan, destierran y mandan á la Siberia? ¿Quiénes arrancan conversiones con la astucia y la violencia?

Y aquí en España, ¿quién calumnia villanamente á los religiosos? quién degolló cobarde-

mente á los frailes? quién sembró de ruinas nuestro suelo? quién les robó sus haciendas? quién echó por puertas á la Iglesia, y *transfirió*, con INMENSO LATROCINIO, sus propiedades? quién la cercenó el agua y el fuego, y se armó contra ella de la calumnia; y quién pierde infaliblemente el criterio de lo justo y de lo injusto, cuando se trata de sus derechos?

¡Ah! es que el combate del error y de la verdad es siempre el combate de Caín y de Abel.

Caín no cesa de decir á su hermano: «Vamos fuera; descendamos al campo de la libertad...» para asesinarlo traidoramente.

Todo esto lo dice la historia; y todo esto lo enseña también la razón.

El error no tiene, ni puede tener, á favor suyo, ni la historia, ni el orden, ni la razón, ni el corazón, ni la lógica; en cambio, á cada paso se encuentran monumentos invencibles, persuasiones que no vacilan, transfiguraciones del alma, que le arrebatan sus sectarios.

¿Qué va á hacer el error? Pues naturalmente, irritarse, enfurecerse; y luego caer de la demencia en el homicidio.

Pero la vestidura de la verdad es una túnica pura é inmaculada.

El arma de la verdad es la persuasión; porque

el hombre tiende á la verdad por su inteligencia.

El arma del error es la fuerza; porque el hombre propende al error por su cuerpo, por sus pasiones, por sus instintos depravados.

Sí; ¿y la Inquisición; y sobre todo la Inquisición española? La Inquisición fué un tribunal humano; y como todo lo humano hubo de tener sus deficiencias.

La Inquisición española debido, más que á su propia naturaleza, á las circunstancias azarosas de los tiempos, mezcló los intereses de la Iglesia con los de la Monarquía española, y elevó el poder Real á tal grado, que disminuyó considerablemente el ascendiente de la Santa Sede, á pesar de las protestas de Paulo IV y Sixto V. ¡Torpeza insigne de los grandes Monarcas españoles!

La Inquisición española fué más bien política que religiosa: era una institución real: fué con frecuencia censurada por los Papas.

La Inquisición no es la Iglesia.

Paulo III sostuvo á los Napolitanos en su resistencia contra la introducción de la Inquisición en su país; y Pío IV sostuvo asimismo á los milaneses.

Sixto IV quería endulzar los procedimientos de la Inquisición; y León X la desaprobó.

De que la Inquisición fué un arma en manos

del absolutismo, pruébalo palmariamente el hecho, de que el mismo Pombal deseaba su restablecimiento.

S. Agustín. S. Ambrosio y otros Padres de la Iglesia, el concilio de Elvira, aconsejan, hasta para con los mismos criminales, la dulzura.

La Iglesia jamás ha ocultado su horror á la crueldad y á la efusión de sangre.

Un juez eclesiástico nunca podía condenar á muerte ni en ningún caso; y á los clérigos les estaba prohibido asistir á una ejecución.

Los códigos iban siendo más humanos, á medida que la Iglesia tomaba parte en su composición.

Es por tanto cierto, mi querido Ignacio, que la Iglesia, como tal Iglesia, no posee el derecho de la espada material.

Bien sabida es la respuesta que S. Gregorio el Grande dió á un patriarca de Constantinopla, á propósito de haber sido maltratados algunos herejes en una sedición. Decía este Santo Papa: **ES UNA PREDICACIÓN INAUDITA EXIGIR LA FÉ POR MEDIO DEL SUPLICIO.**

La Iglesia está fundada sobre la persuasión; y nunca la fé debe arrancarse por la violencia.

Pero la autoridad civil, que tiene el poder de la espada, ¿no puede emplear la violencia, no ya

para obtener la fé, que es un fruto de la gracia y de la persuasión, sino para defender la Iglesia contra los ataques de sus enemigos, y para impedir toda manifestación exterior contra la fé?

Esto, Ignacio, ya es, como vé cualquiera, un nuevo punto de vista: examinémosle, examinémosle, que le merece mucho.

Mira, Ignacio, en todas las sociedades antiguas se consideró siempre la religión, como ley fundamental del Estado; y quien quiera que ultrajaba la religión, era castigado con la última pena, como violador de las leyes más sagradas del Estado.

¿Tiene el Estado derecho á constituir la religión, ley fundamental? No hay motivo para negarlo; y además así lo pensaron los más grandes legisladores de la antigüedad; y así lo ha consignado formalmente el mismísimo Juan Jacobo Rousseau, en el último capítulo de su *Contrato social*.

Apoyados en este derecho indudable, los Estados cristianos castigaron todo acto exterior contra el cristianismo, como actos de rebelión contra las leyes, siguiendo en ello el ejemplo de todos los pueblos y de todos los legisladores de la antigüedad.

Pero, repitámoslo muy alto: esta regla la es-

tableció la sociedad civil, porque la juzgó útil al orden del imperio; pero no la estableció la Iglesia, ni podía establecerla, en virtud de su derecho peculiar.

La túnica, pues, de la Iglesia está pura, está blanca; es la vestidura de la verdad.

Resumamos: si la sociedad civil quiere defender la Iglesia, es decir, impedir el error que la turbe en sus actos de persuasión, este es su deber: y si quiere ir más lejos, y hace de la verdad cristiana la ley fundamental del Estado, este es uno de sus derechos.

Y realmente, ¿quién no vé que es una idea grande, sublime y digna del hombre, adoptar la verdad por ley fundamental del Estado?

Desdichadamente, hoy la sociedad civil descansa sobre un principio absolutamente contrario, y más desdichadamente todos, Tirios y Troyanos, confesamos paladinamente que la sociedad actual se asienta sobre un volcán...

¿Y las persecuciones contra los judíos?

El gran Inocencio III, en el año 1199 tomó á los judíos bajo su protección; y prohibió que se les obligase á recibir el bautismo, ó á que se los molestase en sus costumbres.

En 1236 los judíos de Francia imploraron la protección de Gregorio IX y lo mismo hicieron

con Inocencio IV, Juan XXII y Clemente VI en diferentes ocasiones. San Bernardo declaraba que no se podía matar ni perseguir á los judíos.

Voltaire mismo confiesa: «Que sólo Roma tuvo constantemente á los judíos bajo su protección.

En el Sanhedrín celebrado en París el año 1806 Samuel Avigdor designó, como dignos de los aplausos de la asamblea, á Gregorio VII, Alejandro II, Inocencio II, Alejandro III, Gregorio IX, Clemente V, Clemente VI, Nicolás II y Clemente XIII, por haber sido protectores de los judíos.

Perdóname, Ignacio querido, que me haya alargado sobre esta preocupación, de que la verdad es intolerante: era menester descuajarla; porque eran muy hondas y muy extensas sus raíces; toda vez que hombres muy eminentes y hasta católicos muy distinguidos la han acogido en sus obras.

Y ahora volviendo al asunto, que nos hemos señalado, tienes muchísima razón, en lo que afirmas, de que ningún ser está sólo, ya miremos por encima de nosotros ó por debajo, á Dios, ó á la naturaleza, en todas partes vemos la pluralidad, la sociedad.

Dios, que es uno, no vive solitario: encierra tres personas en la unidad de su sustancia.

El mundo inferior, que está dividido en una multitud innumerable de grupos diferentes, no presenta ninguno, en que la criatura tenga la soledad por mansión ó por ley.

En cada grado de la existencia encontramos el número y la unión, es decir, la sociedad.

El número sin la unión sería el aislamiento; pero cuando seres distintos por la individualidad, semejantes por la naturaleza, vienen á prestarse su vida, á penetrarse recíprocamente, y á obrar los unos sobre los otros por relaciones mutuas, entonces hay sociedad: y tal es el estado de todas las criaturas inferiores al hombre; y tal es el estado, pero en un modo eminente y perfectísimo de las divinas personas en el cielo.

¿Qué es un ser absolutamente solitario, es decir, sin semejanza con nada, ni relacionado con nada? Una especie de Dios Nada. Sería á la vez infinito, y vacío: infinito por falta de límites; y vacío, por falta de actividad.

El aislamiento es la negación de la vida, puesto que ésta es un movimiento espontáneo, y el movimiento supone relaciones y términos á donde llegar: en estas relaciones es además, y mucho más el aislamiento la negación del orden, de la armonía, de la belleza, y de toda perfección y beatitud; dado que ninguna de estas cosas puede

ser concebida sin la doble idea de pluralidad y de unidad.

¡Con cuánta sabiduría, pues, y con cuánta justicia dijo Dios, mirando al hombre, en la soledad de su creación, aquellas profundísimas palabras! «No es bueno que el hombre esté solo.»

Admirable fué el momento, en que Dios crió al hombre, en que lo animó con el soplo de su vida, en que derramó sobre su alma la luz y la justicia, la luz de la verdad y la justicia de la caridad; pero más admirable nos parece aún aquel segundo momento, en que después de haber visto Dios abrirse los ojos del hombre, escuchar á sus oídos, y temblar sus labios con la primera articulación de la palabra; cuando hubo visto, en fin, aquel barro, que había tocado su mano poderosa, convertido en criatura sensible y racional... Dios N. S. se quedó pensativo, como si faltase alguna cosa á la obra maestra, que acababa de crear.

Y efectivamente, si la creación fué el don primitivo, que nos hizo Dios; la sociedad fué el medio, que nos concedió, para cumplir nuestro destino.

¿Qué hubiera sido el hombre sin la sociedad? A manera de un aerolito, perdido entre el cielo y la tierra; porque, si bien el hombre se hallaba

naturalmente relacionado con Dios y la naturaleza, sin embargo esta doble relación le dejaba completamente solo en su especie.

La naturaleza ciertamente hubiese bastado á sus necesidades materiales, y Dios á las espirituales: pero privado el hombre de relaciones con los seres de su misma especie, por sí solo no hubiera podido llenar toda la grandeza del puesto, que le había señalado la divina munificencia.

El hombre, por su doble naturaleza, es el anillo de oro, que une los dos mundos, el mundo de la materia y el mundo del espíritu; y como tenía un mundo sobre él y otro debajo, era menester que él mismo fuese otro mundo, para que las partes todas de la creación, aunque desiguales entre sí por su lugar y por su esencia, se respondiesen unas á otras por cierta proporción de inmensidad.

El hombre solo, aislado, no hubiera tenido á Dios por objeto de sus deberes; su historia hubiera sido demasiado reducida, cortos sus peligros, limitada su actividad, muy restringidas sus virtudes.

El hombre, social, miembro de un cuerpo compuesto de seres semejantes, á todo él debía extenderse sin dividirse, crecer en número, para crecer en unión; para convertirse con la majes-

tad del número y la armonía de la unión en un teatro de virtudes, cual lo exigían la perfección de Dios, la majestad del universo y la suya propia.

Los deberes del hombre social abrazan con Dios á toda la humanidad.

La ley del amor, resumen de toda justicia, debía animar, con su vida todos los orbes de la creación: á la vista tenemos toda esta grandiosa maravilla.

Es, mi querido Ignacio, verdaderísimo, cuanto me dices en la tuya, elogiando la sociedad.

Cierto, cierto, la sociedad humana ha llenado con sus instituciones todos los espacios y todos los tiempos; ha resistido á todos los desastres; y constantemente se ha rejuvenecido en las ruinas, entre las cuales la han sepultado los pueblos ya gastados y podridos.

El espíritu social es de verdad, según tu me dices con tanta galanura, es quien dispersó á los hombres por todas las riberas habitables; quien les repartió las tierras; y quien los ha reunido, á pesar de la envidia de los desiertos y de los furioses y borrascas de los Oceanos.

La sociedad fué quien edificó las ciudades célebres, promovió las fundaciones de los imperios; propagó las letras; elevó el ingenio humano

á la perfección; y quien ha dado á su corazón, ofreciéndole todo género de sacrificios, la gloria de todas las virtudes.

A Dios debemos nuestra existencia; á la sociedad debemos la perfección de todo lo que somos.

Y sin embargo; ¡quien lo creyera! tú lo sabes perfectamente, Ignacio: la sociedad ha sido y es rudamente atacada; y hubo hasta quien afirmó que la sociedad era una institución contra naturaleza, el manantial de todas nuestras desgracias, y que nuestra decadencia, había comenzado el mismo día, que nuestra unión social.

Este movimiento á salirse y echarse fuera de la sociedad, parecía una aspiración hacia el estado primitivo, en que Dios nos había colocado; pero en el fondo era una rebelión, un arrebató del egoismo contra el orden establecido en nuestro favor por la divina providencia: era un esfuerzo gigantesco, para entregar el universo á nuestra sola individualidad.

En el plan natural y divino la felicidad es el derecho y el patrimonio de todos, unidos los trabajos y esfuerzos de todos: con ese deseo de lanzarse fuera de la sociedad, lo que se trataba era de sustraerse y huir de la repartición de los bienes y de los males; y de ese modo, libertarse de

los deberes, que inevitablemente resulta de un gran conjunto de relaciones.

Con aquellos sueños de una vida, que vagaba libre por las florestas del nuevo mundo no teniendo más techo que el cielo, más bebida que el agua de ríos desconocidos, más alimento que el fruto espontáneo de la tierra y la caza, que mataban con sus manos; ni otra ley que su voluntad; ni otro placer que el sentimiento continuo de la independencia, y los riesgos de una vida sin límites, en un suelo sin poseedores: en el fondo de estos idealismos de égloga y de idilio, lo que palpitaba era un odio profundo á la dependencia y al trabajo.

Porque la sociedad no existe sino por la dependencia, por la unidad, por los lazos: y estos lazos los acepta de buen grado la virtud, que no separa nunca su suerte de la suerte de los demás.

Pero estos lazos aprietan y molestan, á manera de yugo pesado, para el egoismo, que no vive sino de todos para sí solo: es muy natural, por tanto, que el egoismo aspire á vivir sólo en la soledad, para librarse de todas las leyes obligatorias para la conciencia, y sostenidas por la opinión y la fuerza pública.

Hay más: esos sueños de novela aborrecen aun más el trabajo, que la dependencia.

Los hombres esparcidos por bosques inmensos viven con poco, á poca costa, casi sin trabajo: la naturaleza provee á sus necesidades; el aislamiento disminuye el atractivo, que reproduce la vida; y de esta manera la población no se aumenta, sino con una lentitud, que no puede inquietar á la necesidad.

El hombre social es fecundo, como su corazón; y al cabo de pocos lustros ya no es suficiente ante las olas de la humanidad, que crece sin cesar y progresivamente; y en este trance ya nuestras venas no se llenan sino con el fruto de nuestro sudor: cada onza de nuestro alimento cuesta una virtud á nuestro corazón.

¡Trabajo, dependencia! palabras duras y aborrecidas del egoísmo. ¿Qué extraño, pues, que considere á la sociedad como una impostura embebida en un martirio?

Algunas buenas gentes, pero poco avisadas y de no grandes luces, han tratado de endulzar esta repugnancia, escribiendo en las modernas constituciones las palabras *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*.

Ciertamente, estas palabras son muy santas: han unido á los hombres entre sí; han fundado al género humano, y forman parte de la constitución, que debe regir á los Estados bien constituidos.

La libertad, cierto, muy cierto, nos es necesaria para ser criaturas racionales y morales; y para no ser sofocados por dominaciones exageradas é injustas.

La igualdad nos es también muy necesaria para no decaer del rango, en que Dios nos ha colocado por nuestro origen común.

¿Y qué diremos de la fraternidad? Es claro y patente que todos somos hermanos, por nuestro principio, que es Dios; y por nuestro padre, que es Adán; y por nuestro Redentor, Jesucristo; y por nuestro fin, el cielo.

Libertad, igualdad, fraternidad, indudablemente esta es la carta de nuestros derechos; pero, para vivir en sociedad, tanto y más necesarios son los deberes, como los derechos.

Si es necesaria la libertad, tan necesaria es la obediencia, para que haya familia, y exista la nación.

Y si es necesaria la igualdad, otro tanto lo es la gerarquía, los grados distintos, en que se halla distribuida la autoridad, á fin de no caer, por la impotencia, en la disolución social.

Y si es necesaria la fraternidad, ésto tanto la veneración, que cubra con el manto del respeto, á la autoridad, á la edad, á la magistratura de la ciencia, al poder de las leyes, á las santas energías de la virtud.

Y digo que los deberes campeen y brillen sobre los derechos; porque, si bien son tan necesarios los unos como los otros, el derecho es la faz egoísta, si así puede decirse, de la justicia; y el deber es su lado noble y generoso.

Y digámoslo ya sin rodeos y paladinamente: nuestros racionalistas anduvieron en esto tan zurdos, como en todo lo demás: han constituido la sociedad sobre el derecho, sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad; y nos han traído una licencia de lupanar, una disolución cadavérica y la más horrible de las tiranías, la tiranía del cacique sin Dios, sin ley, sin pudor, y sin entrañas.

Constituyeron la sociedad sobre el egoísmo y ¿qué había de suceder?

De una manera totalmente opuesta procedió el Evangelio: El Evangelio no ha dicho he aquí vuestras libertades, vuestros derechos; sino he aquí vuestras obligaciones.

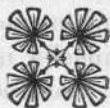
La obligación presta fuerza, inspira energía, excita la actividad, sacude los sentidos, levanta el pensamiento, esfuerza el corazón, dignifica la vida, tonifica todo el sér, hasta el punto de hacer fáciles los sacrificios, y ligeras y suaves las virtudes necesarias para vivir socialmente con los demás hombres.

El derecho mira para sí solo, no es altruista, como hoy se dice, es egoista; y por esto, entre constituir la sociedad sobre el derecho, á constituirla sobre el deber, hay la misma diferencia que entre el egoismo y la caridad.

Ya conozco, mi querido Ignacio, que he sido largo en demasía; pero lo han exigido así la importancia del asunto; y su palpitante actualidad,

Tuyo afectísimo.

DON PEREGRINO





CARTA 4.^a

Mi querido Ignacio: Es verdad, tienes razón; la sociedad humana y la sociedad religiosa son dos hermanas, y dos hermanas gemelas nacidas en un mismo día de la palabra de Dios, sin otra diferencia, sino que la una mira al tiempo y la otra á la eternidad: su imperio y sus fines son distintos; pero están unidos indisolublemente sosteniéndose mutuamente. cayendo juntas y juntas desafiando los embates y odios humanos.

Esta unión de la sociedad humana y de la sociedad religiosa es de una actualidad eterna; pero hoy es de una actualidad vivísima y muy interesante.

Permíteme, pues, querido Ignacio, que trate esto con alguna mayor profundidad.

Tú sabes demasiado que la unidad es ley de todos los seres, siendo norma absoluta para todo lo que vive.

Dios no podía colocar en el seno del género humano dos fuerzas enemigas.

El sér y la unidad son una misma cosa.

El género humano no ha salido de Dios al estado del maniqueismo.

La sociedad humana y la sociedad religiosa son dos principios, que se armonizan; dan siempre el mismo sonido, aunque de un modo diferente.

Pueden compararse á las dos arpas, de que nos hablan los poetas, la eólica y la jónica.

El arpa eólica, suspendida en las selvas, sonaba bajo la acción libre de los vientos: eran sus sonidos duros, selváticos, salvajes; se inspiraba en las tempestades.

El arpa jónica era pulsada por la sabia mano, por los dedos inspirados de los artistas: sus sonidos eran más regulares, más seguros, más divinos.

Pero ambas arpas, según cuentan los poetas, se entendían, y respondían mutuamente á sus vibraciones.

Pues parecido á esto es lo que sucede con la sociedad civil y con la religiosa: ambas en el fondo entonan el mismo cántico.

Ambas hablan de Dios á los hombres; ambas arrebatan al hombre á la inmortalidad por su vibración armoniosa y unánime.

Unicamente la sociedad civil, inspirada por un salvaje racionalismo, es la que rechaza y repugna los sonidos de la sociedad religiosa.

Unicamente la sociedad religiosa, es decir, algunos de sus individuos, sin la cultura suficiente, son los que rechazan y repugnan los sonidos de la sociedad civil.

Ya sé que hay lucha entre las sociedades; pero la causa de esta lucha no está, ni puede estar en los elementos de constitución de estas dos sociedades; porque esto sería suponer que la contradicción es un principio de vida; y esto es absurdo, porque la contradicción es la muerte.

Lo que Hipócrates decía del cuerpo humano, que todas sus partes concurrían y estaban acordes, puede afirmarse también de estas dos sociedades, tanto más cuanto la sociedad religiosa, como más elevada, puede considerarse como el alma de la sociedad civil.

Lo de la lucha se explica de la siguiente manera: si el hombre posee un alma inteligente, tiene también un corazón corrompido: ama su libertad y sus vicios; sufre con impaciencia que se le condene; y como nada hay más puro en el mundo que la doctrina católica, como esta es la santidad por excelencia, debe naturalmente excitar contra sí misma una repulsión eterna.

Pero como quiera que sea, lo cierto es que la sociedad temporal y la sociedad religiosa no pueden estar en contradicción.

Porque ¿qué son en suma? Verdades.

La verdad es lo que existe: lo que existe, no puede contradecir, á lo que existe.

Además, la verdad considerada en su origen es Dios mismo; y aunque su luz, una é inmutable, se comunica á nosotros por dos conductos; al separarse no puede perder su unidad, pues de otro modo, Dios mismo no sería uno.

Es de necesidad ontológica la armonía entre el Estado y la Iglesia: deben necesariamente estar en comunión, penetrarse, y prestarse mutuo auxilio.

Aquí supongo, querido Ignacio, que te asalta una duda, y que me interrumpes, diciendo: Puesto que la comunión es necesaria entre el Estado y la Iglesia, ¿por qué son dos? ¿Qué extravagancia, que Dios queriendo gobernarnos, es decir, iluminarnos y defendernos, no haya encendido un solo fanal, y constituido una sola fuerza; sino que haya puesto dos fuerzas y encendido dos fanales?

¿A qué la dualidad, allí donde se quiere tener la unidad?

Mira, Ignacio, Dios ha constituido nuestra

propia esencia en medio de una dualidad perfectamente distinta, que conduce á la unidad real de la persona humana; y en nosotros hay una razón humana y una razón divina, la gracia, perfectamente unidas, aunque diversas en todo. ¿tú quieres saber de esto la causa? es difícil alcanzarla; te la diré según mi corta inteligencia ha podido aprenderla en sutilísimos doctores.

Esto consiste, en que los hombres somos el límite de los mundos, el punto de unión de la naturaleza baja con la naturaleza alta, del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus; de donde resulta necesariamente en nosotros el juego singular de una doble vida, materia y alma en conjunto, sociedad temporal y espiritual, luz y fuerza natural y luz y fuerza sobrenatural.

Toda la historia toma sus giros y revueltas en esa inmensa dificultad de la dualidad en la unidad, y de la unidad en la dualidad: atacar la unidad es destruirlo todo; atacar la dualidad, es oprimirlo todo.

La humanidad protestará siempre contra ese doble ataque, porque no quiere, ni puede querer ni la opresión ni la anarquía.

Ya ves como es certísimo que la sociedad humana y la sociedad religiosa son dos hermanas,

y dos hermanas gemelas, nacidas el mismo día de la palabra de Dios.

Y por esto mismo siempre fué así, y siempre lo será, siempre: quien aborrece á Dios detestará la sociedad: y hoy que subleva al mundo la levadura anarquista, es menester no olvidar, tener muy presente, que esa levadura anárquica se compone de odio á Dios, y aborrecimiento social.

La sociedad no es otra cosa, que orden; y el orden tiene, en Dios, su raiz invulnerable, de manera que todo aquel, que á Dios no ame, por este sólo hecho lleva, en sí mismo, un motivo permanente de aversión contra la sociedad.

Dios, que ha sido el fundador de la sociedad, es su conservador: ningún pueblo ha podido vivir sin este nombre venerando.

Por consiguiente, es muy natural que las épocas, como la presente, antireligiosas sean al mismo tiempo antisociales; ni puede ser de otra manera.

Y nuestros racionalistas quieren contener, sujetar, y curar el anarquismo con cadalsos y maüser... ¡qué barbaridad y qué insensatez!! La violencia, si exteriormente evita el mal, interiormente aleja del bien; y por eso el anarquismo va creciendo siempre.

No diré yo que el remedio sea PAN Y HOJAS DE CATECISMO: Instrucción católica, educación cristiana, y UNA EFUSION TORRENCIAL DE CARIDAD, como dice nuestro Santísimo Padre León XIII, este es el remedio único y eficaz.

Lo que me dices de que los bárbaros y salvajes no aman ni siquiera la sociedad, nada prueba contra mi proposición de que el estado social es conforme á la naturaleza del hombre.

Tú sabes perfectamente que una cosa se dice natural, cuando es conforme á la constitución real de un ser: pues bien, el hombre siempre y en todas partes ha vivido en sociedad.

Los salvajes y los bárbaros aun cuando no tengan civilización, pero viven con rudimentos informes, si tu quieres, de sociedad y comunión.

Los bárbaros y salvajes pueden ser considerados, como ramas desgajadas del corpulento árbol humano: es verdad, han roto el cable tradicional, y no tienen leyes, y carecen de enseñanza; vegetan en los más remotos confines de la unidad de la comunión y sociabilidad; pero no han roto el último anillo, que los une unos con otros.

Sucede involuntariamente á los bárbaros y salvajes, lo que vemos acaecer á nuestros desgraciados anarquistas; no quieren tradición, aborrecen las leyes, huyen de tomar de la sociedad, que

es el foco común, la verdad, la justicia, el orden, el sacrificio; entréganse á deseos sin brújula y á pasiones sin orientación: y después, estos gobiernos racionalistas los persiguen, como á fieras, para que se cumpla aquello de «ira de hermanos, ira de diablos»... y, naturalmente, los anarquistas provocados por sus padres y maestros ejecutan actos estruendosos de salvajismo, tanto más degradados, cuanto que viven en medio de la verdad y del bien.

Cierto, muy cierto que la sociedad, como tú afirmas, es de institución divina, porque Dios es quien ha puesto el primero al hombre en posesión activa de la verdad y del amor, fundamentos de la sociedad; y el primero también, que ha dado al hombre condiciones de aplicar la verdad y el amor á sus hermanos y semejantes.

Pero, querido Ignacio, hay que evitar en todo, y á todo trance, la exageración: y no se debe favorecer al orden sobrenatural, perjudicando al natural, los dos órdenes son de Dios: y además, estas confusiones traen consecuencias muy funestas.

Las cosas hay que tomarlas como Dios las ha hecho, y no como se las figure un celo, bueno sin duda, pero indiscreto, y que será á la corta, ó á la larga, perjudicial.

Es muy verdadero, que la sociedad es de institución divina; pero tanta verdad es que el hombre vive socialmente en virtud de su constitución nativa: el hombre es sociable.

Además de las razones apuntadas, no hay más que fijarse en la base misma de la sociedad. El fundamento social se halla constituido por dos elementos, la verdad y el amor: donde quiera que se encuentren almas, que hayan recibido estos dones, existen en ellas los fundamentos sociales, y más tarde ó más temprano esas almas se unirán.

Esto no puede nadie negarlo, á no ser que se niegue á sí mismo, como sér inteligente y moral: y esto ¿quién puede hacerlo? la locura nada más. El hombre es naturalmente sociable.

Pero ¿en qué forma y hasta dónde plugo á Dios que el hombre fuese sociable, comunicativo y viviese unido?

Dios al crearnos, tuvo por objeto, como dice el Génesis, formarnos á su imagen y semejanza, para comunicarnos todos sus bienes: el objeto que Dios se propuso en la creación, tenía que ser tan digno de su sabiduría como de su bondad.

Ya sé que una impiedad vulgar se ha reído de este divino plan y de su magnífica realización:

esto solo prueba el abatimiento, en que cae toda inteligencia, que desconoce á Dios.

¿Cómo puede ser objeto de risa para ningún entendimiento sano el magnífico é inefable designio divino de formar la sociedad humana, tomando por ejemplar el orden eterno de la sociedad divina?

Dios se proponía imitar en cuanto era posible el apretado lazo, que une las tres personas divinas, de manera que no hubiese solamente unidad moral en las relaciones de hombre á hombre, sino que estas tuviesen su principio y fundamento en una unidad sustancial.

No era bastante crear al hombre al lado del hombre, esto hubiera traído al mundo varias y diversas sangres, y no debía haber más que una sola: otra cosa hubiera destruído la unidad en la raíz misma, en donde debía florecer.

Para esto era menester que la pluralidad viviente naciese de la unidad viviente; era preciso que la humanidad entera saliese de un solo hombre; y que multiplicado el hombre sin dividirse se reconociese en su semejante, emanado de él, el hueso de sus huesos y la carne de su carne; para esto era necesario que la humanidad fuese una por la naturaleza, por el origen y por la sangre.

¡Qué plan tan divino! para realizarlo arrancó Dios, con un pensamiento de su omnipotencia, parte del escudo, que cubre el corazón del hombre; y de esa parte formó á la mujer.

El hombre vió á la mujer, y en la mujer se vió á sí mismo con su majestad, su fuerza, su dulzura y además con su gracia, matiz delicado que no le presentaba una semejanza, sino para que fuese más íntima, más profunda y más estrecha su unión.

Dios pronunció sobre ellos la bendición, de una fecundidad inagotable: «Creced y llenad la tierra» y estas palabras, eficaces como todas las palabras de Dios, comunicaron al hombre la potestad de reproducirse y de perpetuar el milagro de la difusión de su ser en otros hombres, personalmente distintos, pero una misma cosa con él por la forma y por la sangre.

Hecho el hombre rey, esposo y padre entonó el himno del primer amor, la ley de la familia, de la sociedad y de la civilización, la profecía de todas las generaciones, el oráculo que arreglará para siempre la suerte de la humanidad: «Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por ella el hombre abandonará al padre y á la madre, y se unirá á su esposa, y serán dos en una misma carne.»

El pueblo que desprecie este himno, esta ley, este oráculo y profecía, no verá la era de la justicia y de las santas costumbres: todo legislador, que no se atenga á esta ley, sembrará sobre los pueblos la maldición, fundará la barbarie.

Cuando la mujer llora, la civilización está en la agonía: donde se la degrade quedará degradado el hombre y todas sus obras: la mujer esclava no será para el hombre, sino un instrumento de placer y degradación; la mujer degradada no podrá proporcionar al hombre los puros goces del verdadero amor, ni endulzar su corazón con la magia del suyo, ni civilizar su vida con la delicadeza de su ademán, ni de su voz; ni le será un auxilio semejante; y mucho menos podrá ser en la familia el sacerdote, que hable á todos sus individuos de Dios, con el encanto de la ternura.

El hombre y la mujer son los elementos más profundos de la sociedad: si ellos no están puros, si no son lo que deben ser, si no son dos, hasta no ser más que uno; si entre ellos no existe una alianza fraternal, pero en la cual el hombre sea la autoridad, es decir, el servidor (entre cristianos, la autoridad no es dominación, es servicio); si la familia no está constituida en esta forma, en toda la sociedad no habrá más que

opresión de los débiles, egoísmo de los fuertes, voluptuosidad en vez de amor, barbarie, decadencia, tiranía sin medida, disolución desenfrenada.

¿Y qué es todo esto? el camino real de la muerte, muerte para el individuo, muerte para la familia, muerte para la sociedad; porque la sociedad no es más que el desarrollo de la familia.

Y si la sociedad es el desarrollo de la familia: las mismas leyes que rigen la familia, rigen también la sociedad.

Todos somos hermanos en la plaza pública y en los Congresos y ante la humanidad, como lo son el hombre y la mujer en el hogar doméstico.

Cierto que el árbol humano fué roto en astillas en los campos de Babilonia por el orgullo; pero no es menos cierta (la tenemos ante los ojos) la unidad comenzada por Jesucristo.

Todos estamos viendo que se aproximan los continentes, las montañas se aplanan, y los mares se reducen; y que la cristiandad, con el vicario de Dios á la cabeza, siembra por todas partes las lumbres de la civilización, ilustrando al mundo con una superioridad, asegurada para siempre.

El amor y la necesidad de la paz hacen que salgan voces de concordia hasta de las enercucija-

das de la política, con más ó menos sinceridad: de un cabo al otro del mundo se habla un lenguaje fraternal; todo presagia una era de unión íntima; todo profetiza el siglo dichoso, la edad de oro, en que se cumplirá la profecía, que nos anuncia un solo rebaño para un solo pastor, sin destruir con eso ni la diversidad ni la libertad de los pueblos y naciones.

Esta fraternidad, esta unión íntima, este siglo dichoso, esta edad de oro podrá ser puesta en duda, toda vez que la historia universal es la historia de seis mil años de guerra: pero digan lo que quieran los siglos pasados, yo creo mucho más en las profecías, en la palabra de Dios, en la misericordia divina, que en todas las miserias humanas.

¡Qué magnífica esperanza! ¡Y esperanza fundada sobre la palabra de Dios!

¡Y qué dulz y amigable esto de ser todos los hombres hermanos, y vivir todos en estrecha y gozosa fraternidad!

¡Y qué hermoso esto de poder levantarnos, y saludar de lejos, vuelto el semblante á los cuatro vientos del cielo, á nuestros hermanos dispersos por la tempestad sobre playas y regiones tan distintas.

Fuimos hermanos de Adán, y lo seremos en

Dios: día vendrá, en que todos los hombres reunidos, el europeo, el melayo, el mogol, el americano, el pobre y el rico, el blanco y el negro, el sano y el leproso, uniendo nuestros bienes y nuestros males en una inmensa y sincera fraternidad, iremos todos hacia Dios, que con su diestra poderosa nos abrirá una era inefable de felicidad, igualdad y fraternidad.

A todo esto bien veo que se opone el racionalismo, que ciertamente es como tú dices, enemigo implacable de cuanto pueda ser dignidad y felicidad humana.

Exactísimo, amigo Ignacio, exactísimo; pero el mal, tú bien lo sabes, es un obrero obligado de Dios, y á veces mucho más activo, que el bien mismo.

Aquí en el asunto que nos ocupa ha dicho con una elocuencia tan maravillosa como dañina, que la sociedad era un estado antinatural: el racionalismo ha combatido la unidad de la especie humana; y la unidad é indisolubilidad del matrimonio... en fin, que ha atacado á la sociedad en sus entrañas mismas.

Que la sociedad es natural queda suficientemente demostrado: sobre la unidad é indisolubilidad del matrimonio ya hablaremos, á su tiempo y en su lugar, cuando tratemos de la familia;

y respecto á la unidad de la especie humana, punto en el cual el racionalismo creía coger en fragante delito contra los documentos de la ciencia fundándose en la diversidad de razas y en la profunda desemejanza de sus ramas más importantes; hoy ya hasta los bachilleres en artes saben que las diferencias, que existen entre las razas son puramente accidentales, matices de un tipo primitivo, debidos á las circunstancias distintas de tiempos, lugares y costumbres.

Por lo demás, hoy ya este punto no se discute: esta cuestión ha sido decidida por la ley fisiológica del ilustre Cuvier, y que dice así:

«Seres animados, que se unen entre sí, y cuya posteridad permanece indefinidamente fecunda, son de una misma especie, y descienden de una fuente única.»

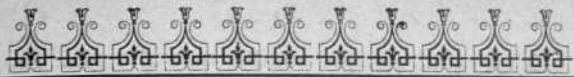
Las tentativas vergonzosas del racionalismo antifraternidad han caído con este golpe, para no levantarse jamás.

Hoy la ciencia proclama con Jesucristo: Todos sois hermanos.

Y basta por hoy.

Tuyo

DON PEREGRINO



CARTA 5.^a

Mi querido Ignacio: En efecto, hay como tu hermosamente dices, profundas relaciones entre nuestra Santa Religión y la sociedad.

Ya lo dijo Montesquieu, que no era ciertamente hombre de preocupaciones religiosas: «El cristianismo que parece no tener otro objeto, sino la vida eterna, hace también la felicidad de esta vida temporal.»

Pero vamos á considerar esto, todavía de más alto, que lo merece muy mucho por su importancia y trascendencia.

Hay tres razones en el mundo, que le gobiernan, y que resumen la razón total de la humanidad.

La razón de los hombres de Estado:

La razón de los hombres de genio:

Y la razón popular.

La razón de los gobernantes tiene que ser elevada, y por lo mismo religiosa.

Es elevada, porque cuanto más alto está uno, más vé: y naturalmente, el piloto, que trabaja al timón de una nave, tiene iluminaciones, que desconoce el viajero dentro de su camarote.

No hay hombre que, al pasar de su casa á los negocios públicos, no sufra en el fondo de su alma mudanzas ó transformaciones, aun á pesar suyo.

Y como todo lo alto y elevado está cerca de Dios, el alma elevada de los hombres de gobierno tiene, aun á pesar suyo, que ser religiosa.

La primera cosa que siente el hombre que gobierna, es la impotencia, en que se encuentra, de gobernar debidamente.

Hay dos modos de gobernar, ó por la fuerza, ó por las ideas: la fuerza es, como demostraremos más adelante, un instrumento de gobierno, que vacila fácilmente.

Para gobernar por medio de las ideas, es menester imponerlas; ¿y qué gobernante no sabe que preexisten en los gobernados ideas, contra las cuales nada puede?

Y en este trance, ¿qué hace entónces, aun á pesar suyo, todo gobernante?

Lo que hicieron Licurgo, Minos, Moisés, Numa: llamar á Dios en su ayuda.

Todos los gobernantes creen sinceramente, sal-

vas las excepciones que hay en todo, en la necesidad de Dios para gobernar.

Todos, como Robespierre, exclaman: «Si no hubiese Dios, habría que inventarlo para gobernar.»

Los hombres de Estado, son religiosos. ¿Y los hombres de genio? Lo son mucho más.

El hombre de genio ve clarísimamente las ideas; y las encarna prodigiosamente, ya en la palabra, en el sonido, en el bronce, en cualquier cosa sensible; y las trasmite á los hombres con tan penetrante viveza, que á su calor se encienden los corazones de los demás.

Hombres de este temple tienen que elevarse sobre la materia; traspasar los mundos; y vivir en lo infinito.

No puede ser otra cosa: una ciencia fría y muerta adoptará, por patria, la cárcel de la materia; se acuartelará allí; y se acomodará con esta herencia.

El país natal del genio, de la imaginación ardiente, de la inteligencia elevada y poderosa, y del sentimiento profundo, es lo infinito.

Es natural que la razón del genio sea religiosa, cuando uno se halla en tal altura, como lo infinito cuando se llega á Dios, se está en la religión.

Por esto los genios de la antigüedad: Homero, Sófocles, Platón, Aristóteles, Virgilio, Plutarco, y con ellos todos los espíritus elevados y sublimes, han derramado en sus escritos sentimientos tan profundamente religiosos, que muy á menudo los Padres de la Iglesia han citado, al lado del Evangelio, máximas y pasajes tomados de los poetas, de los oradores, de los historiadores, y de todos los genios antiguos.

Si al cabo ¿cuál es la causa, que ordinariamente impide á los hombres ser religiosos? La pequeñez, angostura y nadería de espíritu; la frialdad y apocamiento de corazón, que no puede sentir el amor de Dios; y que se duele, apenas y sufre, cuando oye decir que Dios se hizo hombre, y murió por nosotros: pequeñez, miseria, frialdad de corazón, esas son las razones de la incredulidad.

Y, por fin, la razón popular es también elevada y religiosa.

El pueblo, ya se sabe, no estudia, ni estudiará nunca á fondo las cosas; no es sabio, ni lo será jamás; pero en cambio, Dios le ha dado un sentido práctico de la vida maravilloso; y con ese instinto de la vida sabe discernir, en cuanto le rodea, y hasta donde le es necesario, lo verdadero, lo bueno, lo útil.

Esta razón popular es la que salva al mundo, cuando los gobernantes y los talentos faltan á su misión; y traicionan la causa de la humanidad, traicionando la causa de Dios.

Este pueblo ha recibido de Dios bastante entendimiento é instinto, para luchar contra la traición de sus señores, cuando estos abusan contra él de su dignidad y de su decoro.

La mayor infamia del racionalismo contemporáneo es haber engañado á este pueblo; haber desnaturalizado sus instintos; haberle persuadido que le era lícito destruir los altares, incendiar las Iglesias, profanar hasta los tabernáculos....

Pero, más tarde á más temprano, el sentido casi infalible del pueblo notará que habiendo querido emanciparle de los deberes evangélicos se ha engañado y burlado su bolsillo, su salud, su espíritu, su corazón, su decoro y su majestad.

Goethe conocía muy bien esta materia, cuando afirmaba: «Hablando con propiedad no hay en la historia más que un solo tema; y este tema principal, al cual se hallan subordinados los demás, es la lucha entre la fé y la incredulidad.»

Nada hay tan antisocial, como el ateísmo. Ninguno, dice Juan Pablo, se halla tan solo en el

mundo, como el ateo. Con el corazón vacío y desolado por la pérdida de su Criador y Padre, lleva el luto al lado del inmenso cadáver de la naturaleza, á quien ningún espíritu anima ni vivifica... El mundo entero se presenta ante él, como aquella esfinge egipcia medio sepultada en la arena ante los templos: el universo no es para él, más que una fría é inanimada máscara, la máscara de hierro de la vaga eternidad.

Goethe por su parte añade: «No quería estar privado de la dicha de creer en una vida futura: me atrevería á decir con Lorenzo de Médicis que ha muerto ya á esta vida, quien no espera en otra futura.»

Como cualquiera puede colegir, con los ateos no se pueden formar otras sociedades, que las funerarias.

Además Goethe, que conocía perfectamente á los incrédulos, decía de ellos: «La incredulidad es propia de espíritus débiles, raquíticos, retrógrados, egoistas y vanos.»

Por eso Thiers decía con mucho juicio: «Si »tuviera á mi disposición el beneficio de la fé lo »derramaría, á manos llenas, sobre mi patria. Por »mi parte aprecio cien veces más á una nación »creyente, que á una incrédula; porque la prime- »ra se halla más inspirada, si se trata de las

«obras, de la inteligencia; y es más heroica, tratándose de defender su grandeza.»

Por otra parte sin virtud, sin moral, ni costumbres, no es posible la sociedad: pues bien, la virtud, la moral, las costumbres no pueden florecer y dar sazonados frutos, sino sobre el tallo religioso. ¿Qué es la moral sin la religión? una sombra, un cadáver; porque la moral sin la debida sanción es letra muerta. Sin Dios no han sanción suficiente, que unas veces impulse, y otras contenga y refrene.

Solo Dios puede dar á la idea moral una medida de felicidad, que sea bastante á recompensar, como lo merece, el dolor, la abnegación sufrida en interés únicamente de la moral y del bien; y sólo Dios puede también amontonar sobre la cabeza de' prevaricador tal dolor, que no tenga comparación con el placer, que le ha proporcionado su conducta inmoral: solamente en virtud de tales condiciones estará á salvo el orden moral y en disposición de resistir al formidable ataque de las pasiones.

Además el hombre no encuentra, sino en Dios y en la religión, una regla objetiva para sus obligaciones morales, una regla que le domine, y que sea inexorable á toda la sofistería de un corazón seducido por el mal; y tan fuerte y po-

derosa como la necesita en el difícil combate de la vida, en medio del terrible conflicto de la pasión con el deber.

La religión, como cualquiera comprende,—la razón de un niño puede deducirlo,—conserva la moral, da al hombre un punto de apoyo y un centro, y le defiende á él y á su naturaleza contra sí misma.

Además, aquello que es verdadero en la vida individual, lo es así mismo en la vida social.

La misión directa del Estado es representar la idea del derecho, y defenderla en todas las esferas de la vida; de donde se deduce que no es posible un Estado permanente, si no está fundado sobre la religión y la moral.

Por esto mismo Platón dice: Dios tiene en todas las cosas el principio, el medio y el fin. Detrás de él marcha la justicia, pronta á castigar á todos aquellos, que se apartan de la ley divina. Es desde luego evidente que la prudencia aconseja encomendarnos al cuidado de Dios... Todo lo que sucede, se hace con su permiso ó con su voluntad: los hombres todos tienen que darle las mayores acciones de gracias.

Dudo, dice también Cicerón, á este propósito, que puedan subsistir la buena fé, la sociedad hu-

mana y la primera de todas las virtudes, la justicia, si se quita la piedad hacia los dioses.

Aristóteles mira el culto, como la más importante de las seis administraciones (agricultura, industria, guerra, hacienda, culto y justicia) sin las cuales no puede sostenerse un Estado.

Y designa al sacerdote, como ocupando el primer rango en el Estado: quiere que haya edificios especiales consagrados á la celebración del culto; y que la cuarta parte de los tributos se emplee para el sostenimiento del culto.

Si hasta el mismo Voltaire afirma: donde quiera que subsista una sociedad, se necesita una religión.

Y en el Diccionario filosófico dice Voltaire al pie de la letra: Quitad á los hombres la creencia en un Dios remunerador y vengador: Sila y Mario se bañan entonces con delicia en la sangre de sus conciudadanos; Augusto Antonio y Lepido exceden los furores de Lila; Nerón ordena, á sangre fría, el asesinato de su madre.

Estas coronadas fieras cometieron estas enormidades, porque en aquel entonces se hallaba entre los romanos estingnida la doctrina de un Dios vengador.

El ateo, falaz, ingrato, calumniador, bandido (*brigaut*), sanguinario, raciocina y obra conforme

á sus principios; si está seguro de la impunidad por parte de los hombres: porque si no cree que hay Dios el ateo, ese mónstruo (*ce monstre est SOU DIEU á lui meme*) él es el dios de sí mismo: él inmola á sí mismo, todo cuanto desea, ó todo cuanto le sirve de obstáculo: los ruegos más tiernos, los mejores razonamientos no pesan más sobre él, que sobre un lobo hambriento.

Una sociedad de ateos, no teniendo nada qué disputarse, y perdiendo dulcemente los días en las distracciones del deleite, podría durar algun tiempo sin turbulencias; pero si el mundo estuviese gobernado por ateos, tanto valdría vivir bajo el yugo de esos seres informes, que nos pintan encarnizados contra sus víctimas.

Y esto lo dice Voltaire, el jefe de los ateos modernos: nadie, como él, por consiguiente, debía saberlo; seguramente que se conocía á sí mismo y á sus camaradas.

Hegel no duda afirmar que las leyes hallan su mejor garantía en la religión.

El derecho, base de la sociedad, tiene sus raíces más profundas en la moral, y ésta á su vez, según hemos ya notado, las tiene en la religión.

Hasta la hora presente ninguna nación se ha desarrollado sobre el principio de una teoría puramente abstracta del derecho: en todas partes y

siempre las nuevas sociedades se han establecido sobre el terreno histórico, es decir, teniendo en cuenta el carácter propio de las naciones, las cualidades propias de cada pueblo, la moral y la religión.

El Estado no hace la religión, sino que la encuentra preparada, como un fundamento divino, sobre el cual edifica: y buena prueba de ello es cuando la disolución moral y religiosa lo invade todo, la consecuencia necesaria es la ruina y perdimiento de los Estados: Grecia y Roma son testigos abonados de esto que decimos.

Es además una máxima acreditada por la experiencia que más naciones han desaparecido por falta de costumbres, que por falta de leyes.

Nadie como S. Justino ha conocido y celebrado la influencia de la religión sobre la vida social.

«La religión, dice este Santo, es la que más contribuye á mantener el orden y la tranquilidad en los pueblos. Ella persuade al hombre de que Dios lo ve todo: que lo mismo el hombre avaro y asesino, que el hombre virtuoso están colocados bajo la majestad de las miradas divinas: que no se puede salir de esta vida, sin caer en sus tremendas manos: que más allá de la tumba se halla, según las obras, ó un infierno eterno, ó una eterna felicidad.

Ahora bien, ¿qué hombre (si estas verdades estuviesen esculpidas en el alma) qué hombre al verse reducido á una vida tan corta, se declararía por el vicio, teniendo, ante la consideración los fuegos eternos? Creen algunos que solas las leyes, con las penas que establecen, bastan á re-frenar y contener al malvado. El hombre puede evitar siempre el ojo y la mano del hombre: si el malvado no teme otra mirada que la humana, cometerá el crimen que medita.

Pero al contrario, si se convence que el ojo de Dios está siempre abierto sobre él, obrará el bien en vez del mal, aunque no fuera por otro motivo, por el temor á la espada, que en todo instante vería suspendida sobre su cabeza.

Por otra parte, la esfera religiosa es, según lo observaba ya el mismo Séneca, incomparablemente más extensa que la esfera de la legalidad.

La religión alcanza á todos y á todo; á los príncipes lo mismo que á los pueblos, á los súbditos y á los depositarios del poder, sea cualquiera la forma de éste.

Montesquieu ha dicho: Un príncipe que ama la religión y la teme es un león, que cede á la mano, que le halaga, y á la voz que le apacigua: el príncipe que la aborrezca, aseméjase á las bestias salvajes, que muerden la cadena, que les

impide arrojarse sobre los transeuntes: el príncipe que para nada tiene en cuenta la religión, ni hace caso de ella, es *un terrible animal*, que no siente su libertad sino cuando desgarrá y devora.

«La religión y la moral, dice el gran Washington, son las columnas indispensables para sostener la prosperidad de los pueblos.»

«No es buen ciudadano el que procura zapar estas poderosas columnas.»

«Todo verdadero hombre de Estado las respeta y las ama igualmente que cualquiera hombre piadoso; porque su importancia para el bien público y privado es inapreciable.»

«La razón y la experiencia demuestran que sin la religión no puede subsistir la moral en ningún pueblo.»

«Por consiguiente en la religión y en la moral es donde un gobierno popular debe buscar principalmente su fuerza.»

«Sabemos, dice el famoso Burke, que la religión es el fundamento de la sociedad civil y que sin ella nada prospera entre los hombres

Una sociedad civilizada, y sobre todo una sociedad libre, no puede subsistir sin la religión.»

Por último Labulaye confiesa explícitamente

que el único fundamento de los Estados es la Religión.

Esto es así, y no puede ser de otra manera; porque solo el hombre religioso es el hombre perfecto.

El Eclesiastés dice con una sencillez y profundidad maravillosa: «Teme á Dios, y observa sus mandamientos; porque esto es todo el hombre.»

De esta manera el hombre perfecciona, por medio de la religión, la idea de sí mismo; vuelve á su punto de partida, y va á encontrar la perfección allí donde había hallado su principio.

Porque la religión abarca al hombre en las tres dimensiones, digámoslo así, de su naturaleza: ella es el objeto del espíritu inteligente; ella el acto más enérgico y ardoroso de su voluntad; en fin, hace sentir su presencia en el sentimiento más íntimo y más misterioso de su corazón.

Pero la religión no es pura y simplemente una ciencia, es también un acto de la voluntad; se manifiesta en la vida, y en ella persevera; porque la verdadera religión se conoce por los frutos que lleva.

Pero no es de olvidar que la religión manifiesta asimismo su influencia en la parte sen-

sible del hombre, que es, digámoslo así, la materia jurídica; porque cuando el hombre reconoce á su Criador, llénase de un santo temor y un profundo respeto ante la majestad divina, presente en todas partes, que vive y obra en cada criatura, pero principalmente en el alma humana, sobre la cual la acción divina, tan real como misteriosa, conserva en cada momento la existencia y la vida, y derrama la salud y la felicidad.

La religión consistiendo en anegarse hasta cierto punto en Dios, que es la belleza, la verdad y el bien, es naturalmente la fuente, en donde el género humano bebe sus ideas más grandes y más profundas, las ideas de verdad, de belleza y de bien.

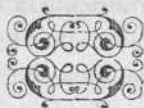
La religión, por último, es el suelo, donde ha sido plantado desde el principio el árbol de la ciencia; la roca, sobre la cual han sido edificadas la moral, la patria y las bellas artes: con ella todo es felicidad; sin ella todo es maldición.

La ciencia, las artes, las costumbres, la sociedad, todo ha salido de la religión, y á ella vuelven necesariamente por sus últimos resultados, como al término de su carrera.

Y basta por hoy, querido Ignacio: ya veremos en otra cuál de todas las religiones es la que está dotada de tales energías, que puede comenzar el cielo en la tierra.

Hasta tanto, repítese tuyo afectísimo,

DON PEREGRINO





CARTA 6.^a

Bien dices, amigo Ignacio; á proverbio han pasado ya, á proverbio, las palabras de Cicerón: «No existe ciudad sin altar; ni pueblo sin Dios»; y con altísima y profunda razón los antiguos juntaron en uno el altar y el hogar en aquella célebre frase, *pro aris et focis*.

Pero me dices tú que siendo tantas las religiones, y con esta libertad de cultos, para la generalidad, que no recibe sólida instrucción religiosa, es negocio difícil averiguar cuál de tantas religiones sea el alma y la vida de la sociedad, el primer elemento social.

Pues, querido Ignacio, aun cuando tú afirmes que son muchas las religiones, yo entiendo que, si bien es verdad que existen muchas doctrinas, llamémoslas así, que se dicen pomposamente religiones, yo entiendo que no existe más que una sola religión.

Vamos á verlo, hombre; que entre amigos, hasta el vulgo dice, que con verlo basta.

¿Qué es religión? El comercio positivo y eficaz con Dios. Esto no puede negarlo nadie, y mucho menos tú.

Ahora bien; yo te afirmo y te pruebo que sola la religión católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios.

Primeramente, todas las otras doctrinas, que se llaman religiones, llevan en su seno una de estas dos catástrofes, ó la locura de la superstición; ó la inanidad, el nihilismo de la incredulidad.

La religión, sin el auxilio de la razón, cae en la superstición: la religión, con la sola razón, se despeña inevitablemente en el abismo de la incredulidad.

Dios, fundador de la sola y única y verdadera religión ha colocado al hombre entre dos escollos inabordables: y quien quiera que no navegue en la nave, de que Dios es capitán y piloto, dará, con triste naufragio, en uno de estos dos escollos; la superstición ó la incredulidad.

El hombre es de tal modo incapaz de comunicar por sí mismo con Dios, que sus inspiraciones religiosas más personales se refieren siempre á un fondo primitivo, á una tradición.

Es mucha verdad lo que tú me dices: que todos los cultos exteriormente considerados, nada parece diferenciarlos de nuestra religión.

En todos hay templos, que se proponen elevar á Dios una magnífica invitación del hombre, para que descienda y se una á la humanidad: y en todos los templos se ven altares adornados de imágenes y teñidos con la sangre de las víctimas; y en todos los cultos y en todos los templos se ven sacerdotes, ceremonias, abluciones, procesiones y otras mil formas, que parecen confundir todos los cultos entre sí y con el nuestro, en una majestad común.

Exactísimo todo esto: en lo exterior todos los cultos son iguales; pero abre, abre el santuario, como se abre un fruto, para cerciorarse si el sabor corresponde á la belleza.

Hoy está hecha la historia de todas las religiones, ¿y qué es lo que se encuentra en todas, menos en la católica? Primeramente... nada; y llamo nada al comunicar con Dios, para permanecer siendo lo mismo que antes: levantar templos é inmolar víctimas, crear sacerdotes, fundar en las naciones un inmenso aparato, y ¿para qué? para seguir siendo hombres, sin tener en la inteligencia ni en el corazón nada sobre humano, nada que anuncie otra cosa que una humanidad vulgar... ¿Quién podrá llamar á esto comercio positivo y eficaz con Dios?

Mi querido Ignacio, tú lo sabes demasiado:

conversar con un alma elevada dignifica la nuestra, y nos eleva; los corazones grandes exhalan un perfume celestial, que nos hace más dignos de su contacto. ¿Qué será, pues, comunicar con Dios?

Por otra parte; si el hombre que comunica con Dios no es más que un hombre, ¿qué necesidad tiene de buscar á Dios?

Las religiones de Brahama, de Mahoma, religiones de verdad célebres, pero que no han hecho nada que eleve al género humano á mayor altura, que su propia naturaleza.

Digo más: hay una ley que se observa hasta en nuestra santa religión; y que puede expresarse de este modo: Todo culto que no eleva al hombre, le degrada.

Dios es demasiado poderoso, para detenerse en un resultado negativo.

TODO HOMBRE, QUE COMUNIQUE FRECUENTEMENTE CON DIOS; Ó ES UN DEMONIO, Ó UN ANGEL: NO ES POSIBLE TÉRMINO MEDIO.

¿Pues qué es lo que se observa en las famosas religiones citadas? Que el hombre no solo permanece en su debilidad natural, sino que se ve solicitado á la corrupción por el culto mismo destinado á unir su vida con Dios: vemos al hombre hallando en Dios un auxiliar infame.

para caer más abajo, que su espíritu y su razón.

Todas las religiones menos la católica son inmorales: la inmoralidad es el estigma, con que señala Dios á todos, aquellos, que abusan en los pueblos de la santidad de su nombre.

Y religiones inmorales no pueden ser elementos sociales.

Además de ser inmorales todas las religiones, menos la católica, son tambien irracionales; pero con una sinrazón tan palpable, que desafía á toda inteligencia, y salta á todos los ojos.

Dice un ilustre filósofo que cuando el cristianismo se encontró frente á frente con la idolatría, no pudo hacer otra cosa, más que reírse: pues esto mismo puede afirmarse de todos los cultos, menos del católico.

No hay en ellos razón, fundamento, sustancia lógica; y la carencia de estas cosas excita naturalmente la risa, una risa homérica.

Bien conocen esta falta esos mismos cultos; porque en ninguna parte se atreven á medir sus fuerzas con los católicos: todos ellos, en la lucha, se parecen á los antiguos Partos, cuya fuerza estaba en la fuga y en el desierto.

Ante la persuasión Católica ningún culto puede sostener levantados y desplegados sus estan-

dartes: la persecución, el alejamiento, el desprecio, el silencio, he aquí todos sus recursos; recursos que el tiempo de acuerdo con la verdad destruye cada día, hasta que, agotados, los dejará sin defensa y sin refugio.

Y esto que decimos de las religiones no cristianas, puede aplicarse, y aun con creces muy subidas, al protestantismo, que es la *gran vía* de la incredulidad y de la superstición, como el Catolicismo es el camino real de una fé tan racional, como profunda.

En prueba de que el protestantismo ha encajado en los dos escollos, preparados por Dios para el error religioso, basta decir que el protestantismo ha llegado, en fuerza de su principio mismo, á la disolución doctrinal más espantosa, de que existe memoria.

Por otra parte, conocidas son de todo el mundo las escenas de América, en las cuales hombres y mujeres, reunidos en asambleas apocalípticas, muéstranse obsesionados por el misticismo más extravagante y supersticioso: profetizan, y hablan todas las lenguas, presentando al mundo pasmado todo el delirio de las almas, que buscan á Dios sin Dios.

En el protestantismo sin duda aparece más de relieve, y se dibuja con tonos más acentuados

aquella ley, de que hemos hablado anteriormente: que todo culto, que no eleva al hombre, le degrada.

Veamos ahora como el Catolicismo es tan fuerte contra la superstición, como contra la duda: contemplémosle, libertándonos del delirio, cerniéndose en un equilibrio sereno y majestuoso, superior á la razón, que no le ha fundado, y que tampoco le puede destruir; dándole cuenta de todo, pero sin aceptar su yugo; ilustrándola y elevándola; empujando, en fin, con paso igual, á las generaciones humanas, á su porvenir humano y á su porvenir eterno.

La eficacia social del Catolicismo está en que goza de una virtualidad sobrehumana de costumbres y de una pujanza sobrehumana de razón, fruto natural del comercio positivo y eficaz que la doctrina Católica establece entre Dios y el hombre.

Comencemos por la virtualidad de costumbres; y lo diremos todo diciendo que en el Catolicismo es donde se ha escrito esa magnífica y asombrosa historia, ese libro misterioso, que se llama *La Vida de los Santos*.

¿Dónde están los Santos del Bramismo, idolatría, islamismo y aun del Protestantismo?

En todas estas religiones hay gente honrada,

piadosa; pero ni bramismo, ni mahometanismo, ni protestantismo, ninguna religión, absolutamente ninguna, sino la Católica, ha osado escribir la vida de los Santos.

¿Y qué es la vida de un Santo? En la vida de los Santos se destacan con gallardía y majestad dos cosas sumamente útiles á la sociedad, virtualidad sublime de costumbres, y virtualidad soberana de ciencia, que alumbra lo mismo los horizontes de la eternidad, que los horizontes no menos misteriosos del tiempo.

Los Santos son, ante todo, los hombres del sufrimiento; porque son hombres del amor: ¿Y quién no sufre en el mundo? todos necesitamos aprender la manera de sufrir; y necesitamos tener completa seguridad de que en el sufrimiento y la paciencia ha Dios oculto un bálsamo reparador y misterioso.

Como el sufrimiento va tras de nosotros día por día y hora por hora, es de primera necesidad para todos los hombres conocer todos los recursos contra la desgracia y aprender, más que con palabras con ejemplos, que, sean cualesquiera las contrariedades, cualquiera nuestra suerte en la vida, cualquiera el deshonor con que se la manche, cualesquiera las prisiones que se la abran... es necesario estar muy persuadido que

no hay ningún suplicio, ninguna vergüenza, ninguna abyección que no pueda ser transfigurada por la idea de Dios; y llegar á ser un tronco, á donde vaya todo hombre á orar, venerar y bendecir.

De esta suerte lo abyecto se purifica lo puro se abrillanta, y lo brillante luce esplendoroso é inacabable.

De esta suerte se tranfiguran los individuos, las familias y las naciones.

A la manera que el sol penetra el aire, y le llena de lumbres y platea y arrebola las mismas nubes, parándolas á veces, como esplendorosos y rozagantes mantos reales: por muy parecida manera desplegándose el corazón de Dios sobre el corazón del hombre, derrama sobre todo él belleza, perfección y bienaventuranza: no puede ser de otra suerte.

Por consiguiente ¿á qué los templos, á qué los cultos, á qué toda esa ostentosa pompa religiosa, y que tan cara cuesta á las naciones; si no tuviese que enseñarnos, más que aquello, que pudiese cualquiera aprender, removiendo los tizones de su chimenea?

Dios no puede ponerse en relación con nosotros, ni nosotros con Dios, para dejar á nuestro espíritu en el mismo estado, en que se estaba

antes; solo, para tener cuando más la satisfacción recíproca, Dios riqueza infinita de darnos... nada; y nosotros, miseria casi infinita, de no recibir también... nada.

La religión católica, siendo la religión verdadera, no puede menos de presentar á la razón dogmas, que sean la ciencia suprema de la naturaleza y de la humanidad, el nudo supremo de todos los misterios, la llave de toda explicación, el lazo de toda coordinación del pensamiento, la obra maestra del entendimiento, fuera de la cual hasta la misma luz luce en las tinieblas.

Como el sol lo ilumina todo, sin ser iluminado por nada; así la doctrina católica, primera autoridad del universo, derrama sobre todo aquel, que no se empeñe en cerrar los ojos, una luz, que todo lo ilumina y embellece.

Ahí están, en mitad de la historia, á la luz de Dios y del mundo; San Agustín, Sto. Tomás y otros mil que unieron la más profunda filosofía con la fé más ardiente, hombres osados, como los más atrevidos filósofos, pero sencillos, como los niños. ¿Qué cuestión ha podido detenerlos, ni qué duda confundirlos, ni qué polémica atemorizarlos? Todo lo han oído, á todo han respondido; por la afirmación han levantado robusto y firmísimo el edificio de la verdad; por la contro-

versia le han defendido victoriosamente contra todo sitiador.

Los Santos-Sabios son la demostración viviente de dos cosas: como Santos, demuestran la supremacía moral, que entraña la doctrina católica; y como sabios, demuestran la supremacía de razón, que la doctrina católica contiene.

¿Y qué hay acá abajo que puede ser más útil á los individuos, á la familia y á la sociedad, que este comercio real del hombre con Dios, que no puede menos de producir, sino grandeza y bienaventuranza?

Con esta eficacia sobrehumana de costumbres y de razón, tan digna de Dios como del hombre, de que está dotada la Santa Religión Católica, humanidad y naturaleza son elevadas á todo cuanto puede su naturaleza; y humanidad y naturaleza se divinizan, hasta donde puede lo finito ser divinizado.

Cuanto hemos dicho, prueba la divinidad de Nuestra Santa Religión. Ya Jesucristo había señalado esta prueba, que decide de todo: «Por las obras los conoceréis.»

Los teólogos deducen otras pruebas, que no puedo menos, mi querido Ignacio, de indicártelas, aunque no sea más: ellas son importantísimas, y debiéramos tenerlas, en todos los instan-

tes, muy presentes; porque hay muchos que dicen que creen, y que son muy católicos; y las obras son muy *marruecas*: faltan á esa fé bases sólidas.

Estas importantísimas pruebas de la divinidad de Nuestra Santa Religión son las siguientes: 1.^a Los miles de milagros hechos por los ascendientes de Jesucristo, Moisés, los profetas y demás Santos del Antiguo testamento; y sobre todo, los milagros de Jesucristo y de su posteridad, los Apóstoles y toda la numerosa y brillante pléyade de Santos y Santas del Nuevo Testamento.

Es tal la naturaleza de los milagros, que no sólo revelan, infaliblemente, la presencia y acción de Dios, sino que excluyen la duda, el debate, el tiempo, y hasta la ciencia.

Todos reconocen al instante, en los milagros, la manifestación pública de Dios.

Todos reconocen, en los milagros, la soberanía de Dios sobre la naturaleza.

Los milagros revelan una inmensa energía: y la sumisión instantánea de la naturaleza dice á todos aquellos hombres, que no temen encontrar á Dios, que sólo el Señor de cielos y tierra puede realizar aquellas maravillas.

El milagro es tan extraño á todos los procedimientos humanos, que, si por desdicha del hom-

bre, no llega á producir el conocimiento y la fé, por lo menos engendra la confusión: y el hombre rebelde no tiene más recursos, contra el milagro, que el silencio.

Ya conozco la puerta por donde se escapan los racionalistas, para no sujetarse á la soberanía de los milagros.

Dicen que el milagro nada prueba; porque todas las doctrinas religiosas han tenido milagros en su favor.

Amigo Ignacio, hay que negar resueltamente que doctrina alguna HISTÓRICA tenga, por base, hechos milagrosos.

En el presente momento histórico, ningún racionalista ha aparecido en las plazas públicas curando ciegos y resucitando muertos.

Descendiendo del siglo presente hasta Jesucristo, nadie tampoco entre la inmemorable muchedumbre de heresiarcas famosos ha podido jactarse de mandar á la naturaleza, y de poner bajo la protección del milagro las inspiraciones del orgullo revelado.

¿Dónde hay, pues, en el mundo histórico otra omnipotencia, que la omnipotencia de Jesucristo y de sus Santos?

Nada aparece en el horizonte; Jesucristo queda sólo; algunos hechos singulares de Grecia y Ro-

ma, pero hechos aislados, sin enlace con nada, que no provocaron debate alguno, ni establecieron ninguna doctrina.

Suele citarse á Apolonio de Thyanea.... una curiosidad, un accidente, sin escritos, sin huellas de su tránsito por la tierra nada.... un hombre, que murió al día siguiente de su vida.

Volvamos á repetirlo: en la historia no hay más milagros auténticos, que los milagros de Jesucristo y de sus ascendientes y descendientes.

Además de los milagros, presentan los teólogos, como pruebas de la divinidad de Nuestra Santa Religión.

2.^a Las profecías.

3.^a La excelencia y Santidad de la Doctrina Evangélica.

4.^a La propagación admirable del Evangelio.

5.^a Su admirable conservación hasta el presente.

6.^a El testimonio sangriento de diez y ocho millones de mártires.

Todas estas pruebas forman como una masa granítica, sobre la cual se levanta, incommovible é incontrastable, la divinidad de nuestra religión.

¡Bendita religión! permítame que esclame, mi querido Ignacio, ¡bendita religión! y más ben-

quita la sociedad que la profesa: reúne sobre su cabeza una corona la más rica y más variada, puesto que ninguna otra religión puede robarle ni un sólo rayo; porque sólo ella es la verdadera; y la verdad lo es todo, el error no es nada, y si es algo, solamente es ignominia y desolación.

Aquí se cumple aquello de la Escritura Santa, que dice del error que es una *cisterna perdida y disipada*. Cavad un poco, y no encontraréis agua ya; y esa agua misma, que está en la superficie³ es una agua corrompida: esto puede aplicarse al pie de la letra á todas las falsas religiones, que no son otra cosa que una degeneración, debida á la libertad del hombre, que no ha podido renunciar al comercio y comunicación con Dios, y que no ha podido mantenerse á la altura de este comercio.

Por razón contraria la religión, que ha hecho Dios, la ha fijado profundamente en el centro de la humanidad, para que sea allí el alma, la vida y el sosten de la misma, como las rocas primitivas de granito sostienen nuestro planeta.

Esto hace ahora Nuestra Santa Religión, y esto hará en lo porvenir en mayor escala; pasará este tiempo de racionalismo, tiempo de maldición, en que gobiernos ateos no se han contentado con negar á la Iglesia un derecho, sino que

se los han negado todos: pasarán estos tiempos de racionalismo, de maldición, en que fatigado el mundo de obedecer y respetar á Dios, ha tentado un esfuerzo final, para sacudir de su piel esta lepra divina.

¡Inútil sacudir! la virtud de Dios saldrá de la Iglesia, como salía de la túnica de Cristo, semejante al perfume, que se ha querido encerrar, y que condensado por el obstáculo que encuentra, se escapa por todos los poros más suave y más violento.

¡Ya vendrá la reacción! ¡ya vendrá la reacción! y la razón humana, desengañada por sí misma y con el auxilio de Dios, correrá presurosa á descansar al pie de la fuente, cuya agua brota hasta el cielo, según frase del Evangelio.

Hasta otra, te abraza tu affmo.





CARTA 7.^a

Pienso, como tú, mi querido Ignacio: el Cristianismo, la obra de Dios, el sol de justicia no ha llegado aún á la mitad de su carrera; el catolicismo es joven; su obra no está acabada: cuenta ya cerca de dos mil años, pero mil años, dice la Escritura Santa que son como un día en la presencia de Dios; dejémosle, pues, que siga poco á poco y con paciencia divina, acomodada á nuestra casi infinita miseria, la épica y grandiosa y misericordiosa ruta, que ha escogido.

¡Qué hermoso, y á la vez qué triste, es dirigir una mirada á lo largo del camino de la historia, y ver la bondad inmensa del catolicismo, que avanza sin cesar hacia los hombres y las naciones; y ver al mismo tiempo, cómo los hombres y las naciones huyen del catolicismo, ó le desfiguran! ¡Desdichada humanidad!

Pero, no temas, Ignacio, no; que Dios es más bueno que nosotros malos. Día llegará en que el catolicismo marche más de prisa; y así como

el sol cuando brilla sobre lo más encumbrado de los cielos, ilumina á un tiempo el Oriente y el Occidente; así el Evangelio llegado á lo más alto de su poder, dueño del mundo, sin haberlo violentado jamás; llenará con su gloria, y su equidad todos los espacios, y todos los seres, con todos sus senos.

Bien lo sabes tú: hoy ya todo pueblo que no está sometido al Evangelio, se le considera como pueblo bárbaro.

Antes de Jesucristo, Atenas y Roma llegaron á la civilización... ¡y qué civilización! aparte del esplendoroso y rozagante manto que la cubría, la civilización de Grecia y Roma era la civilización de la esclavitud y de la prostitución: mas todavía resplandecían aquí y allá hombres ilustres, lumbreras de primera magnitud.

Pero después que se promulgó el Evangelio, todos los pueblos que no le han reconocido y aceptado, han caído más abajo de la barbarie: comparados con los pueblos cristianos, hállanse en una visible inferioridad, que inspira más desprecio, que compasión.

Fíjate, Ignacio, fíjate en el pueblo musulmán, por ejemplo. ¿Qué es el pueblo musulmán?

¿Qué han llegado á ser los pueblos, subyugados por la cimitarra de Mahoma? Dios ha dado á

los musulmanes los más bellos países. ¿Qué han llegado á ser Grecia y Siria bajo la dominación musulmana? ¿Dónde se halla ni siquiera la cultura de los campos! Cuál es el aspecto mismo terrestre de esas comarcas, que con tantos otros famosos recuerdos nos habían transmitido la memoria de sus montañas y de sus valles?

¿Qué nos revela, mi querido Ignacio, qué nos revela este ejemplo tan próximo, como ilustre? Nos revela que las naciones que rechazan el Evangelio promulgado y reconocido, se hunden más abajo de la barbarie.

Nos revela que la tierra misma no ha podido vivir bajo la planta salvaje del musulmán, el cual después de mil trescientos años de vida todavía no ha aprendido a proteger ni una espiga de trigo.

Y basta de esto.

Vamos á decir algo sobre esa materia, que tu llamas, y con razón sobrada, interesante y delicadísima y de una actualidad constante, sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado.

Cuanto puede sobre esto decirse, está condensado, como hoy se dice, en la célebre frase, que dijo Tacito de Nerva: **QUE HABÍA CONCILIADO LA LIBERTAD CON EL MANDO.**

La Iglesia Católica haciendo conocer y res-

petar la verdad, hace que se respeten todos los derechos; y por consiguiente en Ella tienen así los soberanos como los súbditos una defensa y un sostén firmísimo de sus respectivos derechos.

Y es un hecho, que no admite réplica: que nunca han vivido más largo tiempo así los príncipes como los pueblos, ni nunca los príncipes han querido más á los pueblos que desde el establecimiento de la Iglesia Católica; y es digno de notarse que el poder espiritual, limitando al poder civil, lo afirma sobre bases indestructibles; y es verdaderamente admirable que, á medida que la Iglesia se afirma en un Estado, se ve al poder civil más respetado, como se le ve caer en el abatimiento, á medida que la Iglesia pierde su influencia.

La Iglesia, pues, mejor que Nerva ha conciliado la libertad con el mando.

Pero esto, que es importantísimo, veámoslo más determinadamente, más en detalle.

Que el Cristianismo moralizó al mundo es una verdad reconocida por todos: pues bien, en esta renovación moral se halla la base de la regeneración social.

La Iglesia ha dado á Europa la libertad, dándole las buenas costumbres.

Que se nos dén, decía ya S. Agustín, esposas y esposos, como los quiere la doctrina Cristiana, padres é hijos, señores y criados, reyes y magistrados, soldados, ciudadanos de todo género, y todos confesarán que la Religión Católica, lejos de ser contraria á los intereses de los imperios, es la mejor garantía de su salvación, de su vida, de su progreso y de su civilización.

La fuente de donde emana y procede todo el bienestar terreno de un pueblo; la condición necesaria de toda independencia y de toda verdadera libertad, lo mismo que de toda nobleza de sentimientos, ES EL TRABAJO.

Cierto, el trabajo es una expiación; pero, para la voluntad debilitada por el pecado é inclinada hacia el mal, es también un escudo contra la tentación, un remedio que fortifica, el ejercicio de todas las virtudes, la escuela de la Santidad, la prenda de un rico salario que recibiremos de Dios, un manantial de paz, el honor y la alegría del hombre, cuya vida debe ser un ESFUERZO CONTINUO, para ser vida digna del hombre, y asemejarse á la vida de Dios.

Todo esto está resumido en aquellas palabras del Salmo: «Si comes del trabajo de tus manos, serás feliz, y prosperarás.»

Pues bien, el trabajo ¿cómo era considerado

antes de Jesucristo? El trabajo era despreciado, como era natural, dada la aversión instintiva é innata del hombre, á cuanto nos causa fatiga y pena.

Y este desprecio debía tener consecuencias incalculables: produjo la esclavitud, fundamento desgraciado sobre que descansaba toda la vida política y social del mundo antiguo, institución contraria á la naturaleza y á la verdad, y que corrompía radicalmente el carácter del hombre.

El desprecio y odio al trabajo formó aquella plebe siempre pronta á sublevarse, y cuya amistad se conciliaban los primates, dándola pan y juegos.

El desprecio y odio al trabajo y á los trabajadores formó aquellos rebaños de parásitos, verdadera plaga social; acumuló en pocas manos las riquezas, acabó con la clase media; disminuyó progresivamente el número de trabajadores libres, que no pudieron sostener la competencia con el trabajo de los esclavos.

De aquí las grandes propiedades, que, según testimonio de Plinio, acabaron con Italia.

De aquí que el derecho de no hacer nada separaba, como una Zona celeste, á las gentes honradas de la *infame plebe*.

De aquí la decadencia de la agricultura y de

todas las artes y oficios. Y, por fin, de aquí el PAUPERISMO.

Este, este era el sombrío fondo, en que brillaba, y aún brilla la civilización del mundo no cristiano.

Pero Cristo, el hombre Dios, el hijo del carpintero, rehabilitó y ennobleció para siempre el trabajo, todo trabajo, hasta el trabajo manual más humilde.

Aquel mandato de Dios: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro» ha recibido de Jesucristo la más elevada consagración, y ha sido transfigurado en una bendición. en un culto tributado á Dios, en un testimonio de amor, por la imitación del Hombre Dios.

Viviendo del trabajo de sus manos, los Apóstoles condenaron para siempre la ociosidad, que devora el fruto del trabajo de otro.

Desde entonces, el trabajo dejó de ser una deshonra; y los Santos Padres apenas encuentran bastantes palabras, para hacer su elogio.

Más tarde, los conventos se fundaron sobre el trabajo, y muy especialmente, sobre el trabajo más antiguo, más universal y más conforme con la naturaleza, la agricultura.

La regla de los benedictinos contiene prescripciones exactas sobre esta materia.

La agricultura y los oficios formaron siempre parte de la enseñanza monacal.

De este modo fué introducida en el mundo la idea del TRABAJO LIBRE.

El trabajo, honrado y hecho un deber, se ha mezclado de una manera íntima con la vida moral de la sociedad cristiana: haciéndose libre, se ha hecho incomparablemente más fecundo que el trabajo servil de los antiguos; y por él se ha realizado un tal cambio en la vida, dignidad, riqueza y bienestar de los pueblos, como de antes ni idea de todo esto tuvieron siquiera las naciones.

Créalo, ó no lo crea el tiempo presente; la verdad es que está viviendo del capital que ha heredado del principio cristiano.

Si es sagrado el lugar que pisa un hombre virtuoso, cuánto no será más sagrada esta Europa, asiento por dos mil años del cristianismo, y en donde el eco generoso de su vida y de su voz resuena sin cesar, y ha resonado sin interrupción por espacio de veinte siglos.

Pero hay otra cosa: lo que constituye la esencia de la vida política es la libertad individual.

Pues... ¿y quiénes han asegurado para siempre el santuario de la conciencia y de la convicción religiosa, y han opuesto á los atentados del

poder secular un barrera insuperable? Las grandes palabras del Apóstol: *Es necesario obedecer á Dios, antes que á los hombres.*

Tres siglos de sangrientas persecuciones descubrieron y demostraron la importante significación de estas palabras, y el poder que encierran, para sostener el sentimiento de independencía personal y de libertad verdadera, que se funda sobre la fé y afluye copiosa del seno de la Iglesia.

El Cristianismo haciendo depender toda una eternidad de la libre decisión de cada uno; el Cristianismo ha levantado el alma humana del polvo de la tierra.

De aquí ha resultado que la vida individual y la vida social primero, y después el arte en general y la literatura en particular, han sido marcados con un nuevo carácter, el de la independencía y dignidad humana, por oposición á la anti-güedad pagana, cuyas formas son de apariencias hermosas, pero descoloridas, frías y faltas de originalidad y vida.

Entre los paganos y entre todos los pueblos no cristianos, el ciudadano no era ni es otra cosa que un instrumento en manos del Estado: entre los cristianos por el contrario, en la coronación de las potestades son proclamadas solemnemente, como ideal de un buen gobierno, la protecció

de los huérfanos y las viudas, de todos los pobres y débiles, la defensa de la Iglesia, madre de los miserables, y la justicia hecha á todos por igual y sin distinción de personas.

De este sentimiento de dignidad personal y de libertad, fundado en la dignidad del alma cristiana nacía naturalmente la ley de la igualdad cristiana, cosa que hoy nos parece muy sencilla, pero que no la percibieron los más potentes y sublimes pensadores paganos; y aún cuando Aristóteles la hubiera alcanzado y reconocido, no se hubiera practicado.

No hay justicia, dice con razón Lactancio, desde el momento en que los hombres no son todos iguales: la desigualdad excluye por sí misma á la justicia, cuya esencia consiste toda en que todos aque'los que han entrado en la vida bajo las mismas condiciones, sean tratados de la misma manera.

Pasemos á otro género de consideraciones: es indudable que la autoridad y la libertad son los dos principios, que sostienen el edificio social: la sociedad es imposible, si la libertad y la autoridad no coexisten en perfecto equilibrio y concorde armonía.

La Iglesia católica por igual bendice y consagra á la autoridad y á la libertad.

El católico obedece á Dios, no á los hombres: su obediencia es un acto de libertad, que le eleva y le engrandece; sin esta consagración dada á la autoridad, la soberanía es despotismo y la obediencia esclavitud.

Obedecer al hombre por el hombre, es villanía y degradación.

Mira, querido Ignacio, hoy se dice, y á mi ver con razón y justicia, que en todos los pechos se abriga una repulsión indomable hacia todo lo bizantino; y que todos, quien más quien menos, siente la necesidad de oponer el espíritu á la materia, el movimiento á la inmovilidad, la vida al cementerio, la luz á las tinieblas, la civilización á la barbarie, y la razón y la ley al capricho de un déspota insensato.

Pues todo esto, aun cuando lo proclamen los racionalistas, es cristiano hasta la médula; y aquí debemos decir con Savigni que el Cristianismo ha cambiado la faz del mundo, de tal modo que domina y penetra todos nuestros pensamientos y sentimientos, por muy grande que aparezca nuestra hostilidad contra él.

Pero lo que mejor demuestra esta influencia poderosa y las relaciones profundas y beneficiosas que han existido siempre entre el cristianismo y la sociedad, es primeramente, el hecho in-

controvertible de que la Europa, principalmente la parte occidental, es en su esencia íntima una creación de la Iglesia latina, de la Santa Sede, del Pontífice romano. Todo, en su manera de ser, de pensar y de obrar, es en Europa, pontifical; y todo revela, desde su infancia hasta la actualidad, la escuela pontificia.

El gobierno de los pontífices ha sabido formar un pensamiento europeo, universal á inmortal.

La Roma papal ha realizado la *monarquía universal*, en toda la acepción de la palabra.

A despecho de todos los gérmenes de división sembrados por la herejía, por la diversidad de espíritu, por el orgullo del saber, y por la enemistad de raza, la dirección intelectual y moral de Europa continúa siendo la misma entre todos los pueblos cristianos.

Pero hay además otra cosa que patentiza con más relieve estas relaciones benéficas entre la Iglesia y el Estado.

Mucho prueban ciertamente los amigos de una causa la bondad de la misma; pero los oficios incomparables de la enemistad prueban mucho más.

Hubo un tiempo en que los reyes gozaron de un poder, que llegaba al exceso: el absolutismo, el salvaje absolutismo llegó á ser la única forma

de gobierno en Europa. ¿Quiénes eran entónces los enemigos de la Iglesia? Los reyes y sus aúlicos, que la acusaban de conservar en su seno los principios de la revolución.

Vino luego la reacción: los tronos se hundieron, los reyes fueron, unos guillotinaados, otros desterrados; y entonces la Iglesia fué acusada de proteger los derechos de los reyes.

Es decir, que la revolución que procede de arriba, como la revolución que sube de abajo, la tiranía de los reyes y la insubordinación de las masas, los parásitos de la mesa real, lo mismo que los esclavos del favor popular, fueron siempre los enemigos jurados de la Iglesia.

¿Qué dice todo esto, mi querido Ignacio, y por modo elocuentísimo? Que la Iglesia es la mejor escuela de respeto á todo poder legítimo; que la Iglesia es la madre de los pueblos; que la Iglesia es el asilo, el *palladium* de la verdadera libertad religiosa, política y civil.

Ahí está sinó la ponderada Inglaterra: ¿á quién debe sus admiradas instituciones, su admirable constitución, que ha sido el instrumento de sus grandezas, de su Gran Carta, de su jurado, de su parlamento y de sus universidades?

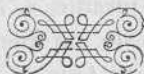
Pues se lo debe todo esto al Clero católico; mientras la Reforma no le ha dado sino el abso-

lutismo, y la esclavitud, y largas y sangrientas guerras para reconquistar, afirmar y extender sus primitivas libertades civiles y políticas.

Y basta por hoy, mi querido Ignacio.

Adiós; te abraza

DON PEREGRINO





CARTA 8.^a

A grandes rasgos, pues no permite perfiles el fin que me he propuesto, has visto, querido Ignacio, la doctrina católica y sus relaciones y su influencia sobre la sociedad civil: tócanos hoy comenzar esta carta, hablando de la distinción, que ha establecido la Iglesia entre el poder espiritual y el poder temporal.

Esta distinción es tan importante, que sin ella no puede conservar un pueblo, en su seno, ni la verdad ni la libertad.

No puede subsistir la verdad; porque siendo la verdad de una condición superior á toda cosa de este mundo, no puede subsistir bajo un centro, transmitido de un modo puramente humano.

Tampoco puede conservarse la libertad; porque concentrándose todas las fuerzas sociales y regulares bajo la férula de un solo pensamiento y de una sola acción, es imposible que pueda nadie defenderse contra la omnipotencia del Estado.

Abrumados los pueblos bajo el peso de una espantosa unidad podrán á lo más, agitarse, como Encédalo bajo la roca; pero todos sus esfuerzos y movimientos serán vanas sacudidas; ó si llegan á trastornar el orden, su misma victoria será su mismo verdugo. la guillotina de su libertad: porque destruir el orden es destruir también la libertad.

Y no es con esto decir que sean enemigos los dos poderes, el espiritual y el corporal; al contrario, deben quererse y ayudarse, como dos hermanos de un mismo padre: sino que el objeto de esta distinción es que el pensamiento, la razón se sostengan contra la fuerza; que el derecho sea broquelado y defendido contra la opresión; que la sociedad, no obstante sus vicisitudes, uniendo sin violencia, desempeñe regularmente su destino del tiempo y su destino de la eternidad.

De manera que, quien quiera que atente á esta distinción entre el poder espiritual y el poder temporal, atenta á nuestra libertad, no sólo á la libertad política y civil, sino también á la libertad moral, á la libertad, que nos hace hombres.

El hombre, como inteligencia, tiene derecho de conocer la verdad, y comunicar con ella.

El hombre, como ser moral, tiene derecho de practicar la virtud, y de enseñarla á los demás.

El hombre, como ser religioso, tiene el derecho de comunicar con Dios, y de recibir sus dones.

De todo esto el Estado no tiene nada; la Iglesia lo tiene todo.

Y si el Estado atropella atribuciones, que son de la Iglesia, le sucederá lo que á aquel cónsul del siglo diez y ocho.

Cierto día, en tiempo de la República francesa, uno de los jefes del Gobierno se presentó en un templo, vestido con una túnica blanca y un cinturón azul, llevando en la mano un jarrón de flores, que ofreció al Ser Supremo, fundador de la República.

El acto era muy sencillo y natural y razonable.

Pues el sentido popular lo recibió con una carcajada, que dió que reír á los franceses para muchos días, y á la historia por los siglos de los siglos.

También, bajo el aspecto de la dignidad del hombre y de todas las libertades, esta distinción ha sido muy beneficiosa.

En otros tiempos el poder civil no sólo dirigía los intereses de la vida, de la seguridad, de la

propiedad, del honor, de la independencia nacional, sinó también los asuntos morales y religiosos.

Esta acumulación de atribuciones, sin ser útil á la religión, ni á las costumbres, que degeneraron en abusos espantosos, causó juntamente un despotismo el más profundo y el más indestructible.

Unidas y cruzadas la cuchilla temporal y la cuchilla espiritual, formábase con ambas, como una bóveda, impenetrable al aire de la libertad, sobre la cabeza de los pueblos.

Constituída la Iglesia católica, el poder civil ha perdido el imperio sobre el pensamiento del hombre; y no es ya dueño de las leyes divinas.

La religión subsiste por sí misma, con su vida propia é independiente, equilibrando con su influjo todos los influjos exorbitantes, que tiendan á prevalecer y oprimir á los pueblos.

No se concibe ya el poder civil, ejerciendo en nombre propio el poder religioso, que abraza la verdad, la virtud y la gracia; y no es la menor mancilla del protestantismo haber dado á los príncipes la jefatura exterior del cristianismo.

Ya te oigo, mi querido Ignacio, tú con tu franqueza indiscutible y con toda la delicadeza que te es innata de seguro sonreirás á todo esto, y dirás para tus adentros: todo esto es muy hermo-

so, EN EL PAPEL; pero la historia chorrea perpetuas diferencias, acaloradas discusiones, sangrientas luchas entre el poder civil y el eclesiástico.

Ante todo, mi querido Ignacio, tú sabes demasiado que la lucha es el estado presente de la humanidad: el bien y el mal, la carne y el espíritu, los reinos contra los reinos, las ideas contra las ideas, se hallan en un combate permanente:

Con la particularidad notabilísima de que nace el orden de este combate.

El orden no es otra cosa, que el conjunto armonioso de elementos diferentes; y cuantas más discordancias parciales compongan la armonía, más señalado es el tiempo del orden y su poder más manifiesto.

¿Quién, pues, se asombrará de que Dios haya establecido una especie de dualismo en la sociedad con la institución de la Iglesia?

Ningún poder se halla limitado sino por otro poder; y lo admirable es que el poder espiritual, limitando al poder civil, le afirma, como ya he dicho, sobre bases indestructibles.

Ya sé que á esto me saldrás tú, Ignacio, con tu vieja prevención de que temes á los sacerdotes porque son muy dominadores y se meten en todo...

Lo de dominadores, si los sacerdotes son buenos, no es exacto, y en estos tiempos menos: lo de meterse en todo... son ministros de Dios, que está en todo y nada les es extraño; porque Dios no es extraño en ninguna parte.

Lo malo que hay aquí es, que á veces, algunos sacerdotes son demasiado prudentes, y por no alborotar, se avienen con el papel que les señalaba Federico II, rey de Prusia. Este rey decía á sus amigos con felicidad de expresión y con intención diabólica: ¿Sabéis lo que conviene hacer con la Iglesia católica, para acabar con ella?... Conviene hacer de ella un BUHO.....

Sacerdotes, amadísimos hermanos míos, por Dios, no toleremos que ni rey ni Roque nos señalen con el mote de esa ave, triste y solitaria, que vive encogida y pasmada en los rincones, con aspecto ceñudo...

Este es el secreto, para arruinar la Iglesia: aislarnos de todo, de la política, de la moral, del sentimiento, de la ciencia; suspendernos entre el cielo y la tierra, sin ninguna especie de contacto con nada... encerrarnos en las sacristías...

Vuelvo á repetirlo: somos ministros de Dios, que está en todo: nada nos es extraño; porque Dios no es extraño en ninguna parte.

Por lo demás, podrán los sacerdotes abusar de

sus atribuciones, pero como no tienen á su disposición la fuerza armada, nunca pueden establecer violentamente una injusticia, como lo puede el poder civil.

Por otra parte, no pueden defenderse contra el poder civil sino con dos defensas, Dios y el martirio: el martirio, sufriendo la muerte, antes que hacer cosa alguna contra los derechos concedidos por Dios á su Iglesia; y después Dios mismo, su fundador, su guía, el tutor de su debilidad, y que ha prometido no abandonarla.

Dios rige el mundo: hay que contar con Él en todos los sucesos.

Dios es necesario: es el nudo con que todo se enlaza; y manifiesta señaladamente su acción, con acontecimientos, que cambian la faz de los siglos, y tienen un carácter particular, DE PODER IMPREVISTO, por el cual son reconocidos.

Por lo demás, los derechos fundamentales de la Iglesia son claros como la luz del día: sobre las cuestiones mixtas ya se entienden por medio de concordatos de los poderes.

Esta distinción de los dos poderes es de consecuencias que no se pueden calcular; y sin embargo, la historia enseña que solo puede ser establecida en el pueblo de Dios, y en los pueblos católicos.

En todos los demás, incluso los cristianos protestantes y los cristianos-cismáticos, el Estado ha absorbido siempre toda la naturaleza humana, con su unidad devoradora.

Y no puede ser otra cosa; siendo el poder espiritual por su naturaleza un poder desarmado, Dios sólo es capaz de comunicarle aquella fuerza, que es necesaria para resistir pacíficamente al poder temporal.

Donde no está Dios, la intriga, la bajeza, el miedo, sujetan, esclavizan, pero pronto, pronto el espíritu á la materia: y el poder espiritual, si es que aún existe, no es más que un vil fantasma con una caña por cetro, algunos ochavos por salario, y el desprecio por guardia.

Con cuánta razón, pues, afirma el protestante Guizot que, si la Iglesia católica no hubiese existido, el mundo sería esclavo de la fuerza material.

Atila inclinándose con respeto ante San León. Odoacro ante S. Severino, y Totila ante S. Benito, son la personificación de este pensamiento, que es toda la historia de la Europa civilizada.

Pero hay otra cosa, mi querido Ignacio; hay otra cosa que obraba sobre la sociedad tan eficazmente como la doctrina de la Iglesia: y esta cosa era la propia constitución eclesiástica, que servía á los Gobiernos de modelo.

Dice Roscher que en toda clase de evoluciones y desarrollo, la Iglesia católica ha precedido al Estado, y le ha servido de modelo.

Por muy poco que se conozca á la Iglesia católica, no podrá menos de percibirse que está en su esencia el prescindir, siempre y por completo, de las miras estrechas y particulares.

Nadie puede negar que la Iglesia católica fué y será siempre por su misma naturaleza, que se revela perfectamente en su nombre, la atalaya del poder espiritual, su defensora, la depositaria del tesoro de las ciencias y letras y artes, la conservadora de las antiguas tradiciones, y el corazón y el alma de todo progreso. Sus miras tienen que ser universales, como su nombre; y cualquiera comprende cuanto ayuda esto, para unificar los pueblos, para habituarlos al fecundísimo pensamiento de la unidad, y producir en ellos la fusión intelectual, digámoslo así.

Por otra parte la Iglesia con su jerarquía y su unidad fué siempre su excelente modelo para la formación y organización de los Estados.

Sabido es que la Iglesia católica goza en su constitución de una economía perfecta, economía, que jamás ha poseído Gobierno alguno.

En todos los Gobiernos humanos han propendido siempre á destruirse, á causa de las

pasiones de los hombres, los tres elementos del poder: la unidad, que coordina, la acción, que dilata, y la moderación, que impide á la unidad ser absoluta, y á la acción ser independiente.

Solo Dios ha dado cima á esta obra maestra por mediación de su Hijo, para asegurar para siempre los destinos de la verdad.

La Iglesia tiene en su constitución la unidad de la Monarquía, la acción expansiva de una Democracia, templadas ambas por una fuerte Aristocracia.

Además, la división en diócesis se extiende por toda la tierra, como una red que abraza en sus mallas diamantinas diversidad de pueblos y naciones, fundiéndolos en una unidad superior.

Los concilios provinciales y las escuelas diocesanas, en que se aprendía el manejo de los negocios públicos, abrían al espíritu vastos horizontes, y le despertaban para el examen de las grandes cuestiones, sin contar con que allí se ejercitaban en el conocimiento y en la forma de la resistencia legal.

El principio de la constitución representativa fué hallado y ejercido, primero que por Estado alguno, por la Iglesia católica...

¡Las constituciones halladas por la Iglesia!

Eso es demasiado, y hasta casi blasfemo, para un párroco de la Diócesis de León!..

En verdad que en nuestros tiempos, mi querido Ignacio, tiempos turbulentos y borrascosos se ha abusado horriblemente del derecho de hacer los pactos nacionales. ¿Pero de qué no abusan los hombres?

Mi querido Ignacio, cuando caigas en la tentación de menospreciar las cosas á causa de su profanación, párate, y míralas en su ejemplar divino, allí donde tienen su origen, su sanción y su santidad.

Recordemos tú y yo que Dios mismo, con estar tan seguro de su justicia, no ha creído inútil comprometerse con nosotros con promesas apoyadas en juramentos. Así lo hizo con Noé, Abraham y demás patriarcas.

Acordémonos de que el mayor de los legisladores, Moisés, dió una constitución á su pueblo; y que este pueblo, regido por ella sobrevive todavía después de cuatro mil años á todas las injurias del tiempo y de la adversidad. Aclárese este pensamiento.

Traigamos á la memoria que el mismo Jesucristo, el Hijo único de Dios, venido al mundo para salvarlo ha dado una constitución á la humanidad regenerada; y que en virtud de esta

constitución la Iglesia más fuerte y más duradera, que todos los imperios, llena entre nosotros, con fidelidad, su imperecedera misión.

Los fundadores de Órdenes religiosas S. Basilio, S. Benito, S. Francisco de Asís, Sto. Domingo, S. Ignacio, San Vicente de Paúl han dado constituciones á su posteridad mística; y que por esas constituciones, cada una de esas benditas familias une su inmortalidad terrestre á la inmortalidad divina de su fundador.

Y por último, si fuera lícito debilitar tan augustos ejemplos con ejemplos profanos, acordémonos que las más ilustres ciudades de los tiempos antiguos, Atenas, España, Roma, tuvieron también instituciones consagradas por el tiempo: y que á ellas debieron aquella alta y soberana supremacía, en la paz y en la guerra, en las artes y en las letras, que tanto las glorificó, y que las hizo hasta cierto punto instrumentos, prólogos y prefacios de la civilización cristiana.

En una palabra, mi querido Ignacio, los gobiernos humanos no deben ser gobiernos arbitrarios, sinó gobiernos de razón, de derecho, de equidad, y por tanto gobiernos regidos por leyes fundamentales.

Seguramente que no volverás á asustarte,

cuando se miente la palabra constitución: vamos adelante.

Por lo que hace á los tribunales de justicia, por nadie que tenga nociones de la historia del derecho puede negarse que los tribunales de la justicia canónica sirvieron de modelo á los tribunales seculares.

Aquí en nuestra España, en tiempos de Recaredo, se mandó á los jueces legos que asistiesen á los sínodos, para instruirse en el derecho y legislación eclesiástica.

Digamos algo sobre el código de los visigodos: es verdaderamente un portento de sabiduría para aquellos tiempos bárbaros.

Es en verdad extraordinario que fijándose entre los bárbaros el precio de un hombre según su condición, este código asiente como principio que todos los hombres tienen el mismo valor ante la ley.

Entre los bárbaros se usaba como prueba el duelo judicial; el Fuero Juzgo compuesto por eclesiásticos lo rechaza, y exige la prueba por medio de testigos.

Este código autorizaba al siervo, para que se sentase, como juez, al lado del hijo del conde; y también sucedió á veces que éste ocupaba el 2.^o

lugar, y que respetaba al hijo del siervo, como puesto en lugar más elevado.

La Iglesia sostuvo siempre firmemente contra todos los ataques, y principalmente contra la soberbia de los Francos de sangre azul, la igualdad de derecho para llegar todos á todos los cargos y dignidades: esto contribuyó grandemente á la regeneración política.

Guizot afirma, pues, con toda verdad, que la Iglesia ha sostenido constantemente el principio de la igual admisibilidad de todos para todas las dignidades.

En derredor de la Iglesia todo estaba sometido al privilegio... Sola la Iglesia llamaba por igual á la posesión del poder á todas las superioridades legítimas.

El ejemplo de la Iglesia cundió por todas partes: á imagen y semejanza de los monasterios y de las asociaciones eclesiásticas se formaron corporaciones de legos: las casas se agruparon alrededor de las abadías, y formaron ciudades, en medio de las cuales la religión era el principio de unidad y el germen de toda su fuerza.

Reunidos los hombres de este modo, aprendieron á consultarse, á elegir magistrados, á obedecerlos y á organizarse.

Familiarizados por la Iglesia con las ideas de autoridad y de obediencia, de legalidad y de libertad; habituados por ella al orden y á la disciplina, á la abnegación y al sacrificio, poseían todos los elementos de la unión civil y política.

¿Qué más? todos estos grandes esfuerzos y estos hermosos ejemplos dieron, como era natural, un resultado espléndido.

De ellos salió tan naturalmente, como sale del tallo la flor, la creación social más grande de la Iglesia, la más gloriosa de las monarquías, el Santo Imperio Romano Germánico, que fué por más de cuatrocientos años el corazón de la cristiandad y el centro de todos los grandes intereses del mundo.

Dígase lo que se quiera sobre el Sacro Romano imperio por escritores más ó menos tocados de racionalismo; es lo cierto que el ideal de este imperio puede todo condeusarse, como hoy se dice, en la creencia de que todos los cristianos debían reunirse en un solo redil, como dice la Santa Escritura, para formar una sola sociedad.

Eran paralelas, digámoslo así, la fe en la unidad de la república cristiana,

En el Sacro Imperio Romano veían todos los fieles una fundación querida por Dios; y consi-

deraban al Emperador como al jefe supremo del mundo en lo temporal.

Y con esto no era, no, de temer el despotismo; porque al Emperador, cuando se le consagraba, se le imponía públicamente el deber de hacer reinar en todas partes el orden y la paz; tomar bajo su tutela á los huérfanos, las viudas, á todos los seres humanos débiles y desgraciados y oprimidos; proteger la cristiandad contra sus enemigos; sostener con la fuerza de su brazo la predicación del Evangelio; allanarle el camino hasta el fin del mundo, y acatar, como el primer hijo, al Papa, su padre soberano.

No podía, no, haber aquí despotismo; porque el egoísmo no era, como en Grecia y Roma, el fundamento y principio del Estado.

En el Sacro Romano Imperio, por el hecho mismo de ser cada sociedad transformada en miembro de un gran todo, ponía su actividad al servicio de una idea superior, Esto era matar el egoísmo y glorificar el sacrificio, la abnegación, eternos fundamentos sociales.

El Emperador en ningún caso podía ser absoluto; porque, además de leyes fundamentales, y compromisos solemnes, y juramentos sagrados tenía sobre él la Sagrada Soberanía del representante de Dios en la tierra, el Pontífice.

De manera que, amigo Ignacio, así como la Iglesia, después de bendecirlas, transformó en bóvedas esbeltas y majestuosas y en ojivas espléndidamente coloreadas, en Catedrales afiligranadas, la cal, la arena y la piedra; y penetró toda esta magnificencia con tanta vida y sentimiento, de suerte que la obra parecía un ser espiritual: por idéntica manera la Santa Iglesia ha tomado todas estas cosas, que se llaman poder temporal; y disponiéndolo todo, según su plan y su propia forma, ha con todo ello construido un asombroso edificio político, donde visiblemente se reflejaba su propio pensamiento.

Pero, amigo Ignacio, te causo ya: permíteme que resuma en breves frases todo esto importantísimo de las relaciones de la Iglesia y el Estado.

Cuando vino Jesucristo al mundo, el Estado anonadaba al individuo, y la sociedad se elevaba sobre la esclavitud.

Era ante todo necesario proclamar primero, y dar á conocer al mundo la dignidad personal del hombre, aun del más pequeño entre los hombres.

La acción toda y las instituciones todas de la Iglesia tienen por objeto el desarrollo y perfección de la persona humana, imagen y semejanza inmortal de Dios.

Era también preciso rehacer, restaurar las formas primitivas y fundamentales de toda sociedad; el matrimonio y la familia, germen y prototipo de toda asociación ulterior más amplia y desarrollada.

La Iglesia elevó el matrimonio á sacramento; y estrechó los lazos de la familia con un amor santo, con una dulce y delicada sumisión, con una fidelidad inviolable.

De la misma manera que la Iglesia ha mirado por la dignidad personal, con la misma diligencia y esmero ha conservado el carácter nacional de cada pueblo y sus costumbres particulares.

Las naciones han entrado en la Iglesia, no para perderse y desaparecer en ella como los ríos en el Océano, sino para encontrarse allí más fuertes, más ricas, más gloriosas.

La Iglesia es, pues, la madre, la maestra é institutriz de los pueblos; los ha regenerado en todos en su seno; los ha colmado, no sólo de gracia del cielo, sino también de bendiciones y prosperidades temporales.

Ayudando la Iglesia al desarrollo de los pueblos con un elemento sobrenatural, les ha comunicado una vitalidad, que los antiguos no conocieron.

Desde el momento que una nación coloca sus

tiendas en los campos de la fe, allí encuentra un principio de duración, que triunfa del tiempo; y un fondo de ideas eternas y de fuerzas sobrehumanas, que la hacen florecer y fructificar sin intermisión y perpetuamente.

Cosmopolitismo y patriotismo, ciencia y arte, comercio é industria, todo cuanto hay de esencial en el desarrollo de la vida humana, lejos de ser cosas extrañas á la acción y á la conciencia cristianas, no se comprenden bien sino en ellas y por ellas; porque sólo en ellas es donde se encuentra el centro común de todas estas cosas, penetrándolas con una luz sobrenatural, uniéndolo todo, ennobleciéndolo y glorificándolo.

Y si las naciones católicas caen, como hoy desdichadamente han caído, por males y pecados de todos, y muy principalmente de nosotros los católicos; aun cuando caigan tan profundamente, como ha caído nuestra nobilísima y esforzada España, las naciones católicas se rehacen, rejuvenecen y renuevan, siempre, á causa del fondo inmortal, en que se apoya su existencia.

Apoyados, mi querido Ignacio, en este fondo inmortal, todos los católicos, todos los hijos de la verdad debemos, sin palidecer, escuchar la tempestad y contemplar las ruinas; y más toda-

vía, debemos iluminarnos con el rayo, que cae en el templo; y apoyada la cabeza en el umbral del atrio, debemos dormirnos con el sueño divino de una fe infalible; las puertas del Infierno no prevalecerán nunca.

Perfectamente, ha dicho Tocqueville: Un pueblo, que quiere ser libre y fuerte, debe creer; un pueblo que no quiere creer, debe ser por necesidad esclavo.

Que es en el fondo el mismo pensamiento de la Escritura: «No hay más que locura entre los hombres, que no tienen conocimiento de Dios; ¡compadezcámosles!».

Adiós, mi querido Ignacio.

Tuyo,

DON PEREGRINO





CARTA 9.^a

No hay que dudarlo, exactísimo lo que me dices, querido Ignacio; la religión es el interés capital del hombre, una ley humana, la expansión espontánea y necesaria de nuestra naturaleza moral é intelectual.

La religión, como decía Tácito, lo mueve todo: más que elemento social puede considerarse como alma de todo.

Pero cualquiera conoce que la sociedad humana no es puramente una reunión de individuos, diseminados, como los miembros de Absirto; la sociedad es una reunión, un tejido de familias regulares; y cada familia es una sociedad anterior á otra, pero sociedad de trabajo, de riqueza, de afecto, por la cual el hombre llega á la plenitud de su naturaleza, conservando y propagando su vida; y partiendo aquí para entrar en una sociedad más vasta, con mayores bienes, con toda la extensión, toda la gloria y toda la potestad de la patria.

Importa sobremanera conocer la familia: vea-

mos sus elementos: padre, madre, hijo; esas son las tres clases de personas que la componen.

El hombre, siempre y en todas partes, ha sido el jefe de la familia: es de sentido común que para gobernar son necesarios tres actos: ilustrar, sostener y combatir; para ilustrar se necesita inteligencia, para sostener fuerza, para combatir valor.

Es, pues, naturalísimo que todo el género humano haya concedido al hombre el gobierno de la familia.

Lo que algunos aduladores de la mujer han dicho, contrario á este hecho universal, ha sido triturado por el sentido común y por el ridículo.

El segundo elemento de la familia es la mujer. ¡Dios eterno! qué vergüenza! Que nos lo perdonen nuestras madres, nuestras hermanas... lo decimos, cubriéndonos la cara con las dos manos!!

El hombre ha acumulado contra la compañera de su vida todas las durezas, todas las ignominias, todas las incapacidades que ha podido imaginar! Qué dejos tan amargos ha tenido para ella el gusto de la manzana!

En unas partes, el hombre ha hecho á la mujer cautiva: la ha cubierto con un velo, ocultándola en el sitio más secreto de la casa, como si

fuera una deidad malhechora ó una esclava sospechosa.

En otras, la ha acertado los piés desde la infancia. para impedirle que anduviese, y llevase su corazón donde quisiera.

Aquí la ha entregado á los trabajos más penosos: le ha rehusado la instrucción y los honestos placeres del espíritu.

Allá la ha degradado hasta tal punto que, preguntada por el viajero sobre el camino, la mujer le respondía: No lo sé; soy una mujer.

En Roma, donde se realizó el mundo del derecho, se la declaró incapaz de suceder á su padre y á su madre, incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela de sus propios hijos; y ella misma volvía á la tutela, al disolverse el matrimonio por la muerte; y no es de callar, aunque es ya cosa superabundantemente averiguada, que en Roma se la tomaba en matrimonio, bajo la forma de compra-venta.

Y lo que sucedía en Roma, con mayor motivo tenía lugar en los demás pueblos paganos, como puede verlo cualquiera, hojeando las legislaciones paganas; todas ellas son una revelación perpetua de la ignominia de la mujer.

Y más de un pueblo pagano, llevando la desconfianza hasta la extrema barbarie, ha obligado

á la esposa, joven y viuda, á seguir el cadáver de su marido, y sepultarse, y arder viva en su pira, á fin de que estuviese segura la vida del marido, sabiendo la mujer que no podría sobrevivirle en ningún caso. ¡Espantosa degradación!

En cuanto he dicho no exagero nada, amigo Ignacio, nada; léase en Juvenal algunas de estas infamias: y al pecho más acorazado le pondrá grima leer aquellas palabras insolentes de un esclavo, que va á decir, á la que había sido su señora el día antes, que ya no es, ni esclava como él.

Y esto en los pueblos clásicos, donde la luz de la razón llegó á su más alto desarrollo: á no venir después la luz divina del Evangelio, hubiérase dicho que el oprobio y la servidumbre era la suerte natural de la mujer.

Seis siglos después del cristianismo vino al mundo Mahoma... Ahí, á las puertas, tenemos á los musulmanes, levantando, como para desafiar nos, las cuatro paredes de ese serrallo, en cuyos minaretes y galerías se consuma el oprobio y envilecimiento de la mujer...

Hay que correr un velo sobre las costumbres musulmanas; pero no tan tupido, que no podamos ver el grado de baja á que desciende la

más hermosa mitad del género humano, desde el momento en que Jesucristo no tiende su divina mano sobre el hombre, para contenerlo y purificarlo, y para contener y purificar á la mujer, convirtiendo la familia en un santuario de amor, fiel y respetuoso.

¡Ah! sí, aprendámo-lo todos, pero muy especialmente la mujer: que todo amor que no está bajo la protección de Dios, que toda la adoración del hombre, desde el día que no adora á Jesucristo, es un amor y una adoración de Serrallo.

Pero dejemos historias de otros tiempos y otros lugares para entrar en la realidad, que nos acosa por todos los cuatro vientos.

¿Qué pasa actualmente en una gran parte de Europa, donde más domina el espíritu racionalista? En muchas de las actuales legislaciones Europeas se arroja á la mujer, y á la mujer cristiana, de la familia, que ha fundado con su sangre, con sus lágrimas, con su amor: la familia se divide por el divorcio, como se divide un rebaño.

¡Racionalistas sin entrañas! vosotros con vuestro divorcio arrancaís el hijo á su madre; y no teméis hacerla una injuria, que no os perdonaría el tigre en sus cavernas.

Dios, sin duda, permite estos ultrajes, á fin de

que aprendamos todos, gobernantes y gobernados, padres é hijos, hombres y mujeres, que donde quiera que bajan las aguas evangélicas, se oirá necesariamente el ronco aullido de la bestia humana, que so pretexto de libertad brutal, pide que se la redima de un deber insoportable, á sus deseos: el divorcio no es más que esto.

Hasta aquí, mi querido Ignacio, hemos visto lo que ha sido la mujer en la historia, y lo que es entre los desdichados racionalistas (y digo desdichados, porque la mayor parte de los racionalistas, he tratado á muchos, más que malvados son cabezas destornilladas); veamos ahora lo que dicta el corazón acerca de la mujer, para verlo, por fin, á la luz divina de la tradición Bíblica y Eclesiástica.

Busquemos en nuestro propio corazón: cuáles deben ser las relaciones del hombre y de la mujer.

En realidad, el afecto más querido, el más intenso, el más penetrante, el más amable, el que mejor expresa la idea de la felicidad, tal y como nosotros nos la imaginamos y creemos, pesándola con el peso del corazón, es el afecto, que debe unir al hombre con su legítima compañera.

Séneca ha dicho: el amor iguala las personas: La aplicación de esta máxima es diaria; y todos,

y en todas partes, y á todas horas, vemos que el amor disminuye la severidad de las clases en beneficio de la felicidad.

Donde quiera que esté el amor verdadero, hay comunicación de felicidad y dignidad: jamás ha ultrajado el amor; él honra; él respeta; él venera; para dar á todo su forma, su vida, y transfigurar-lo con su luz.

Y yo no sé como es, pero ello es, y no sólo en nosotros, sinó hasta en el mismo Dios; digo, que es uno de los sueños más acariciados de nuestra alma, amar lo que nos es inferior, para tener el placer de elevarlo hasta nosotros.

Cuanto Dios ha hecho por nosotros, hálo hecho por este sentimiento delicado de amar lo inferior. para darse el placer de elevarnos hasta El.

Pues bien, todo esto se aplica, especialmente, á la mujer, como quiera que el amor, que el esposo dedica á su esposa es el más alto, y el más fuerte, es el más penetrante, y el más amable de todos los amores humanos.

Y un amor así debe ser eterno: así lo dice toda alma digna y entusiasta, cuando ama: cuando se ama de veras, nadie piensa ni calcula el momento, en que no amará: cuando se ama a sí, todos están persuadidos de que amarán siem-

pre, con todo el entusiasmo y toda la juventud eterna del corazón.

Son ilusiones, pero nos honran esas ilusiones: es verdad, nos engañamos; pero en esa ilusión y en ese engaño, se vé por vista de ojos, el carácter innato del verdadero cariño, que deben tenerse el marido y la mujer.

Y por último, amando con esa intensidad y ese entusiasmo, y con amor eternamente joven, no se puede amar más que á una persona: los que se aman así, no pueden ser tres; precisamente tienen que ser dos: el amor verdadero es amor exclusivo. Así lo juzga todo corazón ardiente, noble y generoso.

Cierto que debemos amar á todas las criaturas; y muy cierto que Cristo Nuestro Señor con su divino poder comunicó gran extensión á nuestros afectos, sin destruir su energía; pero ese amor es otro que el amor de esposos.

De manera que si consultamos los latidos más nobles y entusiastas de nuestras almas nos dicen muy alto que las relaciones naturales entre el hombre y la mujer son dignidad, indisolubilidad, unidad.

Veamos, ahora, por fin, lo que dicen las tradiciones consignadas en los libros santos.

Habiendo Dios creado al hombre, le miró,

y vió que estaba sólo. Envióle un sueño misterioso; y mientras se hallaba sumergido en él, poniendo Dios la mano en el corazón del hombre, arrancó una parte del escudo natural. que le cubre, y formó con ella un ser nuevo; y habiendo despertado al hombre, le presentó la compañera de su vida.

Enajenado el hombre ante aquella visión celestial, se reconoció á sí mismo en su compañera, y pronunció la primera palabra de amor, que manifiesta toda la esencia y propiedades del verdadero cariño: «He aquí, dijo Adán, el hueso de mis huesos y la carne de mi carne: ésta será llamada virgen, porque del varón fué tomada; y por ella dejará el hombre al padre y á la madre, se unirá á su mujer, y serán dos en una misma carne.

En estas profundas palabras, en este cántico sublime, en esta balada tiernísima en este suspiro de nuestra naturaleza, además de la constitución de la familia, muéstrase, con alto relieve, la dignidad recíproca del hombre y de la mujer, la indisolubilidad de su unión, de dos personas solamente.

Se dice en ellas que la mujer había sido tomada del hombre: es tan digna como el hombre; no fué formada, no, de un barro secundario.

Y si fué formada de la misma carne, no podrá simbolizarse mejor la indisolubilidad de la unión.

Luego, tanto la tradición bíblica, como nuestro propio corazón, nos dicen, á una, que las relaciones del hombre y de la mujer son dignidad, indisolubilidad y unidad.

Yo no sé quien ha dicho que donde quiera que llora la mujer, llora por la agonía de la civilización: el pensamiento éste es tan profundo, como hermoso y verdadero.

La posición de las mujeres, en la antigüedad, parecía estar en relación con la antigua tradición, conservada en los libros sagrados de la India y de la Grecia, lo mismo que en la Biblia, á saber: *que la compañera del hombre había sido su seductora, y había introducido el mal en el mundo.*

En su consecuencia, pesaba la maldición sobre la cabeza de aquélla, que había sido la causa del mal.

Excluida de la sociedad civil, cuyas leyes la declaraban en perpetua tutela, y privada de todo derecho, ocupaba el último lugar en la familia.

Degradada por una constante cautividad, deshonrada por la poligamia y el divorcio, descendía al rango de esclava del hombre, y de una

especie de mercancía, que se vendía, naturalmente, y se compraba.

Y si ella trataba de endulzar su dura condición; y si ella, rompiendo los lazos de familia, que la retenían cautiva en la casa del hombre, lograba con sus encantos subyugar á los hombres de Estado, á los filósofos y á los artistas, nada había ganado con esto, sino degradarse y envilecerse: transformada en cortesana, el dominio que ejercía, no era para ella sino una nueva deshonra.

Entre la esclavitud y la vergonzosa dominación de una Firmé ó de una Aspasia no había libre para la mujer, más que un sólo camino; encerrarse en un templo, como sacerdotisa, ó como vestal.

Esto era una débil reminiscencia del antiguo oráculo, que anunciaba que la salvación del mundo vendría por una virgen.

El Evangelio, al rehabilitar, al enaltecer, al transfigurar á la mujer, apretó este lazo estrechísimo, y transfiguró con la gracia divina la fuente de la existencia humana.

Hay más: con el cristianismo se han introducido en el mundo dos ideas, siempre vivas, y siempre llenas de dignidad y nobleza, la idea del hombre—Dios, y la idea de la Virgen—Madre:

aquella es la más grande, la más sublime y la más poderosa, que ha entrado en el entendimiento del hombre; esta es la más delicada, la más dulce, la más profundamente simpática á la humanidad.

Estas dos ideas acabaron con los cultos impuros y mentirosos de la idolatría, y al mismo tiempo levantaron á la mujer de la más profunda humillación.

Estas dos ideas de la Virgen Madre forman los dos rasgos principales de la figura de la Madre de Dios, rasgos sin los cuales no sería la Madre de Dios, lo que es; es decir, una figura de un ideal tan sublime, de tanta suavidad, de tanta gracia y de tan divino atractivo, que los ojos no pueden mirarla, sin que nuestro corazón se conmueva hasta en sus más secretas fibras, y sienta despertarse en él los más profundos, los más nobles y más bellos sentimientos.

Ese ideal comprende, cuanto la tierra puede concebir de sublime y divino, de amable y gracioso.

Todas las situaciones de la vida, todos los grados de civilización se hallan penetrados por su influjo saludable.

¡La Virgen Madre de Dios! Quién podrá decir el poder, que este ideal, que es al mismo tiempo

la realidad más vigorosa, ha tenido para sacar á los pueblos de los cenagales de la vida sensual, mundana y terrestre; para hacerles salir del embrutecimiento del materialismo; para moralizarlos, ennoblecerlos, espiritualizarlos, y transfigurarlos?

Elevada la mujer, en la Virgen Santísima, comenzó la civilización: y ésta llegará á su apogeo, cuando todos los corazones se conmuevan, hasta en sus más secretas fibras, y en ellos se despierten los más bellos sentimientos, al contemplar la sublimidad, la celestial gracia, el divino atractivo de la Virgen sin mancha.

¡La Virgen Inmaculada! Es para el alma una visión tan deliciosa, una belleza tan pura, tan superior, á cuanto es de la tierra, que toda otra belleza palidece á su lado: es la belleza de la santidad, el encanto de la Virgen, la suavidad y ternura de la madre, que respira humildad, misericordia y amor; realzado todo esto, por la inefable majestad, que conviene á la Madre de Dios.

El ojo del hombre comenzó á purificarse, desde el día que se elevó á esta Virgen Purísima; y el corazón, que le tributa homenaje, llénase de un casto y santo amor, á la manera que el lirio se vuelve puro y blanco, con la luz del sol, que aspira cada día.

El Poeta del Catolicismo, Dante, corona su divino poema con la doctrina católica, relativa á la Madre de Dios.

Séanos permitido á nosotros tomar del citado Vate, para diadema de nuestro humilde trabajo, sobre la familia, las siguientes palabras:

«Buscar la gracia, y no acudir á María Virgen es querer volar al cielo sin alas.»

Queremos familia; elevemos, transfiguremos á la mujer.

Queremos transfigurar á la mujer hagámosla la devotísima de la Madre de Dios: he abí todo

Conociendo toda esta doctrina muy profundamente el catolicismo, por cuantos medios le ha sido posible ha tratado siempre no sólo de borrar la ignominia, que manchaba á la mujer, sino de engrandecerla y transfigurarla de todas maneras.

El catolicismo ciertamente ha reconocido y reconoce la diferencia de los sexos; pero al mismo tiempo enseñó la igualdad de las almas.

La debilidad de mujer la hubiera sucumbido, bajo el peso del sacerdocio; pero las mujeres han participado del poder de la oración, lo mismo que de la gloria y dignidad de la virtud.

Las mujeres, han sido colocadas en los altares; y los Papas se han arrodillado ante sus imágenes.

Es verdad que han permanecido ajenas á las

penas y trabajos de la vida política; pero han participado de todas las libertades civiles.

Ellas han creado las costumbres más poderosas que las leyes: y han tomado la mejor y principal parte en la educación, de la cual depende el porvenir de los pueblos.

Su competencia abraza tres cosas, que penetran hasta lo más profundo de la vida: la maternidad, la pobreza y el dolor.

La misma transformación se verificó en la vida de la familia. Esposa por elección y libremente, la mujer se sienta, como una reina, en medio de sus hijos; la esposa ejerce funciones sacerdotales para con su esposo: las hermanas son los Angeles de la guarda, para con sus hermanos.

Aun para aquellas desdichadas que han escandalizado con su conducta, es posible la rehabilitación: y las Afras, las Pelagias, las Marías Egipcíacas y las Thais ciñen sus sienes con la corona refulgente de la Santidad.

En la Iglesia de Dios nada grande se ha realizado, sin que en ello haya intervenido una mujer.

En la Redención del Hijo de Dios, su Divina Madre es mediadora y corredentora.

Desde el principio del cristianismo se vió á

gran número de mujeres sufrir el martirio en los anfiteatros; y muchos se retiraron á los desiertos para llevar allí la vida retirada y mortificada de los Anacoretas.

Cuando plantó Constantino el estandarte de la Cruz sobre el Capitolio; Santa Elena lo elevó sobre las ruinas de Jerusalém.

Clodoveo invoca á Tolbiac, el Dios de Clotilde.

Santa Mónica compra con lágrimas la conversión de San Agustín.

Santa Nonna educa á San Gregorio Nacianceno.

Antusa á San Juan Crisóstomo.

San Jerónimo dedica su traducción de los Libros Santos á Santa Paula y á su hija Eustaquia.

San Basilio y San Benito, primeros legisladores de la vida monástica, son ayudados por sus hermanas Macrina y Escolástica.

San Francisco de Asís fué auxiliado por Santa Clara.

En los siglos posteriores, las castas manos de la condesa Matilde sostienen el trono vacilante de Gregorio VII.

La sabiduría de la reina Blanca dirige el gobierno de San Luís.

Juana de Arco salva á Francia.

Santa Catalina de Sena sale atrevidamente al encuentro del Papa en Aviñón; y le decide volver á Roma.

Isabel la Católica preside el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Santa Teresa de Jesús figura dignamente en el coro esplendoroso de doctores y fundadores de Ordenes, poderosísimos auxiliares que reformaron interiormente la Iglesia en su acción salvadora.

San Francisco de Sales cultiva, como una preciosa flor, el corazón de Santa Francisca de Chantal.

San Vicente de Paúl confía á Luisa de Mariillac la organización de la caridad.

Entre los emperadores Constantino y Justiniano se encuentran los acontecimientos, que prueban que la mujer supo elevarse á la altura de sus nuevos destinos.

Hay mujeres que sostienen los imperios; otras que los convierten.

Las hay para la cultura de las letras; para las aventuras novelescas; para sublimes abnegaciones religiosas, en una palabra, para todas las cosas que alimentan y mueven ese gran drama que se desarrolló en la Edad Media.

Ya, por consiguiente, las mujeres marchan á la cabeza de su siglo; y dirigen los grandes acontecimientos.

Pero notémoslo subrayándolo profundamente las mujeres permanecieron siendo mujeres, y los hombres, hombres.

En la decadencia de Grecia y Roma, las mujeres notables renunciaban á los atributos propios de su sexo, es decir, á la castidad y al pudor; y tomaban las costumbres de los hombres; así como éstos tomaban las de las mujeres: estas costumbres atentaban contra la naturaleza del hombre y de la mujer.

El cristianismo no ha emancipado á la mujer; porque la emancipación de la mujer pondría de nuevo en peligro la existencia de la familia: se presentaría, enseguida, la concurrencia de los sexos, que necesariamente daría por resultado la esclavitud de la parte más débil, de la mujer.

Y basta, querido Ignacio: de la suerte de los hijos en la familia, no quiero hablarte; porque notoria es su desgracia fuera del catolicismo, y porque su destino depende de las relaciones que existan entre el padre y la madre: donde éstas sean justas y humanas, la suerte

los hijos es buena y feliz; donde no su desdicha será naturalmente mayor que la de sus padres.

Te abraza,

DON PEREGRINO





CARTA 10

Mi querido Ignacio: Es indudable; la familia es la fuente social: es de la primera importancia la familia.

Pero la base de la familia es la propiedad.

Es tan importante la propiedad, que sin ella es esclavo todo hombre.

Sin la propiedad, la sociedad se abismaría en la autocracia, en la tiranía más opresora.

Porque desengañémonos: ¿Qué es la sociedad? en apariencia es todo el mundo: en realidad, tratándose de administración y gobierno, es siempre un número reducidísimo de hombres.

Que la sociedad se llame monarquía ó república; está siempre representada y conducida por dos ó tres hombres, que el curso de las cosas humanas llama al poder, y hace depositarios de todos los elementos sociales.

Hoy aquí en España se censura denodadamente el dualismo Silvela-Sagasta... ¡Vaya una no-

vedad! siempre ha sido lo mismo; y siempre será. ¿Quién puede detener el curso natural de las cosas?

En la edad de las ilusiones, mientras soñamos, no creemos esto; ¿qué extraño no lo crean nunca los chicos de la prensa? A los cuarenta años ya nadie lo duda.

A los cuarenta años ya nadie duda de que, á pesar de todas las combinaciones imaginables, el gobierno cae, siempre y necesariamente, en manos de dos ó tres hombres; y que muertos éstos, vienen infaliblemente otros tres; y así siempre.

A causa de este movimiento de las cosas, es de toda necesidad necesario oponer al poder diques de una fuerza incontrastable, sin los cuales la sociedad se hundiría en una autocracia tan estrecha, que no podría vivirse en la tierra ni un dozavo de hora.

Pues bien; la propiedad es uno de estos diques; porque la propiedad es una fuerza invencible concedida al hombre, á fin de que una su vida de un día á la inmortalidad de la tierra, al poder del trabajo; fuerza poderosa que al hombre sostiene en pie, con los ojos levantados: el cielo, las manos sobre el pecho y el suelo bajo sus plantas.

Quitadle al hombre el dominio de la tierra y

de su trabajo; ya no es hombre, es un esclavo: porque el esclavo no puede definirse de otra manera, que diciendo que es el hombre que no tiene tierra ni trabajo propios.

Antes de pasar más adelante, veamos lo que es el hombre sin la propiedad de la tierra, y la propiedad del trabajo; y veámoslo para más claridad en un ejemplo práctico.

Hay una nación en Europa donde, si existe propiedad, no está asegurada contra la voluntad del Soberano. Cada uno de sus habitantes arrastra en pos de sí, aun cuando vaya hasta los confines del mundo, el pesado grillete de la servidumbre más odiosa; puesto que no pueden respirar el aire libre bajo ningún punto del cielo.

Podrá la fortuna haber colmado de todos sus dones á estos singulares cautivos; podrán tener nombre ilustre, historia famosa, servicios heroicos, poder colosal y hasta favor de gran valía y pujanza; pero ninguno de ellos puede responder que no se hallará, á la mañana siguiente, errante por los caminos de Europa, mendigando, excomulgado de su patria, desposeído del patrimonio de los abuelos, desnudo de piés á cabeza, desconocido hasta de sí mismo... ¿Y por qué?

Porque no ha pensado como su Señor; porque no ha respirado como su Señor; porque habrá

rogado á Dios de modo distinto que ruega el Señor...

¡Ilotismo salvaje! Pues ese es el estado del hombre, sin propiedad inviolable.

Sin embargo, no por eso niego que la propiedad tiene graves inconvenientes; aquí puedo aplicarse el tan trillado axioma: Nada hay tan malo, como lo que ha sido muy bueno, si se desfigura y corrompe.

Respecto á la propiedad, las naciones paganas abusaron de ella tanto, que sobre este punto era necesaria, no una reforma, sino una revolución total y radical.

En aquellos desdichados tiempos, los ricos no sólo se habían degradado á sí mismos, sino que habían degradado al pobre; y nada común había entre estos dos miembros vivos, pero podridos, de la sociedad.

A los ricos no se les ocurría siquiera que debiesen algo al pobre; y eso que se lo habían arrebatado todo, todo; el derecho, la dignidad, el respeto, la esperanza, hasta el recuerdo de un origen común, de que eran hermanos.

¡El pobre! Nadie pensaba en su instrucción, ni en sus dolencias, ni en su muerte.

¡El pobre! bestia de carga para el Señor, rele-

ga lo por todos á la categoría de cosa... ¡hasta él mismo se despreciaba!

No invento, mi querido Ignacio; allá van las pruebas:

Si dirigimos nuestras miradas al mundo antiguo, ¿qué descubrimos? De un lado un pequeño número de ricos, de poderosos, de privilegiados y felices; y del otro, una gran masa, un rebaño de esclavos.

Sabido es que el Atica tenía cuatro veces más esclavos, que hombres libres; el Africa romana tenía seis propietarios, que fueron degollados por Nerón...

Sobre el desprecio de los pobres, véase á Juvenal. (Sátira III).

Platón nos dice (Rep. IV) que los hijos de los pobres eran, desde luego, entregados á la ignorancia.

Quintiliano (Decl. 301) no repara en afirmar que era el pobre rechazado por todos.

Y Demóstenes nos afirma que el pobre, si era honrado, lo era por excepción.

Plauto manda (Trinum.) que nadie socorra á los pobres, porque así se prolongaría su miseria.

Platón, en otro lugar de la Rep., dice: «Se pone malo el pobre, puede morir; el médico no debe tomarse la pena de curarlo.»

¿Para qué multiplicar textos, cosa por otra parte muy sencilla, cuando la historia nos enseña que el principio de la moral, anterior á Cristo, y aun de la moral posterior á Cristo, pero separada de Cristo, era y es el EGOISMO?

Cristo Nuestro Señor lo dijo: «Os doy un mandamiento NUEVO; el mundo conocerá que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros.»

El amor, la caridad es la vida de todo, como el egoismo será siempre la causa de todas las abominaciones y desarreglos de todo, y señaladamente de la propiedad.

Es muy importante tener ideas claras y precisas de la propiedad; y más en estos tiempos racionalistas, que van terminando como terminan todas las cosas malas; COMIENDO...

El Paraíso terminó con la comida de la manzana.

Baltasar comía, cuando cayó bajo la espada de Ciro: tenía en la mano la copa arrebatada á los sacrificios del verdadero Dios, copa sacrílega, que contenía á la vez la negación y el deleite, que forman la entraña de todas las rebeliones.

Babilonia terminó en un festín; Roma en otro festín.

Y así perecerá el racionalismo: ya está sin

ideales, sin entusiasmo; ya no tiene ni cabeza, ni corazón; pero COME, COME...

¡Racionalistas! Ya está Ciro en el cauce de Babilonia!! Así mueren todos los imperios; con la copa en la mano y la blasfemia en la boca.

Pero volvamos á la propiedad.

Jesucristo había fundado la propiedad del pobre, la dignidad del pobre, la felicidad del pobre: estos tiempos racionalistas han corrompido las tres.

La propiedad del pobre ha sido disminuida con la propiedad sin entrañas del incrédulo.

La dignidad del pobre es atacada cada vez que es atacado Jesucristo, principio, fundamento y fuente de la dignidad del pobre.

La felicidad del pobre se cubrió de luto, y se abrevó de lágrimas el día que al pobre le persuadió el racionalismo, que la riqueza era todo; que la dicha era hija de la Bolsa; y que está anotada, y rubricada, en el gran libro de la deuda pública.

Esto dijeron los racionalistas al pobre pueblo, á fin de que el pueblo les dejase perpetrar *el inmenso latrocinio...*

Con este inmenso latrocinio, la propiedad fué herida en el corazón: y por eso, entre las grandes llagas que hoy tienen las naciones, la mayor:

la más encancerada, podrida y desesperada, es la llaga económica.

¡Qué insensatos son, en todo, estos desdichados racionalistas! Creyeron que los bienes de los frailes, de la Iglesia, que eran la propiedad del pobre, acumulada por la cordura y el sacrificio de los siglos cristianos; creyeron los racionalistas que con esa propiedad quedaría satisfecha la avaricia de los mortales...

¡Desdichados! no sabían que sólo lo infinito es bastante grande para el hombre.

¡Desdichados! dieron á los mortales, para entretenerlos, caminos de hierro, largas chimeneas de vapor, creyendo con esto agrandar en algo la tierra... y resultó que, con esto, la tierra se hizo más estrecha, más limitada; el vapor y el telégrafo la han limitado, hasta hacer de ella poco más que un solo pueblo.

No está el patrimonio del pobre, ni en la tierra sola, ni en solo el vapor y la electricidad: bueno es todo esto, pero el verdadero patrimonio del pobre es... Jesucristo.

Cuanto se haga por el pobre sin Jesucristo, servirá sólo de aumentar y encender sus deseos, su orgullo, su desgracia, su miseria, su hambre.

Solo Jesucristo tiene pan, felicidad y alegría para toda una eternidad.

Pasemos ahora á dar de la propiedad una idea clara y precisa; pero antes digamos cuatro palabras sobre la relación, que el derecho de propiedad tiene con el derecho á la vida.

Que to los tenemos derecho á la vida, nadie de sano juicio puede negarlo. Pues bien, la vida humana está sujeta á dos causas de decadencia, esto es, á los ataques de los malos y á la debilidad natural de las fuerzas.

Aunque no venga el asesino á robarme el tesoro de la vida, ésta me faltará al instante, si no la sostengo con alimentos, y no la defiendo con los medios adecuados de las injurias del tiempo.

Resultan de aquí deberes y derechos. Y como estos derechos no pueden sostenerse, ni cumplirse estos deberes, sin apropiarse las cosas externas, para hacerlas servir á los fines legítimos de la persona humana:

Y como en esta conjunción de las cosas externas con la persona humana está la esencia de la propiedad, es por demás clara y evidente la relación robusta y estrechísima, que tiene la propiedad con el derecho á la vida.

Vistas las relaciones de la propiedad con el derecho á la vida y la naturaleza de la propiedad, que consiste toda en la conjunción de las cosas

externas con las personas, tócanos ahora examinar su extensión.

Siendo la propiedad actividad jurídica, dicho se está que tiene que referirse á acciones lícitas é inviolables.

Apropiarse una cosa es acción lícita, mientras recae sobre un objeto que á nadie pertenece; pero sería ilícita, si perteneciese á otra persona.

Vista la extensión de la propiedad, averigüemos su título, ó razón: ésta radica en la naturaleza misma, sintética del hombre, y en las relaciones que la misma tiene con las cosas externas.

.....
Aquí llegaba cuando llegó el cartero con tu favorecida, en la que me ruegas estreche y condense más mi pensamiento, sin divagar aquí y allá á cosas, que si son todas pertinentes, no son necesarias.

¿No es esto, mi querido Ignacio, lo que tú quieres decirme?; eso sí, con gran consideración y delicadeza y muy adornado de alabanzas, que no merezco; como aquello de en la concepción, la profundidad del pensamiento; en el desarrollo, la galanura de expresión, la gallardía y audacia de la frase, las lumbres y matices de la dicción, etcétera...

Mira, Ignacio; ya llevo yo la frente desguarnecida; y conoces mi natural sincero y franco; y sabes que me agrada sobremanera aquella frase del Conde de Maistre: «Si tuviera una verdad se la arrojaría á la cara al género humano».

Soy castellano viejo, y me gusta que al pan se le llame pan, y al vino vino, sin más adinículos, ni perifollos, ni alamares; y más, cuando son tan juiciosas y sensatas y oportunas tus advertencias y finísimas indicaciones.

Pero, ya lo sé: tu nunca prescindirás de tu delicada educación; y en general, y entre hombres nunca se debe prescindir de cosa tan necesaria para el trato humano: la verdad es que nada hay tan seductor y sugestivo, como la delicadeza y una educación.

Y ahora mismo comienzo á practicar tus indicaciones, que no solo indican y mandan; sino que arrastran y seducen.

Así y todo has de permitirme indicar que estas cartas no son proposiciones del Perrone, ni obra didáctica rigurosa.

Las cartas son conversaciones, que permiten recoger cuanto parezca no solo necesario, sino pertinente á las circunstancias de lugar y tiempo.

Era de esperar que se presentasen estas cosas, y á fin de poder recojerlas y esbozarlas siquiera,

elegí la carta, anchurosa, amplia, holgadísima, para poder realizar todo esto, sin faltar á ninguna conveniencia.

Además, tú sabes, mi querido Ignacio, que un plan cualquiera es orden; y el orden contiene cuatro elementos, que voy á enumerar.

El primero, la multiplicidad; porque tú sabes que el orden es un encadenamiento de relaciones dispuestas con armonía; y toda relación supone, por lo menos, dos términos ó varios; es decir, la multiplicidad.

Y tiene el orden una particularidad que tú conoces muy bien: que cuanto más vasto, más profundo y extenso es, más entra en él, y se aumenta la multiplicidad.

Sí, ya lo sé que la multiplicidad reclama para el orden la semejanza; porque sólo los seres semejantes son capaces de ligarse entre sí con relaciones.

Muy bien, Ignacio; pero tú no ignoras que, para la semejanza producir la armonía, es menester agregarle la variedad; la semejanza por sí sola produciría un tejido frío y monótono, incapaz de dar á la vista del espíritu, como á la vista del cuerpo, la satisfacción que nace de la belleza.

Ciertísimo, sí, Ignacio; para que la variedad en

la semejanza y en la multiplicidad engendren el orden, se hace preciso que estos tres elementos estén penetrados por la unidad, que se concentren en una sola vida, abarcada en una sola ojeada.

Bueno, bueno Ignacio; pero demasiado conoces tú que á la unidad se va mejor por lo diverso, que por lo semejante: ejemplos de esto hay mil en la naturaleza.

¡Cosa bien rara! De los cuatro elementos del orden, uno sólo, la multiplicidad, es por sí indiferente á la semejanza ó á la diversidad: los otros tres exigen la diversidad en una gradación creciente: la semejanza algo; la variedad mucho, y la unidad mucho más todavía.

Y basta de esto; y con tu permiso vuelvo yo á mi asunto.

Y esto dicho, prosigamos.

Como sin propiedad no hay persona; Cristo Nuestro Señor hubo de proveer á esto de un modo extraordinario y maravilloso.

Antes de Jesucristo el pobre vivía, según atestigua lo historia, ¡entre la crueldad del Señor, la indiferencia de todos y su propio desprecio.

Cristo le dió *la propiedad del trabajo; (la propiedad del sobrante, de lo superfluo del rico;)* la

propiedad de la dignidad; y la propiedad de la beatitud ó felicidad.

Fué un hecho general antes de Jesucristo la esclavitud: al pobre, privado del dominio de la tierra, se le había despojado también de todo derecho á su trabajo.

Y como el hombre no es hombre sin propiedad; (*como la propiedad y la personalidad son una misma cosa*) y como la tierra es pequeña, y como se halla habitada hace muchos siglos, el hombre pereció con la propiedad del trabajo.

Sin esta propiedad, descendió á la categoría de animal doméstico, que instruye la familia, guarda la casa, cultiva el campo por el alimento, que se le arroja dos ó tres veces al día.

Jesucristo constituyó al hombre, propietario de su trabajo; Jesucristo ha hecho al pobre, necesario al rico: repartió entre el pobre y el rico la propiedad y las fuentes de la vida.

Si el pobre no tiene la propiedad de la tierra, tendrá siempre la propiedad de su trabajo, propiedad inalienable, y que jamás debe ser aceptada su venta en absoluto por la sociedad.

Nunca el suelo será tan obediente y tan fecundo, como cuando concurren en fraternal alianza, á cultivarlo el pobre y el rico.

Nunca la tierra ha florecido tanto, como bajo la mano del pobre y del rico unidos.

Al establecer Jesucristo la propiedad del trabajo, hizo un cambio, una transformación en el principio de propiedad, en la que no había pensado ningún legislador.

El principio de propiedad no puede ser trastornado: quien arranque este derecho reducirá á servidumbre á todo el género humano: el derecho de propiedad es intangible.

El derecho al trabajo afirma y robustece el derecho de propiedad, y le da una profundidad y extensión universal.

A Jesucristo le debemos, pues, todo lo que somos, todo, sin excepción.

Si la cruz, como un astro gastado, descendiese bajo el horizonte, la esclavitud sería producida inmediatamente por las mismas causas, que la produjeron antes de Jesucristo.

El dominio de la tierra y el dominio del trabajo tienen recíprocamente una atracción irresistible; se reunirían en las mismas manos por su propio y natural movimiento: y la pobreza sucumbiendo bajo la riqueza, presentaría al mundo atónito el espectáculo de una degradación abyectísima, y de la cual ha salido la pobreza por un milagro siempre subsistente ante nuestros ojos.

¡Reyes y filósofos que os habéis coaligado contra Jesucristo: tocar á Cristo, es minar los tronos, y hacer trizas los cetros, y perder los pueblos, y arrasar la propiedad, y hundir la dignidad, y sembrar la maldición! Sembrásteis vientos; recogeréis tempestades.

Pero hay pobres niños, y pobres enfermos, y pobres ancianos; éstos no pueden trabajar; y á los mismos pobres que pueden trabajar, fáltales con demasiada frecuencia el trabajo. ¿Cómo proveyó Jesucristo á estas necesidades? Con una sencillez divina.

La propiedad es un dón de Dios, y no puede ser egoísta: tiene que ser como Dios, bondad; y la bondad, en sí comunicativa, tiende á que otros participen de sus dones.

Por consiguiente, impidiendo el abuso de la propiedad, reglando y limitando su uso, se puede sacar de aquí un patrimonio para el pobre.

El Evangelio estableció esta regla para que el rico no abusase de su riqueza; el Evangelio ha dicho al rico: TU RIQUEZA ES PARA TUS NECESIDADES; todo otro uso es un uso egoísta y fratricida, un uso voluptuoso, avaro, orgulloso; y la voluptuosidad, avaricia y orgullo son vicios reprobados por Dios, el propietario verdadero.

Santo Tomás ha dicho: «La propiedad es del

propietario; pero su disfrute debe ser de todos, y puesto á disposición de todos por la caridad del dueño. »

Las necesidades de los ricos ciertamente son muy diversas, según la posición social de cada uno, posición que es indefinidamente variable; y por eso el Evangelio no señaló matemáticamente el punto, donde concluye el uso, y donde comienza el abuso; les dejó al recto criterio del hombre; en esto, como en otras muchas cosas, Dios respetó la libertad del hombre.

Pero allí donde espira la necesidad legítima, allí espira el uso legítimo de la propiedad.

Lo restante, lo superfluo, lo sobrante de esta necesidad legítima es patrimonio del pobre.

Si no lo distribuye entre los pobres; si le engañan cálculos egoistas, ¡desgraciado del rico! El Evangelio está terrible.

Todo el que no quiera ver las lágrimas del pobre á la luz de la justicia y caridad, habrá de verlas á los siniestros rayos de la venganza, y del infierno.

Y la providencia va disponiendo de manera las cosas que comiencen aquí, en las encrucijadas de la anarquía, los horrores del infierno.

Pero en la creación de esta propiedad del trabajo y de lo superfluo del rico, si bien ha influi-

do mucho el temor á las amenazas tan terribles y tan repetidas del Evangelio contra los ricos avariciosos y egoistas; lo que verdaderamente ha fundado esta propiedad, ha sido la unción, la gracia de Jesucristo que, penetrando en el corazón de los ricos, ha florecido allí como un trigo sagrado.

El mundo anterior á Cristo no tenía idea alguna de esos cuidados asíduos, de esas preocupaciones, que la opulencia de hoy tiene á favor de la miseria

¿Y quién sino la caridad de Cristo ha levantado esos hospitales y casas de misericordia de todas clases?

¿Y quién ha abierto esos oídos siempre atentos, para oír todo gemido? quién ha establecido esas visitas á domicilio? quién ha inspirado esas palabras llenas de piedad, salidas de un fondo de amor que no se agota jamás? Y quién ha tejido esa comunión de la riqueza y de la pobreza, del teatro con la iglesia, de la cabaña con el palacio, del nacimiento con la muerte, del crimen y de la virtud, y que arranca á la prostitución misma su lágrima y su escudo haciendo que nazca la caridad hasta del crimen?

¿Quién? Cristo, la gracia de Cristo. ¿Pero vive de sólo pan el pobre? No; el pobre como el rico

es de raza real; desciende de un lugar, donde es de derecho la dominación: y el pobre naturalmente tiene que sentir removerse en el fondo de su alma estos restos de nuestra primera majestad.

Los pobres, como los ricos, todos somos de estos desterrados de raza divina: somos reyes destronados, hijos de Dios, destinados á sentarnos un día á la diestra de Dios Nuestro Padre, y á reinar con El.

Siendo esto así ¿tiene el pobre la medida de gloria y dignidad que para esto necesita? Dónde está su corona? ¿Quién le daría la dignidad real y divina á ese hombre, que espera del oficio más vil el pan de cada día?

¿Quién? Jesucristo.

Toda la humanidad esperaba á Jesucristo, pero esa humanidad estaba dividida en dos campos, la populosa humanidad pobre y y la diminuta humanidad rica.

Jesucristo desciende: por dónde pasará? qué partido tomará?

Declarando El mismo su misión, dice: «El Señor me ha enviado á evangelizar á los pobres» y dando á los discípulos de San Juan las pruebas de su divina misión, señala, como la prueba suprema, más que dar vista á los ciegos, piés y

manos á los lisiados, más aún que resucitar muertos ¡*al evangelizar á los pobres!* Es decir, el dar ciencia, luz, dignidad, felicidad á los pobres, que no tenían nada de esto.

Y para decirlo todo en una sola frase, mi querido Ignacio, Cristo Nuestro Señor estableció entre El y los pobres una tan estrecha amistad é íntima solidaridad, que cubrirá por siempre al pobre, y le asegurará por todas las edades el respeto de todos los siglos: «Todo cuanto, dice, hagáis por estos mis hermanos pequeñitos, yo lo recibiré, como si á mí mismo hubiera sido hecho.»

Por eso los cristianos de verdad no se contentan con socorrer á los pobres y amarles; ellos mismos aspiran á ser de verdad pobres.

El secreto de haber renunciado tantos su patrimonio y su herencia, para abrazar la pobreza voluntaria, y entre los cuales se cuentan reyes, reinas, príncipes y princesas, está todo en que Jesucristo, que descendió de más alto, se hizo pobre: en que el pobre es el mismo Jesucristo.

Hoy hay en el mundo una cuestión terrible por resolver, la cuestión social, la cuestión de los pobres y los ricos. ¿Quién hará que la humanidad rica respete á la humanidad pobre; que

la humanidad rica ame á la humanidad pobre? Aquel que hizo para los hospitales las Hermanas de la caridad; y para los colegios los Hermanos de las Escuelas Cristianas; y los Hermanos de la Merced, para la redención de cautivos, Jesucristo, la gracia de Jesucristo.

Como Jesucristo también arreglará la pavorosa cuestión social: Jesucristo es Dios; y tiene infinitos recursos para todo.

Pero el pobre, teniendo la propiedad de su trabajo y la propiedad en lo superfluo del rico y la dignidad más alta, podía creerse desgraciado en su elección por la pobreza: Jesucristo en su infinita delicadeza proveyó á esto con las siguientes adorables palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Piensan muchos que esto quiere decir únicamente: Bienaventurados aquellos, que no son nada en la tierra; porque ellos lo serán todo en el cielo; esto ciertamente contienen esas palabras; pero no es todo su contenido.

El contenido total es el siguiente: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque el bálsamo de la bienaventuranza de la felicidad, descenderá á su alma, la elevará sobre los sentidos, y lle-

nará todas sus aspiraciones y necesidades aun en medio de la desnudez.

Se cree generalmente que la felicidad es cosa del cuerpo y del alma; que consiste en el goce, en la abundancia, en el lujo, en el deleite, en la voluptuosidad. ¡Qué engaño tan manifiesto y tan perjudicial!

La felicidad es cosa principalmente del alma, y consiste más que en el goce, en el sacrificio; más en el amor, que en el lujo y la voluptuosidad.

Esto es lo que contienen esas admirables palabras de Jesucristo: con ellas Jesucristo nos reveló no sólo un principio del orden natural, sino del orden moral, y muy señaladamente del orden económico.

¿Y á quién sino al pobre pertenece el sacrificio?

¿Y el amor, en dónde habita voluntariamente, sino en el corazón sencillo del artesano, que siendo humilde, y sabiendo darse sabe amar y ser amado?

De manera, mi caro Ignacio, que Jesucristo ha dado al pobre propiedad, dignidad y felicidad, cosas sin las cuales no se concibe la vida humana.

Y basta sobre la propiedad: me parece que han sido atendidas tus delicadas y seductoras y sugestivas indicaciones.

Te abraza,

DON PEREGRINO





CARTA 11

Mi querido Ignacio: Acabo de recibir la tuya, y sin vacilar, ni tomarme tiempo, voy á responder á la dificultad que me presentas como insuperable, y yo la creo muy sencilla; como nunca oída, y es ya tan antigua como los primeros socialistas, que ya tienen fecha larga.

«Me dices: distribuída como hoy se halla la propiedad, al cabo de cierto tiempo, bien por incapacidad de unos, bien por achaques, ó por otras causas, felices para los unos y desgraciadas para los más; la riqueza se acumulará en pocos hombres, que la devorarán con el lujo y la voluptuosidad con perjuicio de innumerables desgraciados.»

«Es necesario acudir á otra distribución y proclamar sin temor que el trabajo y la tierra pertenecen á la sociedad.»

«El trabajo y la tierra son el capital social, el bien común, la substancia misma de la patria.»

«Todos debemos trabajar y recibir en recompensa frutos proporcionados al mérito de nuestro trabajo.»

«De esta manera, cesaría la distinción arbitraria entre el pobre y el rico; y si quedaba alguna diferencia, esto se debería á la capacidad y á la virtud, pero no á la casualidad del nacimiento, que ha revuelto en la misma holla, ociosidad, abundancia, orgullo, todos los vicios y todos los derechos; y de esta manera, seríamos todos libres.»

Y de esta manera digo yo, mi querido Ignacio, seríamos todos liebres, ó lebratos, con un Estado galgo...

O más claro: transfiriendo á la sociedad el dominio de la tierra y del trabajo, se establecería en la tierra una servidumbre universal; y, además, se consagraría una desigualdad sin límites ni recursos; y de tales proporciones, lo mismo la servidumbre que la desigualdad, como nunca ha podido imaginarlos ningún despotismo.

Esa sociedad, á quien se quiere hacer por el socialismo única propietaria del suelo y del trabajo, ya lo he dicho, en apariencia es todo el mundo; en realidad, sea monarquía, sea república, sea cualquiera la forma de gobierno, son dos ó tres hombres, á quien el curso de las cosas

humanas llama al poder, y hace depositarios de todos los elementos sociales.

Es decir, que nuestra hambre y nuestra sed, y todas las aspiraciones de nuestra alma, y todos los instintos y pasiones del cuerpo, serían reglamentados por dos ó tres hombres.

Es decir, que la bajeza de todos caería, gimiendo, bajo la enorme roca de un orgullo, cuyo tipo, después de tantos orgullos, no puede ni aun imaginarse.

¡No te asusta. Ignacio, esta servidumbre universal!

Pero hay más: además de la esclavitud general, habría la particular; veámoslo:

Por decisión de la sociedad, es decir, de dos ó tres hombres, aquel individuo hará versos, el otro zapatos, el de más allá dará vueltas á la noria de un estanque; eso sí, cada uno según su capacidad; porque la sociedad, los tres, que necesariamente nos regirán, harán una distribución justísima...

Yo, mi querido Ignacio, que ya llevo los aldares guarnecidos de plata desconfío en absoluto de la justicia de uno, dos ó tres hombres, dirigiendo, como Soberanos, la actividad de una nación. Para una estricta justicia tendrían que ser

infalibles é impecables; y en la tierra no se crían de esos hombres.

Pero, como quiera que esto fuere ¿podía haber igualdad?

La jerarquía social, que se establecería con eso de la distribución por capacidades, sería una serie de insultos y no se podría beber un vaso de agua, ni comer un mendrugo de pan, sin que en ello se dibujasen los justos tintes de una inabarcable y profunda desigualdad.

De suerte que la desigualdad que es ahora accidental, vendría á ser lógica y esencial.

También me haces observar en la tuya, que la comunidad de bienes es una idea evangélica.

De esto, ya te hablaré en otra con profusión, y de asiento; ahora sólo te señalaré las condiciones que debe tener, según el Evangelio, esa comunidad de bienes.

Primeramente debe ser voluntaria, para que no tenga el carácter de esclavitud, y en segundo lugar, los oficios deben aceptarse por abnegación, por sacrificio, por amor, y con esto dejan de ser un ultraje y una opresión.

El Evangelio se funda en la libre convicción del entendimiento y en el libre concurso del corazón, esto es humano, digno: el socialismo se

funda en una revolución mecánica; aquí el hombre es una bestia, menos aun, una máquina...

Esto me parece claro como el sol, y evidente como un axioma.

Y esto, añades tú, lo defienden gentes de talento indisputable.

Concedido; pero el orgullo precipita muchas veces á los talentos, por extraños y singulares pensamientos; y por otra parte, aquellos que, por saber del mal, se salen de la naturaleza, y quieren enmendarla; ó se salen del Evangelio, queriendo obrar mejor que él: á estos tales, nada les detiene; y llegan á todo.

Resueltas con esto tus dificultades, demos un paso más en el camino. que hemos emprendido: Tócanos hoy tratar del fundamento mismo de la sociedad, del derecho.

El derecho abraza dos clases de prescripciones, unas claras, evidentes, como las verdades del sentido común.

Es manifiesto á todos que existe una absoluta diferencia entre el bien y el mal; y que matar á su padre no es lo mismo, que darle auxilio y veneración.

Pero el derecho, además de estas prescripciones elementales, evidentes y eficaces, tiene otras obscuras, complicadas, tan complicadas, como

las relaciones variadísimas de un gran pueblo, cuando se trata de poner en armonía, y según justicia, las cosas, las personas, los actos; y de sujetar al orden los casos más imprevistos.

En estas circunstancias hasta las inteligencias más firmes y los políticos de más renombre vacilan, y no se atreven á dar un paso, como los pilotos, á quienes las nubes y las olas ocultan, en la tempestad, la estrella polar.

Y el derecho, hay que fijarlo en toda sociedad; porque la sociedad, que es un vasto conjunto de relaciones, no puede existir sin el derecho, que es la regla de estas relaciones.

Es, pues, el derecho como la vida y el alma de la sociedad: el derecho determina y precisa las relaciones de la sociedad con los asociados, de los superiores con los inferiores, de los asociados unos con otros, y de éstos con Dios; el derecho decide del mando y de la obediencia, del trabajo y del descanso, de la adquisición y de la pérdida de los bienes, de los castigos, de las recompensas y de los honores; el derecho crea para los pueblos un territorio, les da una patria, constituye la soberanía y señala á cada nación su porvenir.

Es de la mayor importancia conocer á fondo y

estudiar, con el mayor empeño, las condiciones del derecho.

Todas pueden reducirse á una sola: que el derecho sea sagrado; es decir, que sea tan justo, que el derecho sea tan *derecho* que ni la fuerza de la experiencia, ni la crítica sucesiva de las generaciones, ni el curso y movimiento de la historia puedan jamás acusarle, con razón, de imperfecto, ni conmover su incontrastable imperio.

Para llegar á estas cualidades y adornarse con estos atributos, necesitaba el derecho haber nacido de una mirada al sitio mismo de la justicia, de un relámpago caído de lo alto, de allí donde resile, en Dios, el orden inalterable y sustancial.

Ningún legislador humano, ni Numa, ni Licurgo, ni Solón, ni cuantos legislaron en los pueblos antiguos han dado á sus obras esta perfección que necesita la humanidad para sus leyes, si han de reflejar suficientemente la eterna fisonomía de la justicia,

Sólo Jesucristo nos lo ha dejado, con estas cualidades, en el Evangelio.

De este carácter sagrado, que debe tener todo derecho, se derivan legítimamente las otras dos cualidades, que al derecho señalan los juristas, la inmutabilidad y la universalidad.

Todo derecho, que pueda torcerse, que sea móvil en cualquiera forma de gobierno que sea, no puede proteger á los que viven bajo su amparo.

Todo derecho tangible está á merced de los más fuertes; la suerte de todos, ó por lo menos de la minoría, está sin protector: y en verdadero derecho, el último de los ciudadanos debe estar asegurado contra las empresas del mayor número, y aun de todos.

Mientras que el derecho no sea esto, no es nada: sólo siendo inmutable como Dios, el derecho puede oponer una resistencia incontrastable; lo mismo á las debilidades de la ciudad, que á las conjuras de los pueblos.

La historia nos enseña que todas las naciones han caído después de sus leyes.

Es famoso, bajo este aspecto, Licurgo: alcanzó de los Lacedemonios, bajo juramento, que no mudarían las leyes que les había dado antes que volviera del viaje que iba á emprender para consultar á los dioses sobre las mismas.

Licurgo no volvió jamás á su patria; pero ni aun con esta acción heroica pudo el sublime desterrado triunfar de la inestabilidad de las cosas humanas: las leyes de Licurgo duraron menos que Esparta, y esto mismo puntualmente les sucede á todas las leyes y á todos los pueblos.

Como se ve por el ejemplo de Licurgo, tanto él, como también otros Legisladores antiguos, vislumbraron la idea de *inmutabilidad*, que debe tener todo derecho; pero ni Licurgo ni otro alguno de los antiguos legisladores tuvieron idea alguna de la *universalidad* del derecho.

Sólo se cuidaban de su nación, de su ciudad, no iban más allá: su derecho era su propiedad; de dón personal que les habían hecho los dioses; todos los demás eran *bárbaros*.

La servidumbre, la muerte, el esterminio era la suerte que estaba reservada á los vencidos: no llegaba más allá el derecho de gentes.

Aun dentro de la misma ciudad, el derecho no amparaba, sino al ciudadano; los demás, aunque se hallasen presentes á todo, estaban desterrados de todo.

Cuando vino Jesucristo, el hombre era enemigo del hombre: no había derecho universal.

Cuando vino Jesucristo, el débil no tenía protección contra el fuerte; el menor número estaba sin armas contra el mayor; no había derecho sagrado, ni derecho inmutable.

¡Desdichada sociedad aquélla! Tan desdichada, que aun hoy mismo, estando como estamos bajo el reinado racionalista, nos helaría de espanto, si se nos apareciese vivo, uño sólo de aquellos días.

¿Qué hizo Jesucristo con ella? pudo destrozarla, hacerla trizas y arrojar después al viento sus restos inmundos y tiránicos: y no lo hizo.

¡Católicos, hermanos míos amadísimos vosotros, los que deseáis arrancar de cuajo y barrer el presente reinado racionalista: que Cristo Nuestro Señor, sea en todo nuestro único modelo!

Pudo también despreciarla fundando á su lado otra sociedad justa para las almas buenas, y abandonar la antigua al oprobio de la comparación, y tampoco lo hizo.

¿Qué hizo, pues? fundar una nueva sociedad que fuese como el alma de la antigua; quiso Jesucristo que la Iglesia se uniese íntimamente á aquella sociedad, como el alma se une al cuerpo, como la gracia divina se une al alma, para de esta manera enaltecerla, elevarla, sanarla, transfigurarla.

¡Católicos, hermanos míos amadísimos, esto es lo que siempre ha hecho la Iglesia; y esto es lo que el inmortal León XIII y los Obispos quieren que hagamos hoy todos los católicos. Este es el camino único de salvación para nosotros y para la sociedad: todo otro camino es camino de perdición y de maldición, llámese como se llame.

Pero probemos que Jesucristo dió al mundo un derecho sagrado, inmutable, universal.

Ante todo conste el siguiente hecho universal: que todos, hasta los mismos racionalistas, reconocen en Cristo al mayor legislador que ha tenido la humanidad.

Conste también que el Evangelio ha llegado á ser un derecho vivo, la regla fundamental de las relaciones humanas, el fondo de las costumbres generales, de suerte que ha llegado ya á ser algo imposible, y que inspire horror, una acción pagana, aun cuando no fuera reprobada por las leyes de cada nación.

Conste que en el Evangelio están reunidas todas las fuerzas civilizadoras: y que cualquiera que aspire al bien y á la gloria, no puede buscarlas sino allí en el Evangelio.

Licurgo consultaba con el oráculo de Delfos; Numa con la ninfa Egeria; el oráculo del mundo cristiano es Roma, está en el Vaticano, en el Pontífice, el más alto representante del Evangelio; y quien a Roma no vaya á beber allí humildemente las inspiraciones de la soberana justicia, no edificará, sino pueblos malditos.

Veamos ahora, cómo es sagrado el derecho del Evangelio: porque el Evangelio es, como las Pandectas de Justiniano, un libro de derecho;

pero de tan singular y privilegiada naturaleza, tan justo, tan equitativo, que no puede concebirse ningún otro derecho más perfecto.

Veinte siglos hace que el Evangelio está, en mitad de la historia, atacado incesantemente por el espíritu humano; examinado y contrastado mil veces por los genios más profundos de todos los siglos; constantemente ha resistido á la prueba.

Ni un ápice de su doctrina ha sucumbido al fuego devorador de la crítica.

Los modernos incrédulos no lo han atacado menos, que lo hicieron los Celsos, Porfirios, Hierocles y Julianos.

Dice el famoso Mr. Thiers: «Mientras que el paganismo no ha podido nunca sostener ni por un momento el examen de la crítica, el cristianismo subsiste, aun después que Descartes ha establecido el fundamento del conocimiento humano; y que Galileo ha descubierto el movimiento de la tierra, y Newton la ley de la gravitación universal; y que Voltaire y Rousseau han echado por tierra los tronos.»

El cristianismo es todo verdad, santidad y grandeza moral. La vista mas perspicaz no ha podido, en el trascurso de dos mil años, descubrir ni la apariencia siquiera de falsedad en su

doctrina; y la moral del Evangelio es de tal pureza, que no se descubre en toda ella ni la más ligera mancha.

En resumen, que el pensamiento humana tan fecundo en recursos, no ha podido descubrirle ni un igual ni una falta.

Creyeron los protestantes que existía un lazo secreto entre la Teología y la humanidad; y atacaron á la Teología.

Vinieron después los racionalistas, y pensaron que el lazo entre Cristo y la humanidad era de la ciencia y de la razón, y atacaron á una y á otra.

El siglo diez y nueve comprendió que LA CUESTIÓN no era ni una cuestión de Teología, ni de Metafísica, ni de Historia; porque el pueblo ni se cuida, ni necesita de esas cosas: con mirada profunda y poderosa alcanzó el siglo XIX á ver que la cuestión era una cuestión de derecho; y que mientras no se hiciese para el pueblo una cosa mejor que el derecho Evangélico, Jesucristo, el Hijo de Dios, continuaría reinando en el mundo.

Jamás se ha hecho contra Jesucristo nada más grande, ni más profundo; hay que hacer justicia al siglo XIX; ni nunca ni nadie, como ese siglo, ha comprendido el lazo secreto, que existe entre el Evangelio y la humanidad con respecto

al derecho, que es la cosa que toca á todos, y que comprenden todos.

¡El derecho, pues, el derecho! esa es la CUESTIÓN: los racionalistas han tratado de crear un derecho más sagrado, más universal y más inmutable, que el derecho evangélico.

¿Qué ha sucedido? la empresa fué colosal, asombrosa; pero el resultado ha sido también de los más gloriosos para la verdad.

El pueblo reconoce ya que ha sido, con este derecho nuevo y anticristiano, burlado en su bolsillo, en su libertad, en su inteligencia y en su corazón.

Se proclamó la libertad, y vino el cacique.

Se proclamó la igualdad, y efectivamente, nos vamos todos quedando igualmente.... desnudos.

Se proclamó la fraternidad, y se han levantado mil partidos que se odian, con odio africano.

Se proclamó ilustración, y efectivamente los discípulos hacen lo que les da la gana; los maestros cobran lo más que pueden, y trabajan lo menos que les es posible.

Resultado: los sietemesinos bachilleres en Artes, de quienes dice la voz popular: *Bachiller en Artes, borrico en todas partes.*

La prueba está hecha: todos reconocemos que el derecho moderno anticristiano es un derecho

EGOISTA: amanecerá, no puede menos, el gran día de la fe sobre la humanidad.

Y si esta resurrección, presagiada por tantos auspicios felices, no se realizase; si el Evangelio y los pueblos se separasen, seríamos perdidos, y los tiempos apocalípticos vendrían en seguida.

Pero no; porque si el racionalismo, los errores de la razón, nos han alejado de la verdad, hace un siglo; el corazón nos conducirá á ella, indudablemente, aunque con más lentitud.

Visto evidentemente que el Evangelio es un derecho sagrado, voy ahora á probarte, querido Ignacio, que es inmutable, y cómo se ha realizado esta maravilla.

Y llamo maravilla á la inmutabilidad del derecho evangélico, porque el Evangelio tiene que defenderse contra tres potestades de una fuerza eterna y casi omnipotente: la potestad de la concupiscencia, la potestad de las costumbres paganas y la potestad de las majestades terrenas.

El Evangelio defiende todas las debilidades contra todas las tiranías, todas las modestias contra todos los orgullos, todas las purezas contra todas las concupiscencias: la guerra tenía que ser á muerte.

Las costumbres paganas subsisten siempre, por lo menos en germen, en el corazón del hom-

bre; tienen siempre representantes; la tradición del mal está siempre borbotando contra la tradición del bien: el Evangelio ha estado y estará siempre en la brecha, prohibiendo que el mal entre á saco y siembre de sal la ciudad del bien.

Las Majestades terrenas quieren ser Dioses; así fué en el Oriente, y así es aún en los pueblos no cristianos y no católicos.

Una Majestad deseará la dirección de las conciencias; el derecho evangélico se lo prohibirá.

Otra Majestad querrá casarse con dos mujeres; el derecho evangélico se lo prohibirá.

Otra Majestad querrá repudiar á su mujer; el derecho evangélico se lo prohibirá.

¿No es maravilla, milagro asombroso, que el Evangelio sea inmutable, con estas causas perpetuas de irritación, con esta guerra sorda é inextinguible?

¿Y cómo proveyó la Divina Providencia á esta inmutabilidad? De la manera más sencilla: estableciendo el Evangelio, no bajo la forma directa de derecho, sino bajo la forma de deber; no bajo la forma del egoismo, sino del altruismo, de la caridad, hablando en cristiano.

Si el derecho es atacado en la persona de un

niño, de una doncella, de un anciano, ellos responderán, como respondió Pío VII á Napoleón: «Señor, puedo cederos mis derechos, pero no puedo cederos mis deberes.»

He aquí toda la defensa cristiana; pero defensa que no costará ni un solo tiro, ni siquiera una cuchillada. Porque el mismo Jesucristo, dispuesto á morir el primero por el Evangelio, decía al Apóstol, que había sacado la espada para defenderle: «Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que usaren de espada, á espada morirán», es decir, harán una defensa vacía y sin efecto.

Pero como no es la violencia el arma más temible contra el Evangelio, porque todo derecho perece más por la corrupción, que por la violencia; y como eran más temibles para el Evangelio el oro de los grandes, que los rigores de los verdugos; la molicie de los palacios, que el horror de las prisiones; la seducción de una sonrisa, más que la dureza de una sentencia; Jesucristo tuvo que armarse contra este género de persecuciones.

Formóse, con la virtud de su gracia divina, una milicia pobre y sobria que tuviese que pedir muy poco á la tierra, estando siempre segura de conseguirlo.

Y si alguna vez esta milicia, sobria y pobre, POR SU NATURALEZA y POR SUS FINES se dejaba seducir por los encantos de la riqueza; el Hijo de Dios lo dispuso de modo que de esta riqueza, antinatural y anticristiana para una milicia pobre y sobria por su institución divina, por su naturaleza y por sus fines, saliesen tempestades que devorasen el mal, y á la causa del mal; y que de esta suerte condujesen la tribu evangélica á la sencillez y á la fidelidad y á la pobreza propia y natural suya.

Tenemos de esto ejemplos recientes y muy instructivos: han despojado á la Iglesia de sus riquezas; se creyó con esto perderla: lo que han hecho es purificarla y rejuvenecerla.

Mi querido Ignacio, la Iglesia se funda sobre la palabra de Dios, y nadie podrá destruirla: créeme, por lo que á mí hace, vuelvo á repetírtelo, yo me ilumino con el rayo que cae en el templo; yo escucho la tempestad sin palidecer, y apoyada la cabeza en el umbral del atrio, duermo con el sueño divino de una fe infalible é inquebrantable.

El Evangelio es eterno, inmutable.

Por lo que á su universalidad se refiere, esa es patente: fué predicha en aquellas palabras del

Hombre-Dios: «Id y predicad el Evangelio á toda criatura.»

La propagación, la universalidad llega á ser la palabra de orden de todo movimiento; y allí donde no se oía más que la voz del egoísmo, ya no se oye sino el paso acelerado y afanoso de la caridad.

A los heraldos del Evangelio nada les detiene; ni la dureza de los climas, ni la fragosidad de las montañas, ni la soledad y espanto de los desiertos, ni la profundidad de los abismos, ni el furor de los mares... avanzan, avanzan vía recta; van como va el rayo, como iba la palabra creadora, como van las águilas, como van los ángeles...

Todo lo llenaron: ya San Pablo entonó el cántico de la humanidad triunfante en aquellas magníficas frases: «No hay ya judío ni griego; no hay ya siervo ni libre; no hay ya hombre ni mujer; porque todos vosotros sois UNO en nuestro Señor Jesucristo.» ¡Qué palabras!

Decía mi querido compañero de oposiciones el Sr. Unamuno, actual Rector y^e de la Universidad de Salamanca, en un célebre discurso que pronunció en Bilbao: «que era menester empujar á la Nación hacia la gran patria, la humanidad».

El Sr. Unamuno, aunque sabe mucho, puede muy poco, para dar esos EMPUJONES...

Cristo, el Hombre-Dios, con cada una de sus palabras prodigiosas y con cada una de sus acciones milagrosas, y con palabras y acciones prodigiosas y milagrosas de sus Apóstoles y de sus diez y ocho millones de mártires, y de miles de santos y de doctores, ha empujado y está empujando á las naciones hacia la humanidad.

Sí; Cristo no se llamó judío, y eso que se presentaba como heredero de las promesas y de las esperanzas de este pueblo.

No habló nunca ni una palabra de agrandar y extender hasta los confines del mundo, más lejos que David y Salomón, los límites de su patria.

Pero en cada página del Evangelio, hasta *afecta* llamarse EL HIJO DEL HOMBRE.

Esta sola expresión, el Hijo del Hombre, entrañaba la revolución más grande que se vió jamás.

Con esta frase: «Yo soy el Hijo del Hombre», anuncia Cristo y abre la nueva era de la humanidad, y quiere decir que después del nombre de Dios nada será más grande que el nombre del hombre, nada más eficaz para obtener socorros, honor y fraternidad.

El Sr. Unamuno, mi amigo, pedía en su discurso que toda la Vasconia se uniese para formar la «Compañía del Hombre», ya que un vas-

congado, San Ignacio, había fundado la Compañía de Jesús...

Está visto que el Sr. Unamuno no sirve *miaja* para modernista, anda retrasado dos mil años.

También esperamos que el Sr. Unamuno, después de la TREMENDA CRISIS ESPIRITUAL por que ha pasado hace algunos años, tendría valor para declararse católico.

Ya lo vemos; se limpia uno mal de la lepra racionalista.

¡Sr. Unamuno, Sr. Unamuno! hay cosas que no se pueden olvidar: Dios le quiere á usted mucho; usted lo sabe, pues no lo olvide.

El Sr. Unamuno quería que la Vasconia, destruyendo el derecho propio suyo, entrase en el derecho humano... El Evangelio lo ha hecho de otra manera.

Las naciones han permanecido dueñas de su suerte, conservando cada una su carácter y todos los atributos del poder.

Todo lo que viene de Dios está siempre marcado con un doble signo: unidad y variedad, universalidad é individualidad, autoridad y libertad.

Un derecho universal, para un imperio universal, hubiera sido el sueño de un hombre... del señor Unamuno...

El Evangelio lo ha hecho mejor: no ha pasado

por el mundo como huracán que descuaja las instituciones, él ha descendido sobre ellas como rocío, con dulzura, como una agua benéfica, que penetra hasta las fuentes de la vida para purificarlas y rejuvenecerlas.

En resumen: el derecho anterior á Cristo estaba infestado de una triple inhumanidad: los fuertes enclavizaban á los débiles; el mayor número al menor; los hombres se odiaban.

El carácter del Evangelio, al contrario, es una triple humanidad: proteger á los débiles contra los fuertes; al menor número contra el mayor; y quieren decir que el parlamentarismo es cristiano!! El Evangelio quiere el amor de todos, para todos, como si no fuesen más que uno.

Basta; te abraza,

DON PEREGRINO





CARTA 12

Mi querido Ignacio: Es verdad; sí; hoy el mundo, que no gusta de religión, que no quiere humanidad, que no quiere castidad; quiere, y mucho quiere, fraternidad, y la proclama á voz en grito; y todos los ecos humanos la repiten; repiten fraternidad á todas horas, en todas partes y en todos los tonos.

Me tengo por feliz, amigo Ignacio, al poder rendir á nuestro tiempo este homenaje público.

Cuando se tiene el deber de hablar contra el error es una felicidad, á la par que un deber, hacer justicia al bien que hace.

Y puesto que nuestro tiempo y nuestros enemigos se ven obligados á querer la fraternidad, y puesto que se ingenian todos los días en procurarla; he aquí el terreno común en que nos encontramos todos, tirios y troyanos; pues aprovechémosle. Veamos quién derrama sobre la humanidad más amor verdadero; quién da más, recibiendo menos.

Nadie podrá en este terreno acriminarnos. Lan-
cémonos, pues, á él de todo corazón; ganemos á
nuestros hermanos, á nuestros enemigos, á fuer-
za de beneficios; y puesto que de momento en
momento aumenta el frío en el mundo, que au-
mente de momento en momento el calor de la
caridad hasta tal grado, que si ESTE LÁZARO de
nuestro siglo debiese bajar al sepulcro, que nos-
otros tengamos vida bastante para él y para
nosotros; lágrimas bastantes para llorarle, potes-
tad bastante para lanzar este grito poderoso y
sublime: ¡Lázaro, oye la voz que resucita, y sal
del sepulcro!

También es verdad, sí, Ignacio, sí, lo que tú
tan galanamente me cuentas, de que has escucha-
do la voz de la sociedad por todos sus poros;
que has aplicado tu oído al hombre, que lleva
las haces del servicio militar, al magistrado ocu-
pado en las funciones de la justicia, al profesor
discerniendo en el alma del joven el secreto de
sus inclinaciones, al hombre político estudiando
de cerca los grandes resortes del mundo, y aun
á muchos de la tribu evangélica; y que no has
oído caer en tu oído más que una palabra, EGOIS-
MO, EGOISMO: en unos el *egoismo* de los vicios,
cosa fría y repugnante; y en otros, el *egoismo* de
las virtudes, cosa más repugnante y más difícil

de extirpar... TODOS BARREN PARA ADENTRO: ¡Qué miseria!!

Bueno, Ignacio, bueno; en estas frases veo tu hermoso corazón: deseas la fraternidad universal; y te pone fuera de juicio el egoísmo; bien, bien.

Pero mira, Ignacio: somos criaturas finitas por todos los cuatro vientos: el sér que tenemos se nos va por todas partes y á todas horas: es natural que atendamos á tantas necesidades, como sentimos en nosotros; el egoísmo, cierto egoísmo es naturalísimo: á los demás debemos amarlos por semejanza, á nosotros por identidad; y la identidad es mucho superior á la semejanza.

La misma Sagrada Escritura dice en los Salmos: Yo, Señor, me incliné á cumplir tus mandatos... *propter retributionem*: de otra manera descenderíamos á la nada.

Además, querido Ignacio. sí, es imposible á ningún sér dotado de inteligencia y de voluntad separarse completamente de sus actos, yo pienso, yo quiero, yo amo, y por más que haga, yo soy siempre el que pienso, quiero y amo, sin que esté en mi poder arrancar de mí ESTE YO MÍO.

Ya haga una acción buena ó mala, me hallo allí presente y gozo ó sufro con ella sin poder evitarlo; y aún digo más, si no gozase, no la ha-

ría, porque toda acción supone un fin; y siendo la beatitud el fin último del hombre, para el cual le ha criado Dios expresamente, es absolutamente quimérico imaginarse que nadie llegue á obrar jamás sin tener delante de sí el pensamiento y el móvil de la felicidad.

Ya lo sé; tú no condenas este egoismo natural, pero le condena Kant, por ejemplo, y otros Kanes por el estilo.

Lo confieso, Ignacio; el frío y el vacío están en la humanidad: de todos los pechos sale un soplo triste, una respiración fatigosa, que anuncia al exterior la miseria del interior: se tienden las manos á todas partes; no se oye hablar de otra cosa que de espíritu de asociación y de comunidad; y no obstante, un gemido sordo, una queja unánime denuncia á toda la tierra la tibieza de los corazones.

De tejas abajo, Ignacio, y vista la humanidad con estos ojos de carne, no puede ser amada: somos muy miserables, vamos, muy feos, así, muy feos; y sola la belleza es causa única del amor.

Y luego el amor consiste en el don gratuito: el hombre que ama al hombre, tiene que darle á sí mismo y á sus bienes; es decir, para amar, es preciso SERVIR; y el hombre, naturalmente, no quiere servir, lo que quiere es ser servido: el hom-

bre que ama, tiene que dar sus bienes á aquel á quien ama; y el hombre, naturalmente, se horroriza de desprenderse de sus bienes.

Lo reconozco Ignacio, de tejas abajo el amor es imposible.

Y lo fué de tal manera, que así como la creación material de los mundos no costó á Dios más que una sola palabra, *fiat*; y el fundar el Apostolado no le costó al Hijo de Dios más que decir: «Id, y enseñad á todas las naciones»; el fundar la fraternidad le costó referirse muchas veces á ella, y además tres famosos textos.

Primer texto: «Yo os doy un nuevo mandamiento; que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado.»

«Amáos, dice en otra parte, los unos á los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros.»

La caridad es el Océano, donde comienzan y acaban todas las virtudes, como en el Océano comienzan y acaban todas las aguas.

Excelente es ser humilde, casto, virgen, apóstol; pero la caridad es la mayor de todas las virtudes.

Dios es caridad; y el signo más auténtico de la transfiguración, de la deificación, del alma, es la caridad.

El otro texto, fundador de la caridad, son las siguientes palabras del Señor: «Si alguno de vosotros quiere ser el primero, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir.»

¡Anarquistas, hermanos míos, en Dios, en Adán y en Jesucristo, queréis desarmar á vuestros patronos? no os déis á buelgas, no: establecer una santa república de amor: amaos los unos á los otros, y amad á vuestros patronos con el amor común que os tenéis.

Nada es tan contagioso como la virtud, que llega al estado de amor.

Vuestros patronos os temen más que os odian: cuando vean que los amáis, se abrirán sus ojos, y vuestros sueldos caerán, como cae del árbol su fruto, cuando está maduro.

¡Qué cosas más peregrinas nos dice este Peregrino! Serán lo que queráis; pero son muy cristianas y muy históricas, muy REALES.

¿Qué? pues así cayó la esclavitud, que fué el mayor oprobio y la mayor desgracia humana. Cristo hizo de la servidumbre un acto de amor, y lo que era ignominia, fué gloria; y lo que era la última cosa, llegó á ser la primera; y lo que

era el colmo del infortunio, llegó á ser el éxtasis del amor.

La última expresión necesaria para la caridad fué ésta: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

¡Eso quisieran los ricos! los ricos no tienen entrañas, y cubren sus bajos deseos pidiendo para los pobres y deseándoles el reino de los cielos, mientras ellos, de todas maneras, arrebatan á los pobres el reino de la tierra.

Como si las oyera, con estas frases presumo que aquellas palabras de Jesucristo han de ser recibidas por tus nobles deseos y tu profunda y sincera compasión por los necesitados; y al ver los crueles abusos de los ricos,

En otra parte, mi querido Ignacio, he ya explicado suficientemente aquellas palabras divinas y llenas de dulzura y consolación.

Cristo Nuestro Señor ya conocía, de todo en todo, las entrañas de los ricos: y así y todo nos mandó que amásemos la pobreza; que diésemos lo poco que tuviéramos á los que tuviesen menos, y que lo diésemos desde luego, que otros darían también lo suyo; y para animarnos á este noble desprendimiento, nos prometió que se nos devolvería centuplicada nuestra parte; y que además el espíritu de pobreza destruiría sin vio-

lencia, sin reparticiones legales siempre continuas y siempre insuficientes, la honda enemistad entre el pobre y el rico.

Todo eso dirás tú, mi querido Ignacio, es muy bonito; y sobre todo muy á propósito para que los ricos sigan explotando á los pobres, pero, pero... irrealizable: muy ideal, muy bello, pero de tejas abajo irrealizable, irrealizable...

De manera, Ignacio, que Cristo, el Hijo de Dios, la Sabiduría Eterna, nos mandó cosas irrealizables... vamos, cosas insensatas... eso es lo irrealizable.

Y tú, mi querido Ignacio, eres muy cristiano, tan católico como el actual ministro de Instrucción pública, según él lo publicó en el Senado, contestando á los Sres. Obispos...

Pasarán, Ignacio querido, los cielos y la tierra; pero no pasarán las palabras de Cristo.

El éxito de las palabras de Cristo fué el siguiente, según nos dice el Evangelio: «La muchedumbre de los creyentes no tenía más que un corazón y una alma... todas las cosas les eran comunes; y no había ningún necesitado entre ellos... se repartía á cada uno lo que había menester.»

Qué te parece, ¿fueron irrealizables las palabras del Señor?

Esas palabras proveyeron de padres y madres á todos los desgraciados.

Esas palabras, expiando en cada siglo las necesidades, en todos los tiempos han suscitado nuevos servidores, NUEVOS ESCLAVOS, dispuestos á sacrificarse para aliviar las miserias ajenas.

Esas palabras han hecho, con la misma facilidad, á las Hermanas de la Caridad, que al caballero de Malta; al hermano de las Escuelas cristianas, también como al hermano de la Merced; al amigo del loco, como al amigo del leproso.

Amigo Ignacio, ¿fueron irrealizables, insensatas las palabras del Hombre-Dios?

Lo insensato es lo que hacen los racionalistas; por una parte imponen la limosna, y por otra imponen la miseria, la muerte á los pobres, prohibiéndoles pedir, como en la actualidad está sucediendo en... alguna provincia.

Toleran las huelgas y rodean de fuerza armada las fábricas..., esto sería soberanamente tonto, si no fuese soberanamente perjudicial á obreros y á patronos, y á la sociedad entera.

Y con esto doy por terminada la respuesta á tus advertencias; porque tú también te darás por satisfecho. ¿No es así?

Ahora me toca lógica y, naturalmente, decir algo sobre aquel elemento social, bien difícil de

definir, porque á veces es lo más fuerte que hay; y otras lo más débil: un día lo aplana todo, y á la mañana siguiente es vilipendiada y escarnecida por las turbas.

Y esta cosa tan fuerte y tan débil es la autoridad, el alma social.

La autoridad, como todo y más que todo, ha de marchar por un término medio, sin oscilar ni hacia la violencia, ni hacia la debilidad, términos igualmente para ella funestísimos.

Como la autoridad es el alma social, según he dicho, conviene defenderla contra la violencia y la debilidad; y asegurarla entre estos dos escollos, el honor de la duración y el imperio de la estabilidad.

Difícil y arriesgada ha sido, mi querido Ignacio, la materia que hasta aquí hemos tratado: bien podemos decir que hemos marchado sobre cenizas calientes; pero en ésta de la autoridad, por su dificultad y por su trascendencia, y por su delicadeza, y por otras mil razones, ya se puede decir que camina, el que la trate, por sobre carbones encendidos.....

Ruega tú, mi querido Ignacio, á Dios que me conceda la franqueza y el tino y comedimiento necesarios para tratarla debidamente.

Voy á comenzar haciendo la historia de la

autoridad. La autoridad ha tenido en el mundo tres épocas: época oriental, occidental y cristiana.

En el Oriente, la autoridad tenía un carácter sagrado, intangible, inaccesible: estaba revestida con el prestigio de la omnipotencia; entre el soberano y el súbdito había un abismo, que nadie se atrevía á saltarlo ni aun con la vista.

Y no era esto puro servilismo, no; era nada más la consecuencia de haberse fijado únicamente en el aspecto divino, en el elemento divino que debe tener la autoridad.

La obediencia y la veneración son los dos elementos de la autoridad; el hombre no puede, ni debe venerar al hombre, ni obedecer al hombre; porque todo hombre vale tanto como otro hombre cualquiera; y porque todo hombre es demasiado pequeño ante su semejante para obtener de él obediencia y veneración; y porque todo hombre es demasiado igual á otro hombre, ya por los achaques de la vida, ya por la nada de la muerte.

Es, pues, necesario que la autoridad, si ha de ser obedecida y venerada, venga de más alto que el hombre: porque si la necesidad y la fuerza nos obligan á obedecer, la primera ocasión favorable para desobedecer será la señal para

que el poder, el orden y la unidad sean arrojados.

La autoridad, que no produce obediencia y veneración, haga lo que quiera, no hará otra cosa que preparar su muerte y cavar su sepulcro.

De suerte, que por un lado la obediencia y la veneración son los dos elementos de la autoridad, y por otro lado, el hombre no puede, ni debe obedecer, ni venerar al hombre.

Luego es necesario que la autoridad sea Dios. El Oriente ha descansado en esta consecuencia, la única que á sus ojos constituye el poder, haciéndolo venerable y santo; y hasta cierto punto tenían razón los orientales.

¿Y qué resultados dió esta consecuencia? la obediencia y la veneración; pero una obediencia y una veneración degradantes, cuya historia causa horror.

El Oriente no quiso someterse al hombre, juzgando esto por tan vil, como incomprendible; y la mentira de considerar a los reyes como dioses, convirtió á los reyes en mónstruos.

Las exageraciones dan todos estos resultados.

Y no es para callado, que si á los reyes la exageración de considerarlos dioses los convirtió en mónstruos: tampoco los pueblos ni las dinas-

tías encontraron en estas adoraciones una tierra propicia para la longevidad.

Las dinastías se suceden cada siglo; y las revoluciones de los pueblos ofrecen un espectáculo mucho más sangriento que en ninguna otra comarca de la tierra.

Y es que nada concluye tan pronto como aquello que no tiene límites, no siendo Dios.

La época occidental de la autoridad quiere que el hombre sea gobernado por el hombre.

La historia nos ofrece dos modelos memorables de este sistema autoritario, y en verdad que son famosísimos; y que el gobierno del hombre por el hombre hubiera triunfado, si pudiera el hombre triunfar en cosas tan grandes.

Las famosas repúblicas de Grecia consintieron en ser gobernadas por el hombre, es decir, prestaron al hombre obediencia y veneración; pero á la vez dieron muestras de que también tenían al hombre-autoridad: y por eso calculan, ponderan y limitan el poder ¡como que se espantan de poner en manos del hombre el cetro y la espada!

Grecia quiere que el hombre-autoridad sea grande; pero quiere á la vez que no sea *demasiado* grande: lo quiere poderoso, pero poderoso con medida, con medida.

Los griegos colocaron un espacio muy des-

ahogado entre la rebelión y la sumisión absoluta.

Todo esto era mucho más sensato, mucho más verdadero y mucho más digno que la idolatría oriental.

Hay más: los griegos quisieron establecer entre el gobierno y el pueblo una especie de penetración recíproca, de manera que la misma soberanía tuviese alguna parte en la obediencia, y la obediencia la tuviese en la soberanía.

Este sistema complicado, á quien nuestros racionalistas han ido á pedir modelo para sus constituciones, sin duda que produjo obediencia y veneración.

Pero así los griegos, como nuestros racionalistas, no vieron que el sitio que concedían á los gobiernos para moverse, era demasiado estrecho, y sobre estrecho con un suelo sumamente móvil: y resultó, lo que era natural que resultase: que la veneración y la obediencia fueron insuficientes, y que no dieron á aquellas repúblicas la estabilidad que necesitan las naciones.

Y no hay que decir que esto se debió más á las circunstancias, que á la naturaleza de los gobiernos, no.

De este memorable régimen de los gobiernos humanos nos queda un modelo, un tipo acabadí-

simo en la República Romana: y ya veremos como, sin razón, escritores muy famosos, y muy católicos, han llamado á Roma pagana, el mundo del derecho.

En cuanto á circunstancias fueron las más dichosas las de esta República; respecto á combinación, á sistema, á arte, fué el más sabio; como afortunada, fué la más afortunada; y respecto á costumbres, fueron las de Roma notables por su sencillez; en fin, que parece que la divina Providencia rodeó al Senado Romano de las dotes más felices, para que en él viésemos hasta dónde puede llegar el hombre en asuntos sociales.

Al Senado Romano nada le faltaba para gobernar; religión, dignidad, fe nacional, espíritu de perseverancia, profundidad de miras, valor en los contratiempos; y luego aquellos hombres consulares, que iban desde el arado á la toga consular, y desde aquí al arado otra vez; probando de esta suerte que eran muy superiores á todas las dignidades; honrando de esta manera y por igual á la majestad del poder y á la grandeza del pueblo.

Efectivamente, el Senado Romano fué la asamblea más maravillosa que ha gobernado jamás á un pueblo.

¿Pero había en este *gobierno humano* bastante

suficiencia social, bastante autoridad, bastante obediencia y veneración, unidad, orden, poder?

— ¿Cuánto duró esta obra colosal? ¿Cuántos siglos cuenta la historia que corrieron entre el puñal de Lucrecio y el puñal de César?

— Quinientos años escasos; con la particularidad, de que bastó, para que el coloso se hundiese, la rebelión de César.

— Con este acto de desobediencia todo termina: Roma ya no existe; ó si arrastra penosamente su existencia, es para caer de Augusto en Tiberio, en Nerón, en Heliogábalo; de la autoridad de Occidente, en la mostruosa idolatría del Oriente.

— ¿Puede llamarse á Roma pagana el mundo del derecho?

— La autoridad, que muere del puntapié, que le da la bota de un soldado, no cuenta con la veneración, con la obediencia, con la unidad, con el orden, con el poder que necesita la sociedad.

— ¿Y por qué han encallado en escollos tan diferentes, así la nave oriental, como la occidental?

— Porque, aunque parezca otra cosa, así en Oriente como en Occidente, la autoridad era totalmente humada: y el hombre, por sí sólo, es incapaz de asegurarse la veneración y la obediencia en aquel grado que es necesario para conducir y sostener la sociedad.

El Oriente llamaba á sus reyes dioses; pero no por eso dejaban de ser hombres: y los hombres, agobiados con ese colmo de honor y de poder, á la larga se convierten en mónstruos... y los mónstruos no pueden vivir; y en su muerte arrastraron á todo el edificio insensato, que se había querido levantar sobre la *diosura*.

Sobre el Occidente ya hemos dicho bastante.

Veamos ahora la historia de la autoridad en el catolicismo.

Ya hemos visto algunas de las relaciones que la sociedad natural, es decir, la sociedad, que resulta de nuestros intereses y de nuestras necesidades presentes, tiene con la sociedad católica.

Esta sociedad divina está siempre, como Cristo en la cruz, con los dos brazos abiertos para abrazar á la sociedad natural y comunicarla todos los tesoros del cielo y todos los de la tierra.

¡Si al cabo, estas dos sociedades son dos hermanas, de madre distinta, pero de padre común!

El espíritu católico ha producido en el mundo, en cuanto á la autoridad, algo enteramente nuevo, enteramente desconocido de la antigüedad: el término medio entre el sistema oriental y el sistema occidental.

Entrémonos, amigo Ignacio, un momento por los campos de la historia.

Desde los primeros días del mundo, la descendencia de Adán, dividida en familias, se dispersó sobre la tierra; y confiaron la autoridad, bien á una asamblea, bien á un hombre, ya á una raza, ya de otra suerte.

Y esta constitución de la soberanía elevó las familias á la categoría ó potestad de Estado ó nación.

La nación, á no dudarlo, es el hombre elevado á su más alto poder.

¿Qué es una nación? Una fuerza material, una energía moral que, sentada en el centro y en la frontera de los pueblos, los defiende contra sí mismos y contra los extranjeros.

La nación protege todos los derechos y hace cumplir todos los deberes.

La nación es la justicia viva que vela siempre, á todo momento y en todos los lugares, por nuestras vidas y por nuestros intereses.

La nación, además, no es sólo la justicia viva y la protección constante y los hombres actuales, es mucho más que eso: la nación es la sangre de mil generaciones, el honor sin mancha de toda una raza, con todas sus glorias militares, su grandeza científica y su majestad moral.

El Estado es la unidad y la solidaridad de una gran familia humana.

Sí, Ignacio; la nación es una cosa sublime y sagrada...

¿Había de mancillarla el cristianismo, que engrandece cuanto toca?

¿Y había de mancillar las entrañas de las naciones, la justicia, la paz, la gloria, la unidad?

Tenía que transfigurarlas, como lo ha transfigurado todo.

Y así fué: Cristo Nuestro Señor encontró la soberanía humana, deshonrada por los excesos, la encontró por tierra manchada con mil delitos.

El cristianismo levantó y purificó la autoridad, y la ungió y la consagró en sus basílicas por la mano de sus pontífices.

¿Por qué, pues, los soberanos odian á la doctrina católica?

Es muy fácil la respuesta, amigo Ignacio.

La autoridad humana no quiere tener límites; y la doctrina católica, si bien reconoce, sirve y honra á la soberanía, le dice con tanto respeto como franqueza, que se detenga, descubra y acate la soberanía de Dios.

Porque mira, Ignacio: en cuestión de soberanía hasta el mismo Señor de cielos y tierra tiene límites... sí; tiene una ley que es el límite, si así puede hablarse, de su omnipotencia, de su soberanía.

La justicia de Dios, su bondad, su sabiduría, que son Él mismo, no consienten que traspase nunca, en el ejercicio de su omnipotencia, los límites de lo verdadero y santo.

Pero no es esto sólo, querido Ignacio: Dios que es la soberanía viva, es también la ley viva, la ley eterna: y en su bondad inmensa nos ha dado á nosotros un destello, una vislumbre de esta ley, en la ley natural y en la ley divina.

Dios, al darnos estas leyes, expresión inmutable de las relaciones de todos los seres, ya sabía que las mandaba entre hombres, que todo pueden desfigurarle y corromperlo: y desde el principio del mundo, confió la ley natural y la divina á un fortísimo poder...

Poder, que se extiende de un cabo al otro del mundo.

Poder, que como el imán, como la fuerza eléctrica, corre sin cesar del uno al otro polo de la humanidad.

Poder, que se llama: ¡La conciencia! La conciencia ha sido siempre en el mundo el contrapeso de la soberanía humana: nunca, nunca el Estado ha sido, ni el depositario, ni el baluarte de la ley natural y de la ley divina.

Pero la conciencia, antes de Jesucristo fué dé-

bil; hizo traición al depósito que se le había confiado.

Jesucristo lo vió; sin embargo no destruyó la conciencia: como había hecho con todo, la dignificó, la realzó, la robusteció, la transfiguró.

Jesucristo dió á la conciencia una fuerza que antes no tenía, mandándola que obedeciese á Dios antes que á los hombres, y armándola con el martirio contra la soberanía humana, que había degenerado en horrible tiranía.

Aquiles de Harlay, como nuestro gran Calderón ha dicho: «Mi alma es de Dios; mi corazón de mi rey; el cuerpo lo tengo entre las manos de los malvados, hagan de él lo que quieran.»

Así habla la conciencia, redimida por Jesucristo.

De manera que Jesucristo entregó la soberanía de la conciencia al sacerdocio, á su Vicario en la tierra...

Ah, sí; como si te oyera, Ignacio: ya pareció aquello ¡todo en provecho del sacerdocio! no podéis ocultar vuestra ambición...

Muchas gracias, Ignacio. Pero ven acá, y dime ¿qué hemos ganado los sacerdotes con ese poder espiritual de la conciencia, de tejas abajo? ¿Si aquí sucediese lo que en Egipto, Grecia y Roma, donde el sacerdocio era honrado, amado y lleva-

do en brazos del imperio, y donde las más ilustres familias componían los colegios pontificales?

Si en Egipto, en Grecia y Roma se hubiera atrevido nadie á decir lo que dice aquí cualquiera chico de la prensa del sacerdocio, por sí mismos los tribunales de justicia se hubieran abierto para anonadar al sacrilego profanador del sacerdocio!

Pero, vuelvo á repetirte, Ignacio, ¿qué hemos ganado de tejas abajo con este poder de la conciencia? Jesucristo nos dió ciertamente la gracia y la fuerza de resistir á los tiranos: Jesucristo nos dió la soberanía de la conciencia; pero con el precepto de derramar hasta la última gota de sangre por defenderla; y los sacerdotes católicos la han vertido y están dispuestos á verterla.

Hacen más los sacerdotes católicos: el martirio es poca cosa; lo más difícil es resistir á los poderes, á los soberanos amigos... y luchar con ellos palmo á palmo, y día por día; y beber en el amargo cáliz de un odio, tanto más inmerecido, cuanto que se trabaja y se padece por aquellos mismos que nos persiguen...

Hoy en España ¿de dónde proceden los envenenados dardos, que más ancha y dolorosa cicatriz abren en el corazón del sacerdocio? ¿Proceden del campo racionalista?

No, no; proceden esos dardos de los amigos; de los amigos de la derecha, y de los amigos de la izquierda.

Mucho catolicismo purísimo; pero al Papa y á los Obispos, soberanos de la conciencia, se les obedece, cuando sean beneficiarios de sus intereses y pasiones.

Y el Papa y los Obispos están puestos por Jesucristo, para protejernos á todos, contra nuestras pasiones, y contra las pasiones de todo el Universo. ¿Cómo van á entender esto los racionalistas, si los católicos no quieren entenderlo? El error de estos católicos está en colocar el poder fundamental del cristianismo, quienes en los Sacramentos, quienes en el Evangelio; y está en la Iglesia, COLUMNA Y FIRMAMENTO DE LA VERDAD.

La Iglesia es la obra que Jesucristo hizo de NUEVO, para vencer al infierno y al mundo.

Vamos á otra cosa.

Entre católicos, el poder es divino y humano á la vez; es superior é igual padre y hermano á un mismo tiempo.

Vamos á ver los caminos por donde se le condujo para llegar á esta perfección.

El Evangelio había establecido este principio: que el hombre es demasiado grande, para obedecer al hombre; que el hombre es demasiado ni-

serable, para ser venerado del hombre por su propia substancia y su propia virtud: esto destruía el sistema oriental.

Pero también dijo que era preciso obedecer á Dios en los hombres: «servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servís al Señor, y no á hombres.» (S. Pablo.)

En virtud de estas palabras la autoridad no es, entre católicos, sinó el mandatario de Jesucristo: el católico no obedece solamente al hombre, sinó al mismo Jesucristo presente y vivo, en el que haya elegido la sociedad.

Y digo la sociedad, porque Jesucristo dejó libre á la sociedad la cuestión de la forma: si las naciones han de tomar la forma monárquica ó la republicana; eso lo han de determinar la experiencia y los sucesos.

Pero una vez asentada la suprema magistratura, Dios entra en ella, para ser su sangre, su vida, su gloria, su duración.

Más claro: el poder sale y brota de la sociedad por una germinación, digámoslo así, por una flor escencia natural: constituido, Dios lo consagra.

Esta consagración transforma lo que era pequeño en grande: lo que había sido hecho á imagen del hombre, se convertirá en imagen de Je-

sueristo; será el poder consagrado, como Cristo, hombre y Dios á la vez.

Y ¿cuándo se puede decir constituido? no se puede determinar matemáticamente ese punto, como no se puede determinar el punto en que amanece, ni el en que llegamos al uso de la razón, ni á la adolescencia, ni á la virilidad; pero puede decirse que una nación está constituida, cuando así lo juzga la generalidad virtuosa y sabia; pues así como Dios trató con respeto al hombre dándole la libertad moral, así ha tratado á las naciones, dándolas por su hijo la libertad política.

De esta unión de lo humano y de lo divino, resultaba que la autoridad, la soberanía tenía dos límites naturales, la ley de Dios y la ley de la nación: y cuando, ó la ley de Dios ó la ley de la nación exigían la resistencia á los mandatos de la autoridad, no se disputaba por eso á la autoridad el derecho de mandar, ni se le negaba el deber de obedecerla.

Para ver ésto, mi querido Ignacio, más claramente, se hace preciso descender á las entrañas mismas de la sociedad, y examinar sus elementos.

La sociedad no es posible sin unidad, sin orden, sin potestad.

Por efecto de la unidad, todos los individuos sociales se encuentran en un sólo centro; y se mueven, como si no hubiese para ellos, sinó una vida, un interés, una idea, una pasión, un tiempo y un lugar.

Por efecto del orden, las relaciones de los ciudadanos se conservan respetadas é inviolables.

Por efecto de la potestad, todos los ciudadanos saben que aún en el silencio de la noche, hay quien vela por la tranquilidad de todos; y si es necesario para la seguridad, con sólo mover sus labios, la autoridad podrá lanzar contra el enemigo una fuerza tan poderosa, que reuna el valor, la fortuna y la majestad de la patria.

Sin orden, sin unidad, sin potestad ni concebirse puede la sociedad.

Pero, ¿quién le dará esa unidad? ¿quién le creará ese orden, ese poder?

Creen muchos que no hay nada más sencillo y que un ejército fiel, con un general afortunado á la cabeza, tiene en la punta de sus bayonetas y en la boca de sus cañones todo el secreto de un gobierno duradero.

Pues, desengañense los ejércitos y los generales; porque la historia enseña que ningún gobierno ha sido menos duradero, menos sólido, y menos fuerte, que el gobierno de los soldados.

Por una providencia de Dios, que no sabemos nunca agradecerse bastante, cuando el casco ó la espada dormían, son heridos mortalmente la unidad, el orden y el poder.

No, mi querido Ignacio, no; no hablo de memoria; entre otros mil ejemplos que guarda la historia, el más memorable es el del pueblo romano: desde que el poder cayó de la toga civil en las túnicas de las legiones, no se vieron en Roma más que soldados que llegaban del Eufrates ó del Rin, que subían y pasaban por el arco triunfal, para caer de alto, de golpe y de repente, en el sumidero: del Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso.

Además, que la razón misma lo enseña: la fuerza militar es más materia, cuerpo, que inteligencia; y los elementos sociales, unidad, orden, poder, son más inteligencia que fuerza bruta: y de aquí que la fuerza militar, por más que la vistan de todos los colores, y la adornen con todos los brillos y todos los ruidos, á primera vista será muy imponente, pero es la última que puede constituir la unidad, el orden y el poder.

La fuerza militar, como la materia y el cuerpo, necesitan un soplo extraño que la anime y la dirija, sin lo cual aplasta, como una roca, que

no sabe lo que hace, ó se dispersa, como el polvo sacudido por el viento.

La sociedad no es hija de la violencia, es hija de la inteligencia y de la libertad.

Luego no es la fuerza la que funda la sociedad, sino la autoridad, ese algo superior que engendra la veneración y causa la obediencia.

Y si no vemos á Dios en el hombre-autoridad ¿dónde vamos á ver ese algo superior? una voluntad vale tanto como otra voluntad; por consiguiente la autoridad sería imposible, si no obedecemos, como dice el Apóstol, á Dios en el hombre.

Pero ese Dios, á quien representa la autoridad, es Cristo, que ha modificado la naturaleza del poder, ó más bien, ha reducido este poder á su primitiva constitución.

Estando un día los Apóstoles reunidos en derredor del Salvador, les dirigió estas amables palabras: «Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que los más grandes son aquellos que ejercen el poder á su capricho: no sucederá así entre vosotros. Aquel de entre vosotros que quiera ser grande, que sea vuestro servidor, y que aquel que quiera ser el primero, que se haga el último, á semejanza del

hijo del hombre, que no ha venido PARA SER SERVIDO, sino para SERVIR.»

Desde el instante en que fueron pronunciadas estas divinas palabras, el poder perdió el carácter que tenía de DOMINACIÓN, para elevarse al estado de SERVICIO PÚBLICO.

.....
¡Qué! ¿El Representante de Dios en la tierra, el depositario del más excelso cetro que hay en el mundo, el cetro espiritual; el Vicario de Cristo no se llama voluntariamente SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS? ¿Y las palabras de Cristo son palabras de algún insensato?

La autoridad cristiana es así; y es que verdadera autoridad, autoridad que produzca obediencia y veneración, sin las cuales no existe ni la unidad, ni el orden, ni el poder que necesitan para vivir las sociedades, no hay otra más que la autoridad católica, ésta que ha transfigurado Cristo, el Hijo de Dios.

Decía Luís Veuillot: Vendrán tiempos de tanta dignidad cristiana, que no se obedecerá, sino á los sacerdotes, ministros de Dios. No; eso sería confundir los dos poderes, el espiritual y el temporal: el Gobernador será siempre Gobernador, y el Obispo, Obispo; la confusión de los dos poderes ha traído todas las tiranías. Los que sí

vendrán serán los tiempos en que las autoridades sean los servidores de los demás, LOS SIERVOS DE LOS SIERVOS DE DIOS.

... ..
¡Vaya si vendrán esos tiempos! y si no los traen los Apóstoles, los traerán los anarquistas: que el mal es un servidor obligado de la Divina Providencia.

La autoridad es, como Cristo, sabiduría infinita, la ha definido: toda otra cosa es tiranía y despotismo.

Pasarán las tiranías y los despotismos; y la palabra de Cristo permanecerá eternamente.

¡Ah, si las autoridades fuesen por el modelo de Cristo! la obediencia y la veneración á las autoridades brotarían lozanas y poderosísimas; y la vida social, alimentada de unidad, orden y poder, se ostentaría robusta, florida y potente.

Pero se quiere, en vez de servir, de ser los últimos; LOS SIERVOS DE LOS SIERVOS DE DIOS; se quiere dominar, como dominaban los gentiles, ser los primeros, gastar ostentación, orgullo ¡hacer el mamarracho!... y se encuentran, con este proceder totalmente pagano, asesinos en cada esquina, bombas en todas las plazas, puñales en todas las encrucijadas... y motines á todas horas y en todas partes.

Tristísimo es todo esto; pero no pueden esperar otra cosa todos esos mónstruos, que han inaugurado en Europa la potestad moscovita: me refiero al racionalismo.

Y basta, querido Ignacio, sobre la autoridad. Te abraza,

— DON PEREGRINO





CARTA 13

Mi querido Ignacio: Sí, tienes razón; somos hijos de Dios, y somos altivos; y somos discípulos del diablo por el pecado, y somos orgullosos, indómitos, siempre dispuestos á rebelarnos; pero ya decían los antiguos: *regis ad exemplum totus componitur orbis: non est peccatum in Collegium, quod non faciat Rector.*

Cuando los superiores son modelos de humanidad, mansedumbre y amor, amor sobre todo, muy pocos son los que resisten: yo no me ando con teorías irrealizables; mi doctrina es la doctrina de Cristo y la del Papa: ni el Papa, como Papa, ni Cristo enseñaron ni pudieron enseñar nada irrealizable, insensato, vamos, llamémoslo por su nombre.

Vengan autoridades que sirvan, no que dominen; que sean las últimas, no las primeras; que sean humildad, mansedumbre, amor, y se lo llevarán todo de calle.

Esas no vienen nunca, dices tú; ya vendrán, ya vendrán; costará, costará, porque la autoridad, aun á los hombres más firmes, se les sube facilísimamente á la cabeza; y la autoridad subida á la cabeza es dominación, orgullo, tiranía, SIMPLEZA, despotismo, majadería..... pero el tiempo, los sucesos, y sobre todo la gracia divina, todo lo cura.

Ruégase que te señale una acción, que sensibilice la doctrina, sobre toda ponderación importante de la autoridad: gustosísimo atenderé tu ruego; tú has visitado al Sr. Obispo muchas veces; ¿qué hiciste al entrar en su cámara? Arrodillarte, besarle el anillo, y luego ponerte de pie. Pues ahí está todo: arrodillándote y besando el anillo, reconociste á Dios en aquel hombre.

Después te pusiste de pie, es decir, reconociste también que aquel hombre, era tu hermano; y te pusiste por eso á su nivel: en esa acción tienes sensibilizada toda la doctrina sobre la autoridad.

También me ruegas te diga qué es lo que han producido esas palabras, sobre la autoridad de Cristo Nuestro Señor: porque la palabra de Dios es siempre fecundísima.

Pues han producido una cosa desconocida antes, enteramente nueva, el término medio entre la autoridad oriental y la occidental, han creado

la monarquía cristiana, que se apoyaba, ó mejor dicho, vivía de tres sentimientos robustísimos, el sentimiento de la fidelidad, el sentimiento del honor y el sentimiento de la libertad.

Sentimiento de fidelidad; este sentimiento hacía que en la monarquía cristiana el soberano tuviese fe en el pueblo, y mutuamente el pueblo en el soberano: en nombre de los muertos y de los vivos, de los antepasados y de los venideros, pueblo y rey, y rey y pueblo, se habían dado la mano ante Dios y ante la patria y por los siglos de los siglos. De todo esto no había nada en los pueblos anteriores al cristianismo, así orientales como occidentales.

Como había aún menos del sentimiento del honor, sentimiento más nuevo, más desconocido aún de la antigüedad no cristiana.

¿Qué era el honor? El honor era una elevada estimación de sí mismo un pensamiento alto de altísima nobleza. El honor acercaba el rey al vasallo; realizaba la personalidad del inferior; y hacía que subsistiese firme y digna ante la personalidad del superior, pero lo hacía respetando, amando, venerando, obedeciendo.

El honor, ya lo dejó esculpido el inmortal Calderón en aquellos famosos versos:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma;
y el alma sólo es de Dios.

Y en esa monarquía cristiana había también mucha libertad.

Hoy se habla mucho de la libertad por los tiranos racionalistas; yo por mi parte, hablo de ella tanto y con tanta altivez como el que más.

Gracias á Dios, hay una libertad justa y santa; y no existe en la lengua humana palabra alguna que no tenga su legítima aplicación.

Dios y el demonio se sirven de las mismas palabras; y el demonio no puede maldecir ni una sola, como no puede maldecir ni una sola idea, al abusar de ella.

Dios es el padre de la libertad: Él la ha bendecido, dándola al hombre y á las naciones.

Dicho esto, en general, sabido es que todo pueblo cristiano tenía sus derechos, sus franquicias, sus asociaciones, defendidas contra la arbitrariedad por una fuerza común puesta al servicio del mas pobre y del más pequeño.

En los buenos tiempos de la monarquía cristiana, ninguno se hallaba solo y desarmado en presencia de la soberanía.

Hoy las minorías, los débiles están desarmados, y á eso se le decora con el fastuoso nombre de libertad.

Hubo otros tiempos en que los reyes, llamándose muy católicos, arrebataron á los pueblos sus franquicias: parece que los pueblos no eran muy dignos de ellas; pero tampoco los reyes lo eran de su corona, y sobre todo del nombre de católicos.

Aquello nos trajo esto; hubo un rey que dijo: EL ESTADO SOY YO. Al decir esto, la monarquía cristiana dejó de existir.

Desde esa fecha, Jesucristo abandonó los tronos de Europa; y en su lugar fué colocado el racionalismo, más ó menos disfrazado, y con el racionalismo todos esos excesos de que el mundo ha sido testigo, teatro y actor.

La soberanía, al abusar de la veneración y obediencia que Jesucristo le comanicó, se destruía con sus propias manos, abría un abismo á sus piés y retornaba á la idolatría del Oriente.

Jesucristo descendió de los tronos..... después la monarquía cristiana no ha sido más que polvo lanzado al viento.

¿Se reformará la monarquía cristiana? ¿Será lo que Cristo quiere que sea toda autoridad? Es

muy difícil; aunque para Dios no hay nada imposible.

Quedan á mi ver satisfechos tus reparos, Ignacio; y vamos ahora con la cuestión palpitante de las órdenes religiosas respecto á las relaciones que éstas tienen con el Evangelio y con la legalidad, ya ha sido dilucidado con toda competencia por el Papa, los Obispos y el Sr. Buitrago: yo voy á considerarlas nada más, como quien dice, de tejas abajo, en sus relaciones sociales.

Es un hecho reconocido por todos que pesan sobre la humanidad, y la minan y encanceran tres grandes llagas: la miseria, la servidumbre y la corrupción.

Para esta asociación de males es menester reunir la comunidad de recursos, asociando á los hombres en el trabajo, los ahorros, los auxilios y la repartición; de otra manera, el mayor número será víctima de una minoría inteligente y mejor provista de medios.

Sin la asociación voluntaria, mientras el hombre esté aislado del hombre, no debe esperar otra cosa que la corrupción, la miseria y la servidumbre; la corrupción, porque solos, ante nosotros mismos y ante nuestros semejantes, ni tenemos quien nos dirija, ni tampoco quien nos mueva, estimule ó contenga.

Solos, las energías más poderosas del alma se debilitan y adormecen: se imponen las debilidades.

Solos, somos impotentes para defendernos contra las cosas más insignificantes: se impone la servidumbre.

Solos, no podemos defender nuestra existencia contra todos los enemigos interiores y exteriores: la mayoría de los hombres nacemos en condiciones muy poco favorables para defendernos, si no nos asistimos los unos á los otros, contra la comunidad de males, por la comunidad de recursos; solos, se impone la miseria.

De manera, que todo aquello ó todas aquellas cosas ó personas que nos mueven á esta comunidad (voluntaria por supuesto, porque el hombre no es una máquina), nos quieren muy bien; son nuestros verdaderos amigos, y si nos mueven, no sólo con palabras, sino con ejemplos, entonces su acción es más eficaz, y su mérito más grande, y su filantropía, su amistad, mucho más estimable.

La esencia de las órdenes religiosas está en esta comunidad voluntaria de bienes y de vida.

Quien quiera, pues, que persiga á estas instituciones, persigue á la humanidad; es reo de lesa humanidad.

Esta comunidad voluntaria de bienes y de vida, único remedio contra las tres llagas humanas, la miseria, la corrupción, la servidumbre, la Iglesia la ha proclamado en alta voz, tan alta, que la ha oído toda la tierra desde el día siguiente al de Pentecostés.

Y no sólo ha fundado esta comunidad voluntaria de bienes, tan necesaria para curar las tres llagas humanas, sino que ella hirió de muerte á la hipocresía de Ananías y Sáfira, que intentaban corromper aquella ley, apenas nacida.

Y esta Iglesia santa después, en el curso de los siglos, no ha cesado de llamar á sus fieles, con el señuelo divino de los consejos evangélicos, á la asociación, á la unión, á la comunidad de bienes y de vida, bajo todas sus formas y para todos los objetos.

La máxima constante de esta Iglesia divina ha sido asociar, unir, para santificar y proteger; así como, desde hace tres siglos, la máxima constante del racionalismo es dividir para dominar, para tiranizar.

De las muchas miserias, que al presente afligen á los pueblos, la mayor es sin duda la miseria económica: tenemos muchas necesidades y muchos más deseos, y pocos bienes: sería por consiguiente, aún económicamente hablando, un

alto pensamiento. el disminuir los deseos, y multiplicar los bienes y repartirlos equitativamente.

Pues esto es lo que enseñan con la palabra, y sobre todo con el ejemplo, (el predicar es más fácil, el dar trigo ya es más difícil) los Institutos religiosos.

En ellos se asocian, por el sentimiento más profundo del corazón humano, el sentimiento religioso, la gran capacidad con la pequeña, el opulento con el pobre, el fuerte con el débil; de manera que en los Institutos religiosos los inconvenientes están compensados con todas las ventajas, de donde resulta una fraternidad, una asociación, una repartición libres, á la par que equitativas.

Cualquiera que haya visitado uno de estos Institutos religiosos, por preocupado que haya ido, ¿habrá rehusado á estas obras de Dios, por lo menos un cuarto de hora de fe y de admiración?

Dígase lo que se quiera de los religiosos, nadie podrá negar el siguiente hecho, que se impone á todos los dicharachos. El hombre que entra religioso, da por un poco de pan todo su sér; los hombres que esto hacen, son hombres superiores con la más alta superioridad; son superiores á su propia personalidad. ¡Qué sublime abnegación!

Entre nosotros hasta en la familia, entre los intereses más santos, se respira un egoísmo que sofoca: entre los religiosos cada uno hace profesión, y así se lo pide á Dios de continuo, de no poseer nada, ni aun su voluntad; y todos desean, ó deben desear, ser los más pequeños y los últimos.

Por lo que hace al acrecentamiento de bienes, la naturaleza, bajo la mano del fraile, se ostenta pródiga.

Dios, que trabaja siempre con el hombre, bendice el sudor de la fraternidad; y hasta la naturaleza se muestra celosa de unirse á Dios y al hombre.

Hay que deseugañarse: para que sea el trabajo fecundo, es menester que trabajen juntos Dios, el hombre y la naturaleza.

Hoy se dice, y con verdad, que el trabajo libre produce más que el trabajo del siervo y el del esclavo.

El hombre que quiera llegar á la meta de la fecundidad, que trabaje con Dios y con la naturaleza.

Decía San Ignacio de Loyola: «Antes de hacer una cosa, encomiéndala á Dios tanto, como si tú no pudieses nada; después, haz tú tanto como si Dios no existiese.»

Que se disminuyen en las Religiones los deseos, esto se deduce de lo dicho y del hecho probado, de que los religiosos se mantienen cada uno con tres reales diarios.

Y luego el alto principio económico contenido en la frase vulgar: La olla de San Francisco lo mismo da para cuatro, que para cinco.

Aun no es todo esto: los Monasterios aligeran las familias; por regla general cada fraile saca de la familia, ya un cura, ya una monja.

Los frailes no heredan: estos muertos voluntarios acrecen el patrimonio de los vivos privilegiados.

Hoy va siendo pavorosa la cuestión de la población; todas las clases están llenas y colmadas de personal: para resolver este problema, hay quienes acuden al crimen, á las leyes... y á mil medios, y la cuestión está resuelta, dando libertad á la vida cenobítica.

Te hablé, mi querido Ignacio, hace poco de tres llagas sociales, y vimos que las curaban los Institutos religiosos.

Ahora vamos á ver cómo satisfacen cinco necesidades que sentimos todos, ó casi todos.

Todos necesitamos verdad.

Todos necesitamos consuelo.

Todos necesitamos educación.

· Todos necesitamos ayuda en nuestras enfermedades, y sobre todo en la muerte.

· Y todos vamos á necesitar luego que la espada y la Religión, unidas, nos defiendan contra la barbarie y el salvajismo racionalista.

A ello, y por partes.

· Las clases superiores, minoría insignificante, tienen la verdad en los libros, en los profesores bien retribuidos y muy honrados, y en las Academias rumbosas y en los Ateneos floridos y perfumados.... libros, profesores, Ateneos y Academias que el pueblo paga á los ricos.

· Pero el pueblo, el pobre pueblo, hijo de Dios, más hijo de Dios que las clases superiores, por la majestad de su número, por la majestad de su desgracia, y por la majestad de su trabajo, y por la majestad de su saber, y por la majestad de sus virtudes... ¿quién llevará la verdad á ese pueblo, á las pobres almas de los campos, tan dispuestas á encorbarse hacia la tierra, como su cuerpo... quién las amará tanto y quién sabrá tanto, que pueda, quiera y sepa tener á esas pobres almas en pie ante la faz augusta de lo verdadero, de lo bello, de lo santo, de lo que arrebató al hombre y le da valor, para vivir la vida andrajosa, estrechísima, laboriosa, apenada, del pueblo?

El pueblo pobre necesita ENSEÑANZA GRATUITA, libros vivos, fe viva, bocas de oro, profesores que no traigan de lejos la demostración de lo que enseñan; que se vea en su misma vida; y sobre todo, que el amor demuestre al pueblo ser verdadero lo que se le enseña.

¿Dónde están esa enseñanza y esos profesores? La Iglesia ha dado muestras de ellos en un San Ignacio de Loyola, en un San José de Calasanz, y en tantas fundaciones para la enseñanza popular y gratuita: después los hombres todo lo han adulterado.

Allá en la Edad Media, la Iglesia consiguió en Alemania que los monasterios de Julda de Reichenau y de S. Galo se distinguiesen entre todos los demás por su actividad literaria.

Los monasterios de mujeres rivalizaban con los de hombres en su amor á las letras. Roswitha de Ganderseim probó muy cumplidamente que las mujeres competían con los hombres en cultura intelectual.

Por aquel tiempo era un proverbio muy extendido: «Un convento sin biblioteca, es un castillo sin sala de armas.»

Las escuelas episcopales de Francia han sido célebres por mucho tiempo, especialmente las de

París, Orleans, Cambray, Chartres, Reims, Toul, Chuny y otras.

Las escuelas de las Catedrales, como las de los Conventos, estaban abiertas, PARA TODO EL MUNDO.

Eran gratuitas; pero sin la insensatez de ser obligatorias..... un BENEFICIO á PUÑETAZOS..... áteme V. Sr. R..... esas dos moscas por el rabo ¡son el demonches estos racionalistas pingados de católicos!

Según atestigua el abate Guibert de Nogent, en aquellos tiempos de la Edad Media, bárbaros sí, pero no racionalistas, no había en Francia un pueblo que no tuviese escuela.

En una Capítular de Carlo. Magno se dice: «Presbiteri per villas et vicos scholas habeant; et cum summa charitate parvulos doceant.» Qué lástima de otro Carlos Colosal, que Magno era poco!

LA INSTRUCCIÓN PARA TODOS! Tal es la divisa que los rebeldes de estos tiempos han puesto en su bandera.

El gran Pontífice Inocencio III fué el primero que pronunció esta frase de «la instrucción para todos» frase eminentemente cristiana.

El cristianismo ha hecho algo más que proclamarla; la ha puesto en práctica.

La Iglesia fué, es y será corta en palabras, y muy larga en obras: así es la Bondad: obras son amores..... aunque de todo se necesita; pero más, de lo que menos hay, que es caridad.

Y basta esto, para conocer el espíritu de la Iglesia.

El segundo servicio gratuito y popular, que necesita el pueblo, es el servicio del dolor.

Dicen los Metereólogos que cada año cae del cielo una cierta cantidad de agua: del corazón del hombre cae también una cierta cantidad de lágrimas.

Si leemos la historia del hombre con alguna atención, veremos que el dolor es su primera y última palabra.

Todo se ha ensayado contra el dolor; pero el dolor sigue siendo el rey del mundo: nadie, ni los reyes ni los pontífices, se ha librado de caer bajo su cetro.

Jesucristo lo transfiguró, lo disminuyó; pero no lo destruyó: Él fué el Rey de los Mártires.

Pues bien; así como hay la comunión de los Santos, existe la comunión de los dolores: todo hombre que sufre *voluntariamente* en el mundo, quita con su sufrimiento una parte de dolor á otro: todo hombre que ayuna, da pan á un necesitado; todo el que llora á los piés de Cristo,

quita cierta cantidad de amargura de las entrañas de un infeliz, á quien quizá no conoce, pero que le será revelado en Dios; y esto en fuerza del universal principio de que hablamos antes: que cuando llueve mucho en una región, llueve menos en la comarca vecina.

¡Oidlo, dichosos! viendo el pobre sufrir voluntariamente á otro, ya mira el dolor con vista más firme y menos indignada.

Al ver el pobre al Capuchino con tosco sayal y los piés descalzos, adquiere de la pobreza una revelación que la cambia á los ojos de su inteligencia, y embalsama su alma, y le da una energía que no le dará ningún otro espectáculo.

¡Dichosos!! permitid al Capuchino que dé al pobre pueblo ese admirable espectáculo... siquiera porque el pobre pueblo os perdone á vosotros vuestra dicha.

¡Dichosos!! permitid al mendigante que pida una limosna, para que el pobre pueblo aprenda que se puede pedir una limosna sin perder la dignidad y la alegría.

Vamos á otra cosa: todos necesitamos educación, porque el corazón del hombre está inclinado al mal desde su niñez; nuestra naturaleza es muy rebelde para el bien.

Pero el pueblo la necesita más que nadie.

Primero, porque el pueblo es la fuente permanente de renovación social: sin educación el pobre pueblo, encorbado hacia la tierra por el trabajo, no será más que un fondo, un cenagal podrido por el más abyecto materialismo; ya se va viendo y tocando esto.

Además, la suerte del pueblo es más dura que la de los afortunados, y luego no tiene medios de cultura y de civilización.

El pueblo necesita, pues, de un preceptor digno de su majestad; enseñar, educar al pueblo es una de las mayores necesidades del orden social.

¿Y qué condiciones deben adornar al maestro, digno de la majestad del pueblo?

Para enseñar al pueblo, para educarle, para un tan gran cargo, se necesita instrucción suficiente; pero más, muchísimo más, se necesitan costumbres puras, fe sincera y una autoridad respetada, una virtud HEROICA.

Las Ordenes docentes han provisto á esta grande y soberana necesidad, dando al pobre una enseñanza que no le cuesta nada, ó casi nada, y que es tan digna de un hijo de la patria, como de un hijo de Dios.

Sr. Conde de Romanones, Ministro de Instrucción pública: cuando el Espíritu de Dios descienda sobre esta agitación inmensa social, que

todo lo conmueve, vendrá la gran renovación, que todos presienten y desean: seguramente de la Iglesia ha de nacer esa gran renovación, y seguramente comenzará por la enseñanza y educación GRATUITA del pueblo, explotado de todos y despreciado de todos.

No niegue V. E. su amparo y protección poderosa á los AMIGOS DEL PUEBLO.

No se consigue nada, ó muy poco, con la enseñanza gratuita... ¿pero la va á pagar V. E. de su bolsillo?

Ni con la enseñanza obligatoria..... ¿Para quién? ¿para los maestros? En general, lo que se procura es ganar mucho y trabajar poco. Señor Ministro, para enseñar y educar, se necesitan virtudes públicas heroicas, y..... vamos, hasta ahora, que yo sepa, no han canonizado á ningún maestro; y eso que ¡ayunan!

...¿Obligatoria para los padres? Eso es desconocer por completo las necesidades de nuestros labradores

¿Y entónces? Dé V. E. libertad á los institutos religiosos, y seguramente ellos resolverán el problema.

Además de los servicios de la verdad, del dolor y de la educación, el pueblo reclama aún el servicio gratuito de la enfermedad y de la muerte.

Dicen las estadísticas, que en París muere la tercera parte de la población en los hospitales, y en Madrid la vigésima; pero como Madrid va *européizándose* portentosamente, llegará á barbear á París...

Pero hablando en serio, porque la muerte de verdad es muy seria: viviendo como vivimos, en tiempos tan agitados, todos debemos temer por nuestro último momento.

Nuestro último momento, querido Ignacio, es un terrible momento, el momento de la muerte, el momento de parecer cara á cara ante Dios...

Esto espanta, y es más espantoso para un hombre solo, abandonado en un hospital, frente á frente con su conciencia, frente á frente con la eternidad.

¡Dentro de un instante voy á ver la eternidad!

Se crea ó no se crea, la eternidad es un horroroso abismo.

Para sostener al hombre moribundo sobre este horroroso abismo, necesitase toda la virtud heroica de una Hermana de la Caridad.

Perseguir á la Hermana de la Caridad, es perseguir la muerte del pueblo, y dadas las vicisitudes de los tiempos, ¿quién sabe? pudiera ser perseguir la muerte de algún Ministro, que puede necesitar estos Asilos para su último momento.

El último servicio gratuito que necesita el pueblo, es el de la sangre. ¡Que lo digan sinó las madres!

El soldado, creo yo, debe ser un hombre; pues el soldado forzoso no es hombre, es una máquina, y una máquina sin aceite.

El soldado forzoso no piensa en la patria, ni se entusiasma con las batallas; sólo piensa en el rancho.

Tampoco á los políticos de allende les va quedando otra víscera sana que el estómago.

Los cuarteles forzosos son los pulmones que asfisan la vida social.

Hubo un tiempo en que los cuarteles estaban bastante peor que los actuales forzosos; la Iglesia ensayó un remedio, instituyendo esas famosas órdenes militares, caballeros de San Juan de Jerusalén, caballeros del Temple, caballeros teutónicos y otros.

La historia ha consagrado á las órdenes militares, páginas que no borrará jamás el tiempo.

Nuestras brigadas y nuestros regimientos valdrán tanto como las santas cohortes y la caballería cristiana.

Pero ¡oh Sr. Ministro de la Guerra, Sr. Weyler! pueden llegar tiempos en que sea otra vez necesario unir la espada y la cruz contra la invasión

de la barbarie racionalista, y entonces, oh general, la Iglesia no faltará á su deber seguramente.

Y tampoco faltará al suyo el..... padre amantísimo, el modelo de esposos, el cumplido caballero, el amabilísimo amigo, el aguerrido soldado, el militar sin tacha y sin miedo..... EL SALVADOR DE LA PATRIA..... me refiero al Sr. Weyler, hoy exministro.

Querido Ignacio, te abraza,

A. ORDÁS

Párroco de la Virgen del Camino
De las Facultades de Teología y Filosofía y Letras

NOTA.— Por razones de gran consideración, abandonamos hoy el pseudónimo.





CARTA 14

— Mi querido Ignacio: Recibo en este momento tu favorecida, que ciertamente me ha sorprendido algo, al ver que tú, como algunos otros, disculpas al racionalismo, descargando la culpa, ya en esto, ya en lo otro, y en lo de más allá.

Tú confiesas lo que no puede nadie menos de confesar, porque es un hecho que se impone; tú confiesas que Europa se parece á un volcán que ahora arroja lava, y por lo menos humea en los intervalos de las erupciones; y aun cuando por momentos parezca tranquila, todo el mundo siente que duerme sobre una tierra, cuyo reposo no es tampoco más que un sueño.

Y luego explicas este horrible estado culpando á la envidia de raza, de pueblos y de naciones.

En ninguna manera esa es la causa: tú has convenido conmigo en que la fraternidad es la palabra de moda.

Todos los pueblos se llaman desde una á otra extremidad de la tierra; cubren los mares con

sus pacíficas naves, para buscarse; surcan la tierra de hierro, para reunirse. y toman alas de fuego, para andar más veloces.

Las preocupaciones nacionales, de día en día se van debilitando: las cartas recorren todos los continentes, y van más allá de todos los mares y de todas las riberas; y los periódicos de todas las naciones circulan como cartas de pueblo á pueblo.

No está la guerra entre los pueblos.

También me indicas en la tuya, que la guerra está entre los pueblos y los reyes, es decir, entre la república y la monarquía.

Tampoco, mi querido Ignacio, está la guerra ahí: esta guerra de que hablamos está en las entrañas de la sociedad; y las formas de gobierno son cosas accidentales.

Además ya te he dicho que lo mismo en la república, que en la monarquía, el gobierno real fué, es y será el gobierno de dos ó tres: mira si son bien accidentales las formas de gobierno.

Dicesme también que la lucha presente está entablada entre la tiranía y la libertad.

Tampoco es eso: en Bélgica las instituciones son libérrimas, y se ejecutan con la más fiel sinceridad; sufragio, jurado, libertad, imprenta, es igual para todos en Bélgica: no hay caciques

para las elecciones y para la administración de justicia, ni monigotes para el jurado, ni partidas de la porra para las elecciones.

Y sin embargo, amigo Ignacio, en Bélgica, como en todas partes, luchan dos partidos; y es claro, luchan en profundidades, donde no se trata de la libertad ó de la tiranía.

Desengáñate, Ignacio; la agitación, que conmueve sordamente los pueblos, lo mismo aquellos gobernados con formas monárquicas, que los otros de formas republicanas, esa agitación, esa guerra procede de más alto que los pueblos y los reyes, esa guerra está empeñada entre las dos formas de nuestra inteligencia, la RAZÓN y la FE.

A un lado, guerrea la Iglesia por la fe; en el otro, está la razón, ó mejor el racionalismo.

Fe y razón: poderes tan antiguos como el mundo; pero que hoy se lo disputan con mayor empeño que nunca, porque los dos han llegado á un punto de fuerza interna y externa tal, que exige una solución.

Tenemos de esto mil ejemplos: el más memorable es Cartago y Roma.

¿Quién vencerá? El poder católico viene de Dios, y en Dios se apoya.

El poder racionalista también tiene altos prin-

ecipios: viene del demonio por todos aquellos que imitan su orgullo.

Qué enseña el poder católico? Su dogma es que la humanidad no se basta á sí misma en ningún orden de cosas; y esto es claro, el hombre es de suyo limitado, y además está caído, ¿cómo ha de bastarse?

Qué enseña el poder racionalista? Su dogma es que el hombre se basta á sí mismo en todo orden de cosas.

¡FUERA CURAS! ¡ABAJO LA IGLESIA! Aquí está todo el racionalismo.

Claro, que no todos los racionalistas lo son del mismo modo, y no todos tienen conciencia clara de sus deseos, ni del fin, á que tiende de suyo el racionalismo.

La mayoría de los hombres caminan á bulto, y piensan que el universo se ha de parar en el momento y punto en que se hallen ellos fatigados.

¡Inocentes! Los principios ni se cansan ni se detienen, sino en las últimas consecuencias.

Para juzgar, pues, un poder debe pesarse su principio, ver las consecuencias realizadas, y de éstas deducir las que saldrán de él inevitablemente.

El racionalismo separa al hombre de Dios;

pero el racionalismo sabe muy bien que toda doctrina que no da al hombre lo infinito, debe perecer infaliblemente: y suelta todas las concupiscencias y santifica todos los apetitos, concentra al género humano sobre sí mismo; y luego lo deja caer, á peso, sobre la materia, para que se enfangue y se asocie con ella.

De suerte que el racionalismo es egoísmo, separación, división, lucha, guerra.

Al contrario, el catolicismo es abnegación, sacrificio, unidad.

Sí, Ignacio, sí; lo reconozco: entre la unidad que quería Cristo cuando decía: «Oh Padre, que todos sean uno, como lo somos Tú y Yo» hasta la guerra y la anarquía que quiere Satanás, hay una gradación casi inmensa y necesaria para nuestro estado de prueba y de merecimiento.

Si Dios apareciese, iríamos todos tras Él necesariamente: no habría prueba ni merecimiento.

Y si el error ó Satanás apareciese, huiríamos de él necesariamente; pero tanto el bien como el mal, progresan incesantemente.

Pero esta gradación no empece para que Dios sea unidad; y que Satanás sea desorden, separación, egoísmo, anarquía.

El poder católico está, pues, cimentado en la unidad.

El poder racionalista radica en el egoísmo. La unidad es la más admirable de todas las cosas, y esto en todos los órdenes.

La unidad es aquello por lo que todo vive, todo se conserva, todo se renueva y perfecciona.

Dios mismo es la unidad en todos sentidos: por la unidad de esencia, es espíritu; por la unidad de tiempo, es eterno; por la de lugar, es inmenso, y así de todos los demás atributos.

Pero esta unidad de Dios, como toda unidad, es sumamente fecunda; pero sin que, por esta expansión de ella misma en sí misma, pierda nada de su inmutabilidad.

Como todas las cosas han sido formadas por Dios á su imagen y semejanza, todas han recibido de él, en diversos grados, el poder de la unidad, y su muerte es segura cuando los seres cesan de poseerla en la medida que la necesitan, según su mayor ó menor perfección.

Las plantas, las flores, los árboles no son otra cosa que fuerzas unitarias que se atraen y se incorporan otras unidades inferiores, tales como el agua, el aire, la luz, etc., las cuales se descomponen en otras unidades subordinadas, hasta llegar á esas unidades latentes que llamamos elementos, pero sin saber qué cosa sea lo que denominamos elemento.

La unidad, que es la forma del sér, es también la forma de la verdad; y así como la falta de unidad en los seres es la señal de la muerte, así la falta de unidad en la verdad es la señal infalible del error.

No quiero, amigo Ignacio, decir con esto que la unidad sea el sér, y la verdad en sí, como la unidad tampoco es en sí lo bello; pero es su forma necesaria la condición, sin la cual no hay sér, ni verdad, ni belleza, y, por consiguiente, ni vida, ni inteligencia, ni amor.

Apliquemos ahora esta doctrina al poder católico: siendo la unidad la forma ó la condición del sér, de lo verdadero y de lo bello, causa del amor, y esto en todos los órdenes posibles, desde el elemento hasta el mismo Dios, Jesucristo y sus más perfectos servidores, los católicos, nada mejor, ni más poderoso, ni más dichoso, podían pedir y procurar para los hombres, sino que todos fueran uno entre sí y uno con Dios.

Tiene el poder católico esta fuerza atractiva: la tiene en su organismo, y la tiene en el fondo de sus entrañas.

La tiene en su organismo, porque si bien Jesucristo permanece siendo desde lo alto del cielo el vínculo misterioso de su Iglesia tiene en este

mundo un Vicario, su lazo visible, su oráculo viviente, su unidad madre y maestra.

Y la tiene en sus entrañas por la abnegación, el sacrificio, la cruz, fuente de todas sus virtudes.

Y hagámoslo notar: esta maravilla de la unidad tiene su asiento en la ciudad edificada con los despojos del universo, en Roma, centro de las cosas bajo sus dos formas principales, la materia y el espíritu; por don le todas las glorias han pasado, y á donde todas las glorias han ido .. Roma es el concilio de todos los recuerdos.

Veamos ahora cómo el poder católico tiene esta unidad, condición de todo ser, de toda verdad y de toda belleza.

Pero, antes que se me olvide, voy á decir cuatro palabras sobre el egoismo, que procura promover á toda costa el racionalismo; el pan-egoismo de Fickte es bien conocido de todos; y de ese pan-egoismo procede por línea recta el presente anarquismo: esto lo reconocen los mismos racionalistas videntes, siendo de notar que este pan-egoismo arranca del principio protestante.

Pues bien; el egoismo es un vicio tan enemigo de la humanidad, que les es imposible á los egoistas mostrar su egoismo.

Aunque el hombre sea el genio más sublime; aunque lleve la frente aureolada con toda la glo-

ria imaginable; si sobre esa frente aparece el estigma, la cicatriz maldita del egoísmo, ese hombre será odiado de todos

Para llevar el genio y la gloria dignamente, es preciso llevarla sin dejarse deslumbrar por ella, y pareciendo aun más grande que el mismo genio y la misma gloria.

Pues los racionalistas, por lo común, no aspiran, como lo general de los hombres, á la primacía de nacimiento, de fortuna, de genio, de poder, el racionalismo, capaz de desdeñar todo esto, eleva más alto sus humos, coloca su trono sobre las estrellas, y verá, sin admirarse, el día en que por una consecuencia lógica se considere y estime á sí mismo, Dios, Dios.

El racionalismo es hijo de aquel soberbio que quiso poner su trono sobre el trono del Altísimo.

Y en ese soberbio espíritu reside la paternidad de esa maravillosa división de los entendimientos en la tierra, sin que jamás poder alguno, sino únicamente el poder católico, haya realizado la obra superhumana de la unidad intelectual, base necesaria de todas las demás unidades, sin las cuales no hay sociedad...

La última palabra del racionalismo, cansado de toda unidad, ha sido la siguiente: «¡Viva la

anarquía! La división de los entendimientos es nuestro bien.»

¡Atrás, quien quiera constituir una sociedad de entendimientos! Toda unidad es un lazo, todo lazo una carga, toda carga una servidumbre, toda servidumbre el colmo del oprobio y de la desgracia.

Y realmente considera la división de los entendimientos de tejas abajo, y bien ponderadas las fuerzas cismáticas, que en su seno lleva nuestra naturaleza, tiene razón el racionalismo.

Primeramente hay que confesar de plano que nunca ningún sabio ni ningún filósofo han podido constituir el imperio de la verdad: en esto han sido más desdichados que los conquistadores que han fundado las naciones.

Y son muchos los sabios y los filósofos que lo han intentado, empiendo para ello todos los procedimientos imaginables.

Desde la más remota antigüedad, todas las grandes almas aspiraron á fundar la república de los entendimientos.

Pitágoras, en la paz y alegría y amenidad de los valles deliciosos de la Gran Grecia; Sócrates, bebiendo la cicuta de manos de su vana, voluble y ligera patria; Platón, paseándose escoltado de oyentes á lo largo de las escarpadas crestas del

cabo Sunio; Confucio, bebiendo la luz en la misma fuente del Oriente... todos estos genios ¿qué querían, qué intentaban?

Intentaban, no ya crear naciones trazadas con la espada, construcciones siempre tan frágiles como estrechas, sino edificar la basílica de las inteligencias, fundar la unidad intelectual, levantar lo presente y lo futuro sobre la base granítica de un pensamiento común, para que la humanidad marchase por el océano de la vida, como marcha por la mar la nave que, desatada del puerto por una mano poderosa, boga sin miedo, á abordar todas las riberas.

Y este ha sido siempre el sueño dorado de todos los grandes hombres, ningún sabio, ningún filósofo, ningún legislador, digno de este nombre, ha habido que no haya pensado en la unidad de los entendimientos, y hoy más que nunca (porque más que nunca lo necesitamos) todos los grandes pensadores miran temblando el suelo en que vivimos, y se preguntan ansiosos, si al fin se presentará una solución equitativa, á cuyo alrededor venga toda la humanidad á abrazarse y á descansar.

Pero no sólo lo han pensado, sino que han puesto en práctica los tres procedimientos que pueden idearse para realizar la obra.

Unos han buscado, en el tesoro primitivo de nuestro entendimiento, el germen de toda ciencia, de toda verdad y de toda unidad.

¿Qué ha dicho la realidad sobre este procedimiento? porque la realidad es la que decide de todo.

Pues lo que con este procedimiento llegaron á fundar Pitágoras, Sócrates, Platón, Confucio, fueron únicamente escuelas, y nada más, y nada más.

¿Y qué es una escuela? Varios chicos reunidos alrededor de un maestro, y digo chicos, porque á los cuarenta años ya no hay ningún hombre que sea discípulo de otro hombre.

Vamos con el otro procedimiento que se ha ensayado para levantar el templo intelectual.

Vieron grandes hombres que la unidad de los entendimientos era, en absoluto, necesaria.

Y en verdad que mientras un pueblo no es uno por el pensamiento, no es un pueblo, sino un barrio de comerciantes, un castro de judíos, un montón de deseos y de cuerpos.

La unidad de los entendimientos es la sociedad misma; y por consiguiente, es preciso crearla entre los hombres, á toda costa y por todos los medios.

Los hombres eminentes de este procedimiento

(los bramas, los mahometanos, los paganos) se dijeron: la libertad y el raciocinio desunen las inteligencias en lugar de asociarlas, ¡fuera libertad y abajo el raciocinio! lo primero de todo es vivir; y la vida es imposible sin la unidad de los entendimientos.

Así han procedido, además de los bramas, mahometanos y paganos, Minos, Licurgo, Numa, todos los grandes legisladores de la antigüedad. Por este procedimiento había sin duda unidad de ideas; pero esta unidad era producto de una sentencia forzada; había sido impuesta al espíritu humano; había sido encadenada por la violencia y el artificio de las instituciones.

Faltaba, por tanto, á esta violenta unidad, la libre aceptación de la inteligencia: le faltaba el aire, la luz, el movimiento, la vida.

Si á esa unidad se la saca de la indigna prisión, en que la retiene la mano ferrea de la autocracia, no podrá sostenerse, vacilará á la puerta; y al primero y necesario contacto de cualquiera inteligencia, la discusión la desvanecerá, como se desvanecen al menor soplo de una boca viviente esos cadáveres, que parecían enteros y firmes, al abrirse el sepulcro.

La ciencia ha convertido este procedimiento en polvo sin forma y sin recuerdo.

El tercer procedimiento, el del justo medio llamémosle así, ha tomado para la unidad de los entendimientos, del racionalismo, el elemento de la razón y de la libertad; y de la autocracia, el elemento sobrenatural, ó que pretende serlo.

Ha habido de este procedimiento muchas tentativas; de todas ellas la más famosa es el protestantismo.

Lutero puso, como piedra angular de la unidad, el Evangelio, colocándole bajo la guarda de la razón y de la libertad.

Resultado; porque hemos convenido en que la realidad decide de todo: pues el resultado del protestantismo á la vista lo tenemos: el más espantoso desorden que se ha visto jamás: por las obras los conoceréis, dijo Jesucristo.

Y después.... y después la fusta del Cosaco azotará las espaldas de esos soberbios; y éstos, incapaces de resistir á la primera unidad soldadesca que reuna un capitán afortunado, entregarán su orgullo á todas las ignominias de una obediencia sin límites; y su inteligencia tan íntegra adorará todas las brutalidades del dogma, nacido en las oficinas de policía, ó en las saturnales de un campo de pretorianos.

Únicamente la doctrina católica es la que ha

fundado la unidad de los entendimientos, base de la unidad de los pueblos.

La unidad de los entendimientos, repitémoslo, es la sociedad misma.

Sola la doctrina católica ha tenido bastante substancia divina, y bastante substancia humana, para fundar la sociedad de los entendimientos, sin sacrificar la libertad de la razón, ni la inmutabilidad de lo sobrenatural.

Sola la doctrina católica ha sido aceptada libremente por el pobre, por el rico, el ignorante, el sabio y el erudito.

Después de dos mil años, y á pesar de la movilidad del tiempo y de la mutabilidad del entendimiento, todos los doctores y todos los fieles católicos, tantos hombres de tan diversas facultades, sentimientos, pasiones, preocupaciones, tantos sacerdotes, obispos, papas, todos los concilios, todos los libros, tantos miles de millones de hombres católicos, todos... ¡la maravilla de las maravillas! todos han pensado y dicho siempre lo mismo sobre las enseñanzas del dogma y de las costumbres, cosas fundamentales, trascendentales, como que deciden de toda la dirección activa de las inteligencias que las profesan.

Y siendo una doctrina inmutable, como la católica, el privilegio más pesado para todos aque-

llos que no le tienen; y estando guardada por unos pobres ancianos, allá en el Vaticano ¡el prodigio de los prodigios! esa doctrina resiste al potente curso del tiempo, á los sueños de los sabios, á los planes de los reyes, á la caída de los imperios; y resiste, siendo siempre una, siempre constante, idéntica á sí misma.

Y no hay que decir que su flexibilidad sea la causa de su permanencia: es verdad, esta doctrina de Cristo tiene, como Cristo, una mansedumbre, una dulzura, una caridad inmensa: no hay enfermo, por desesperado que esté, al cual no tienda una mano compasiva; ni miseria, por horrible y repugnante que sea, que no se acerque á curarla; ni depravación, por profunda que sea, sobre la cual no eche una mirada amorosa y compasiva; ni crimen, por horrible que parezca, para el que no tenga una palabra de indulgencia y de perdón.

Pero, al lado de esta elasticidad, de esta flexibilidad divina, encuéntrase una firmeza granítica.

Quien quiera que se haya desviado de esa doctrina, inmediatamente ha sido herido con los anatemas de la Iglesia, sin que le haya servido de nada, ni la púrpura, ni el genio, ni la santidad.

Que hablen sinó Tertuliano, el más elocuente de sus oradores; Nestorio, el más elevado de sus

Obispos; y Constancio y Valente, los más poderosos de sus emperadores.

¿A qué se debe, pues, esa soberanía, que SOLA la doctrina católica tiene sobre los entendimientos, y que es necesaria para la vida de la humanidad, y que es la sociedad misma?

Nosotros reconocemos que ningún espíritu es soberano de otro espíritu.

Nosotros confesamos que es imposible, aun á Sócrates y Platón, hacerse un sólo discípulo, y con más razón un sólo súbdito.

Nosotros hemos afirmado que á la edad de cuarenta años ningún hombre es discípulo de otro hombre.

Luego la unidad de los entendimientos en la Iglesia es un fenómeno DIVINO, que no se puede explicar, sinó con la presencia perpetua del espíritu de Dios en medio de nosotros.

Dios ha dado al hombre la libertad moral, y á las naciones la libertad política; pero se ha reservado, para Sí, la soberanía intelectual.

Y creemos más; creemos que cuantos ensayos se hagan por los hombres, para apoderarse de esa soberanía, que es la vida de la humanidad, que es la base social, que es la sociedad misma, no llegarán jamás, sino a la servidumbre de las

almas por la autocracia; ó á su ruina y pulverización por la duda y la negación.

¡¡Y nuestros racionalistas han roto *esta unidad católica y le consagran todos sus odios!*

¡Desdichados! Nosotros contemplamos la tempestad sin palidecer; nos iluminamos con el rayo que cae sobre el templo; y esperamos en Dios, que esa Unidad Católica, siempre asaltada por imitadores armados, quienes con la ciencia, quienes con el casco, ha de levantarse gloriosa, para pasar ilesa por en medio de las maquinaciones de sus enemigos; y que SEGURAMENTE ha de ver deshacerse en humo las esperanzas de la rivalidad racionalista, que no la persigue siempre, sinó para coronarla siempre. ¡El mal es obrero obligado del bien!

He terminado mi propósito, amigo Ignacio; sólo me resta declararte, para descargo mío, y satisfacción tuya, que cuantas ideas te he comunicado, he procurado tomarlas de eminentes doctores católicos, usando hasta de sus mismas palabras, cuando me ha sido posible.

Te abraza,

A. ORDAS

Párroco de la Virgen del Camino

De las Facultades de Teología y Filosofía y Letras



CARTA 15, adicional

Querido Ignacio: No pensaba poner la pluma más sobre el asunto este de nuestra correspondencia; pero tu larga epístola, repleta de anotaciones y reparos, hasta graves algunos, me fuerzan á poner las tildes sobre las ies y enderezar algo, que no parece muy derecho.

Comienzas la tuya sacando á cuento y á flote las dos ideas sobre que tú dices está fundada la sociedad moderna.

Es la primera de estas ideas, que no existe entre los hombres otra distinción seria, que la distinción del mérito personal; y que ni el nacimiento, ni la fortuna, ni los empleos públicos hacen nada para elevar al hombre, si él mismo no se eleva por su capacidad, sus servicios y su virtud.

La otra idea es que existen por encima de todos, aun por encima de la soberanía, y en favor de todos, derechos que no pueden ser retirados,

ni menospreciados, ni proscritos: derechos que no solamente son protegidos por la fuerza de la naturaleza y de la religión, sino también por la fuerza social de las leyes, de las costumbres y de la opinión pública.

Los modernistas, dices tú, veneran estas dos ideas, nutridas con las aguas y con los linzos de los presentes tiempos, como si fueran el arca sagrada del mundo actual.

Hay unos pocos hombres acérrimos enemigos de estas ideas, y que dicen contra ellas, tú lo confiesas, cosas notables:

Afirman resueltamente que reducir el hombre á su mérito personal, es convertir á la humanidad en un torbellino de polvo, sin vínculos y sin nombre.

El hombre no es un sér aislado, está unido á los demás por la sangre, que se trasmite; y por la fortuna, que también se trasmite; y por la historia que le une invenciblemente á todo cuanto le ha precedido.

Atacar la sangre, la fortuna y la historia es violar el instinto más fuerte de la naturaleza; y ofender hondamente el espíritu de familia y de tradición.

Los padres son excitados, con el recuerdo de sus hijos, á acrecentar su fortuna y su gloria; y

los hijos, con el recuerdo de sus padres, son inducidos á no descender de su rango en la opinión de los hombres.

Defender el derecho de los pueblos contra la soberanía, es elevar la libertad sobre la autoridad; y ponerlas en un conflicto perpetuo, por no haber quien decida en el debate.

Y por fin, estos enemigos de lo moderno, se desatan contra el oro, único título hoy para el ejercicio de los derechos cívicos; contra la ambición, que vende y compra las conciencias á cielo descubierto; contra el comercio, deshonorado por una bancarrota, que ni aún el pudor tiene por freno, y la vergüenza por castigo; y contra la obediencia sin amor, y el poder sin paternidad, y las costumbres actuales, que tienen, no el culto, sinó la hipocresía de la igualdad, libertad y fraternidad.

Y por remate de todo, y bajo este triste espectáculo, una tierra, que se agita, y conmueve como un volcán..... una tierra que gime..... y que espera.....

Bien, Ignacio bien, muy bien: estas acusaciones son tremendas: y luego añades que la lucha está ahí; nada de racionalismo, ni de catolicismo.

A un lado militan los modernos; al otro los

enemigos de lo moderno; muchos seglares, y muchísimos frailes, y algunos curas; y luego añade: hoy por hoy, nadie puede afirmar, quién vencerá á quién.

Yo respeto, Ignacio, tu parecer; pero me atrevo á afirmar que la victoria no será, ni para los modernos, ni para los antiguos; la victoria será para Dios solo.

La fulgurante revelación de las cosas, carísimo Ignacio, nos está diciendo, como has visto en mis cartas anteriores, que la vieja sociedad ha perecido, por haber arrojado á Dios lejos de ella...

Y la nueva se conmueve, vacila, espera, SUFRE..... porque no se ha empapado en Dios suficientemente.

Y esto es todo, querido Ignacio; y no hay más: seguramente que convienes conmigo.

Soltado este nudo, que era el más fuerte, para los demás no se necesita ciertamente la espada de Alejandro.

La desunión de las inteligencias la explicas tú, y con mucho acierto y no menor profundidad, por el objeto de nuestro entendimiento, que es la luz; y por el objeto de nuestros sentidos, que son las tinieblas; y por nuestro egoismo intelectual, y nuestra libertad.

Dices tú, y dices bien: nuestro entendimiento es luz; y sólo con la luz tiene relación.

Naturalmente y por sí el entendimiento no busca más que la luz, no conoce más que la luz, y no descansa más que en la luz.

Ahora bien, no hay doctrina con tanta y tal luz, que pueda satisfacer la sed infinita de luz que tiene nuestra inteligencia.

Sólo Dios es sin obscuridad: y sólo en este horizonte infinito se verá satisfecha de luz nuestra alma, y caerá de rodillas, para no levantarse jamás.

Y en esta vida ningún sabio, por osado é insolente que haya sido, ha podido disimular á ninguna inteligencia que se halla abierto un abismo de tinieblas, sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, á derecha, á izquierda, por todas partes.

Y de estos hechos deduces tú que los entendimientos en esta vida van á la ventura, semejantes á barcas desatadas de la ribera, y que bajan sin piloto sobre un mar sin horizonte.

Nuestros sentidos odian la luz y aman las tinieblas.

Es indudable que entre la verdad y el deber, entre el orden metafísico y el orden moral, existe una tan estrecha relación, que hace que las cues-

tiones de la inteligencia sean también cuestiones del corazón.

La lucha del bien y del mal ha sido reconocida en todas partes y en todos los tiempos.

Dios y el bien exigen de nosotros sacrificios, abnegación, dolorosísimos á nuestra debilidad, á nuestros sentidos y pasiones.

Y esta debilidad, y estos sentidos con sus pasiones, hacen un peso terrible en la lucha de las inteligencias: y para contentarlos, buscamos las tinieblas y las reunimos á nuestro alrededor.

Esclavizados por los sentidos, amamos más las tinieblas, que la luz; porque son malas nuestras obras, según dice el Evangelio de San Juan.

La otra causa de desunión es el egoísmo intelectual, según tú dices, es decir, cierta individualidad del entendimiento, que nos es propia á cada uno de nosotros.

Hay en la forma de nuestra inteligencia algo que nos es común, como en la forma del cuerpo: esto no obstante, cada inteligencia, como cada rostro, tiene su fisonomía propia.

Ningún entendimiento, como ningún semejante, es totalmente igual á otro: en virtud de este egoísmo natural tomamos á nuestra inteligencia como criterio y norma de todo pensamiento y hasta de la verdad; y nada nos parece

más sencillo que hacer de nuestro horizonte, el horizonte de lo infinito.

Y de aquí la inmensa variedad de opiniones, y de ver las cosas, y el cisma y la cisma de las inteligencias.

Todos queremos transformar la verdad en nosotros, y no transformarnos nosotros en la verdad.

Además de estas causas de separación de las inteligencias, hay otra acaso la más poderosa de todas, la libertad:

El hombre es libre contra el error, libre contra la verdad; puede todo lo que quiere.

Y por último, sacas la consecuencia de todo esto, comparando á las inteligencias humanas con esas nubes que pasan por el cielo, sin poder crearse en él ni un día de reposo.

Y por contera y remate de todo, colocas la exclamación que tú llamas muy natural: ¡No hay que maravillarse de la separación, diferencias, lucha y cisma de las inteligencias!...

Convenido, sí, convenido. Pero ¿qué? en el mundo de las inteligencias no ha de haber orden?

Pues si ha de haber orden, es menester un principio de la unidad; esto se ve en el átomo y

en el firmamento, en la familia y en la sociedad, en el grano de arena y en Dios.

Y esta unidad ha de ser tanto más poderosa, cuanto más enérgicos sean los elementos de discordia, que el ser uno alimenta en su seno.

Luego, existiendo el orden en el mundo de las inteligencias, á pesar de las espantosas fermentaciones que las remueven, dividen y hacen chocar unas contra otras, es evidente que esta unidad es superior á todo lo humano.

Y es evidente que la unidad católica, establecida por la Iglesia, es un FENÓMENO DIVINO que no se explica sino con la presencia perpetua del espíritu de Dios en medio de nosotros.

Gloria á Dios en los cielos, y PAZ en la tierra... á los hombres de buena voluntad.

Y con estas cosas se me había ido el santo al cielo, y ya se me olvidaba responder al otro reparo tuyo de suma trascendencia, y sobre lo cual muy pocos tienen ideas claras y fijas: me refiero al escrúpulo que te asaltó cuando leíste aquello mío «de que el hombre no se basta en ningún orden de cosas»: de donde tú inferías que Dios nos había formado imperfectos.

No, amigo Ignacio: Dios nos hizo criaturas porque no podía hacernos Dioses; y por tanto, limitados por mil partes: para remediar esta na-

tural limitación, añadió á nuestro primer padre su gracia, que es un sér divino... y lo demás que dice el Catecismo.

Adán y Eva cometieron la ligereza y la calaverada de preferir á esa gracia divina el gusto de una manzana... y de aquí nuestra casi infinita miseria, y mala inclinación, y una tan grande debilidad, que... si la naturaleza permanece SOLA en nosotros, no basta para darnos la felicidad, como no basta para darnos toda la verdad y toda la virtud que necesitamos.

Esta singular situación no ha dependido de un capricho de Dios: está en la esencia misma de las cosas, y se explica con una frase muy corta: El hombre no puede ser infinito, y no obstante está llamado á gozar de lo infinito.

Ten paciencia, querido Ignacio: esto es sobremanera importante, y hay que gastar algún tiempo en aclararlo y desenvolverlo.

Verás: la experiencia de sesenta siglos nos prueba que el hombre que se separa voluntariamente del orden sobrenatural, cae bajo sí mismo; y se halla tan falto de luces contra el error, como de fuerza contra las pasiones.

Alejado del orden sobrenatural, quédale la inteligencia, pero obscurecida; conserva la voluntad, pero como un resorte debilitado.

Nosotros no contenemos dos seres en nosotros, el uno natural, y el otro sobrenatural, sino que somos UNO.

Una sola persona, que es cada uno de nosotros; un sólo fin, que es Dios; con dos vías coordinadas, la natural y la sobrenatural, para llegar á Dios: este es el hombre.

¿Cercenamos por una prevaricación insensata contra nosotros mismos algo de estos dones?....

Incontinenti se desatará el nudo de nuestra unidad, seremos víctimas del desorden, y nuestro sér mutilado realizará imperfectamente el misterio total de sus funciones y de sus destinos.

Cuanto más alto lleve el golpe, más sensible será la caída: y como el orden sobrenatural ocupa la cima de nuestras facultades, quitar ó debilitar este orden, arrastra necesariamente en pos de sí una lamentable disminución de nuestro mismo sér natural.

No con esto quiero decirte, amigo Ignacio, ni con la frase que á tí tanto te alarmó «de que el hombre en ningún orden de cosas se basta á sí mismo» no quiero decir con esto que nuestra razón sea nada; y mucho menos que la filosofía sea una ciencia vana, como tú me indicas.

No, no; esto sería ultrajar á Dios, que nos ha dado la razón, y que nos ha permitido buscar

con ella las causas primeras, de cuanto ha creado.

Ni tampoco quiero decir, como tú me echas en cara, que el hombre sea incapaz de hacer ningún bien, en el orden puramente natural y moral, sin un socorro divino, que le eleve sobre sí mismo.

Esta doctrina, que tú quieres atribuirme, ha sido condenada por la Iglesia, aun respecto del hombre decaído, y con mayor razón del hombre primitivo, colocado en el estado de perfección por la gracia.

Nadie como la Iglesia ha mirado por los legítimos fueros y derechos de la razón.

Sí, sí, Ignacio; el hombre puede hacer algún bien en el orden puramente natural y moral, sin un socorro divino.

Pero tanta verdad es también, amigo mío, que ni la razón ni la filosofía, que es su término magnífico y supremo, bastan para penetrar la profundidad de las cosas, con las cuales se entrelazan nuestros destinos.

Para descender á estas profundidades, necesitamos una luz sobrenatural; y si esta luz nos falta, ó la rechazamos, no veremos lo que somos, sino por presentimientos oscuros, tales como se encuentran en los sabios de la antigüedad.

Además de la luz, tiene otro elemento la vida humana, de que necesita para ser perfecta en mayor grado todavía que la luz misma de la inteligencia.

El hombre ha sido colocado por Dios entre el mundo de los cuerpos y el mundo divino; tocando al primero por los sentidos, y al segundo por la gracia.

Nos solicita el cielo, y nos solicita el infierno.

¿Adónde nos inclinaremos en fuerza de nuestra propia naturaleza?

La historia de los mejores hombres que ha producido el paganismo, ha quitado el velo á la profunda miseria del hombre, que no es auxiliado con una fuerza superior al orden natural; y que no ha sido purificado al contacto de un elemento divino.

¡Ni uno solo hay de quien no haya tenido que ruborizarse la sabiduría humana!

Y este hecho justifica la terrible frase de un hombre célebre: «Si fuera preciso elegir entre ser conocido enteramente, ó ser enteramente desconocido; NO HABRÍA HOMBRE QUE NO PREFIRIERA SER ENTERAMENTE DESCONOCIDO.»

Únicamente los Santos de la sola clase de hombres, que nada tiene que temer de que su vida sea iluminada con una claridad total.

Y los Santos son aquellos hombres cuya naturaleza ha sido sostenida y transformada por la gracia.

Hay otra cosa, Ignacio; hay otra cosa: como el fin del hombre es Dios, esta vocación infinita he abierto en el hombre un abismo, que sólo Dios puede llenar.

Aunque la naturaleza llegara á echar en ese abismo toda su inmensidad, haría en ese abismo, abierto en nuestra alma por nuestra vocación infinita, un efecto parecido al de la piedra arrojada á un gran lago: el lago se abre; la recibe; se estremece... y sigue siendo lago, como antes.

Estas pocas palabras bastan para explicar cómo no puede el hombre prescindir enteramente de la gracia, aun en las operaciones de la naturaleza.

Y para que no me digas que yo, como sacerdote, arrimo el ascua para mi sardina, he de decirte que, así como la naturaleza necesita de la gracia, aun en las operaciones de la naturaleza, así también la gracia, el orden sobrenatural necesita de la naturaleza, aun en las operaciones de la gracia: hablo del hombre.

Como la gracia realiza en el hombre una comunicación, ó transfusión, ó compenetración del sér creado con el sér increado, se necesita que el

sér creado posea una naturaleza que llegue á ser la morada de los dones de Dios.

Por otra parte, la acción divina no podría obrar sobre el hombre, ser libre, si éste libremente no concurre á la gracia por un acto natural de su propia soberanía.

Si Dios, llevado de su omnipotencia, se apoderase del hombre, sin que el hombre lo quisiera, el orden sobrenatural sería la ruina del orden moral: nuestra elevación sería nuestra perdición.

De manera que la gracia no obra, sino sobre la naturaleza, y de concierto con ella.

Libres ambas, la naturaleza y la gracia, soberanas ambas, producen juntas un resultado que les es común: la elevación del hombre, á la vida de Dios.

Si esto se entendiese debidamente, con facilidad se establecería ese equilibrio tan necesario, entre la Iglesia y el Estado.

Ya lo sé, querido Ignacio; ya lo sé, que este es el suspiro y el ansia de tu ardiente fe y de tu hermoso corazón.

Modera esos ardores juveniles; calma, calma: ya lo veo, ésta es imposible á tu generoso entusiasmo y á tus treinta y siete años.

La calma, Ignacio, es muy necesaria para la vida, y para el gobierno de la vida, y sobre todo en estos tiempos de verdadera actividad febril...

¡Y estamos sufriendo, en lo eclesiástico y en lo civil, una verdadera inundación de RAPACES!.. Mucho permite Dios; pero será para sacar de males inmensos, inmensos bienes.

Pues bueno, Ignacio, calma; y que no se te caiga jamás de la memoria, esto que voy á decirte.

El equilibrio, suspiro y ansia de tu nobilísimo pecho, el equilibrio entre el Estado y la Iglesia, el orden, la paz, el porvenir, la salvación de naciones formadas por Jesucristo, sólo puede salir de Jesucristo, del Evangelio, que contiene toda la verdad, toda la virtud, toda la plenitud, de que necesita el hombre.

Sembremos siempre y en todas partes el Evangelio: tarde ó temprano él germinará; y si nosotros no recogemos la mies, la habremos preparado, al menos, para una posteridad más afortunada que nosotros.

Y esto me sirve de transición natural para pasar al último punto de tu carta.

Dícesme que fuiste á visitar el presidio que hay en esa localidad, y que volviste á casa escandalizado, horriblemente apenado, por el horrible y vergonzoso estado de las prisiones.

Y añades: Muchas cosas hay en España que hacen asomar al rostro la vergüenza; pero ninguna tan ignominiosa, como el estado de nuestras

cárceles y presidios: ellos son nuestro mayor oprobio, y tal vez nuestro mayor crimen.

¡Qué horror!! Miles de hombres y de mujeres puestos, por fuerza, constante y sistemáticamente, en tales y tan fuertes condiciones, que necesariamente han de hacerse cada día más criminales..... es este un atentado moral de tal índole y magnitud, que no hay conciencia que no se subleve ante el espectáculo de nuestras prisiones.....

Pienso, como tú, Ignacio; pero mira, eso es una necesidad, dado el gobierno de los caciques.

Los caciques, ó reyezuelos de nuestros pueblos, necesitan su corte. ¿Y qué corte más digna para los dioscellos rurales, que los alumnos de esos presidios?

Y cuanto más criminales mucho mejores, para aterrorizar á los pueblos, y así campar por los puñales y horrores presidarios, nuestros kabilas caciqueños.

Mientras haya caciques, nuestras prisiones irán de mal en peor.

No hay mejor brillo para la corte de nuestros reyezuelos rurales, que el brillo de las navajas de presidio.

Y exclamas tú lleno de patriótica y humani-

taria indignación: ¡Y no habrá remedio para este supersalvajismo!

Sí, hombre, sí; óyeme un momento. El mal, donde quiera que se engendre, deja allí un nido de víboras..... produce una desgracia, para el que lo comete, y ésto, por la fuerza misma de la naturaleza de las cosas.

Pero por malos, malazos que seamos, mientras vivimos, no podemos llegar á ser demonios.

Dios, al crearnos, según expresión de Bossuet, lo primero que puso allá en el fondo de nuestro sér, fué la bondad.

Por mucho que el hombre se pervierta, mientras viva, no agota ese tesoro: porque si lo agotásemos, seríamos puro mal..... y el mal es la muerte, según expresión de Moisés.

Esta desgracia, que en nosotros engendra el mal que cometemos, es la penal; pero esta pena, como el hombre puede rehabilitarse en fuerza de aquella bondad que puso Dios lo primero en el alma humana, no debe ser una estéril venganza, sinó una mezcla de justicia y de misericordia.

La justicia repara el mal causado; la misericordia se dirige á la mejora del culpable, á excitar la reacción de la bondad, que todos tenemos mientras vivimos; y como nada hay más poderoso para excitar la bondad, que la bondad mis-

ma ¿con qué divina sabiduría dijo Jesucristo: Perdona á tu hermano, no siete veces, sinó setenta veces siete, cuantas veces puedas!

Por consiguiente, que la pena sea algo áspera, para reparar y contener el mal, bien está; pero debe en ella dominar, por precepto divino y por precepto natural, una bondad y una misericordia inagotables..... lo que decía Cristo N. S.: perdona setenta veces siete, siempre, siempre.

Si á esto añadimos nuestra mala inclinación, nuestra miseria, el ejemplo de los demas, las necesidades, etc., se hace más necesaria la misericordia en la pena.

Ahora bien; ¿quién posee ese vaso misterioso, donde se oculta la unción de la misericordia, el poder de la bondad y el honor del arrepentimiento?

¿A quién le está confiado este misterioso aroma? ¿Quién posee el secreto de las penas que rehabilitan?

Sobre la haz de la tierra hay tres poderes penales: la naturaleza, la sociedad y la Iglesia católica.

La naturaleza castiga el mal en el cuerpo y en el alma:

En el cuerpo, por la enfermedad, por el padecimiento y la muerte prematura.

En el alma, degradándola y quitándola lo que tiene de original, de sensible y de santo.

La naturaleza no tiene misericordia, sólo tiene implacable venganza.

La sociedad, que es el segundo poder penal, tampoco tiene misericordia.

La sociedad tiene su hacha, y sus verdugos, y sus presidios.

La naturaleza, envilece; la sociedad, deshonra; donde la pena es pública, el deshonor es inevitable; y donde quiera que la afrenta maltrata, no aparece la misericordia.

Sola la Iglesia católica, posee el secreto de las penas que rehabilitan; y ésta es una de las buenas pruebas para testificar la divinidad de su institución.

Donde más brilla esta profundísima doctrina penal es en el tribunal de la penitencia.

Hay justicia... pero en cantidad infinitesimal... confesar la falta, en el más profundo secreto, á un hombre dulcísimo, humildísimo... y si no lo es, BASTANTÍSIMO se tiene con su falta.

La confesión, sí, humilla; pero sin deshonar: es tan dulce, que no digo herir, tocar, teme al culpable.

Es tan misericordiosa, que nos acerca á Dios y á nosotros mismos.

A Dios, por el perdón que nos otorga.

A nosotros, por la dicha, la tranquilidad, el bien con que llena nuestras almas.

Por aquí, por aquí, amigo Ignacio, se encuentra el camino para derramar en el alma la unción

de la misericordia, las energías de la bondad, y el honor del arrepentimiento

Todo otro procedimiento es deshonar el hombre; sin encontrar el camino de su corazón, sino para derramar, en su fondo, el veneno de la desesperación.

Pero esto sólo lo puede la Iglesia católica.

Que se entreguen las cárceles y los presidios á religiosos, capuchinos, jesuitas, cuanto más tengan del espíritu de Jesús, mejor; y se verán verdaderas maravillas: no quiero con esto que el Estado abdique la parte natural que en esto le corresponde: no, á cada uno lo suyo.

Decía mi compañero el Sr. Unamuno, que quería se formase la Compañía del hombre para todo...

Yo no quiero que los religiosos sean para todo; que fueran Ministros, Gobernadores, Alcaldes, etcétera, esa confusión de atribuciones traería un brutal despotismo...

Yo no quiero que la humanidad sea como el borracho á caballo de Lutero, que le levantaban por un lado, y se iba á caer por el opuesto...

Lo que yo quiero es que Jesús lo influya todo; lo eleve, y dignifique, y transfigure todo.

Esta sería la dicha universal que para tí, mi querido Ignacio, y para todos los hombres, hermanos míos, en Dios, en Adán y en Cristo Jesús, desea cordialísimamente,

A. ORDAS

Párroco de la Virgen del Camino

De las Facultades de Teología y Filosofía y Letras

SUMARIO

CARTA 1.^a

Sentimiento religioso y nacional, página 5; La patria, 6; Fusión de la tierra y el cielo, 7; Altar y hogar, 7; Jesucristo lo ha transfigurado todo, 7; Todos pertenecemos á dos ciudades, 7; Unión de estas dos ciudades, 8; Patriotismo sobrenatural, 8; Palabras de San Pablo, 8; ídem de Moisés, 9; ídem de Jesucristo, 9; Amor á España tan grande y tan desgraciada, 9; Causa de nuestras desgracias, 10; Masonería, 10; No puede vivir en pleno día, 11; La verdadera y profunda causa, 11; Conjura de reyes y sabios contra la Iglesia, 12; su insensatez 12; El naturalismo, racionalismo; Sus resultados, 13; Ya es hora de abrir todos los ojos, 14; Lo necesario para gobernar, 14; Lo que piensan de sí mismos los racionalistas, 15.

CARTA 2.^a

Fin de los malos, según la Santa Escritura, 17; Fin de los buenos, 18; Desastres del racionalismo, 19; El racionalismo en tiempos de Pericles y Augusto, 19; Justicia al racionalismo, 19; El pueblo y el racionalismo, 20; Confusión, trastorno y corrupción del racionalismo, 21; Qué es el raciocinio, 21; Inconvenientes del raciocinio, 21; Com-

pasión y consideración á los racionalistas, 23; El triunfo será de Dios, 25; La anarquía producida por el racionalismo, 25; Confusión social realizada por el racionalismo, 25; Objeto de estas cartas, 26.

CARTA 3.^a

La verdad es tolerante y el error intolerante, 27; Palabras de Jesucristo, 27; Los tres primeros siglos de la Iglesia, 27; Emperadores de Oriente, 28; Los protestantes perseguidores, 28; ¿Quiénes persiguen hoy en Europa?, 28; Lo que dicta la razón, 29; Juicio sobre la Inquisición, 30; Horror de la Iglesia á la crueldad, 31; La Iglesia está fundada sobre la persuasión, 31; Tiene el Estado derecho á constituir la religión, ley fundamental, 32; Adoptar la verdad por ley del Estado, es una idea sublime, 33; Juicio sobre las persecuciones contra los judíos, 33; La sociedad es ley general de todos los seres, 34; ¿Qué sería un sér en absoluto solitario?, 35; Creación y sociedad, 36; El hombre, anillo de oro, que une la materia y el espíritu, 37; Elogio de la sociedad, 38; Fecundidad del hombre social, 41; *Libertad, igualdad, fraternidad*, 41; La sociedad debe fundarse sobre los deberes, no sobre los derechos, 43.

CARTA 4.^a

Sociedad humana y religiosa son hermanas, 45; La unidad, ley de todos los seres, 45; Lucha entre estas dos sociedades, 47; Pero entre ellas no hay contradicción, 48; Si hay comu-

SUMARIO

CARTA 1.^a

Sentimiento religioso y nacional, página 5; La patria, 6; Fusión de la tierra y el cielo, 7; Altar y hogar, 7; Jesucristo lo ha transfigurado todo, 7; Todos pertenecemos á dos ciudades, 7; Unión de estas dos ciudades, 8; Patriotismo sobrenatural, 8; Palabras de San Pablo, 8; ídem de Moisés, 9; ídem de Jesucristo, 9; Amor á España tan grande y tan desgraciada, 9; Causa de nuestras desgracias, 10; Masonería, 10; No puede vivir en pleno día, 11; La verdadera y profunda causa, 11; Conjura de reyes y sabios contra la Iglesia, 12; su insensatez 12; El naturalismo, racionalismo; Sus resultados, 13; Ya es hora de abrir todos los ojos, 14; Lo necesario para gobernar, 14; Lo que piensan de sí mismos los racionalistas, 15.

CARTA 2.^a

Fin de los malos, según la Santa Escritura, 17; Fin de los buenos, 18; Desastres del racionalismo, 19; El racionalismo en tiempos de Pericles y Augusto, 19; Justicia al racionalismo, 19; El pueblo y el racionalismo, 20; Confusión, trastorno y corrupción del racionalismo, 21; Qué es el raciocinio, 21; Inconvenientes del raciocinio, 21; Com-

pasión y consideración á los racionalistas, 23; El triunfo será de Dios, 25; La anarquía producida por el racionalismo, 25; Confusión social realizada por el racionalismo, 25; Objeto de estas cartas, 26.

CARTA 3.^a

La verdad es tolerante y el error intolerante, 27; Palabras de Jesucristo, 27; Los tres primeros siglos de la Iglesia, 27; Emperadores de Oriente, 28; Los protestantes perseguidores, 28; ¿Quiénes persiguen hoy en Europa?, 28; Lo que dicta la razón, 29; Juicio sobre la Inquisición, 30; Horror de la Iglesia á la crueldad, 31; La Iglesia está fundada sobre la persuasión, 31; Tiene el Estado derecho á constituir la religión, ley fundamental, 32; Adoptar la verdad por ley del Estado, es una idea sublime, 33; Juicio sobre las persecuciones contra los judíos, 33; La sociedad es ley general de todos los seres, 34; ¿Qué sería un sér en absoluto solitario?, 35; Creación y sociedad, 36; El hombre, anillo de oro, que une la materia y el espíritu, 37; Elogio de la sociedad, 38; Fecundidad del hombre social, 41; *Libertad, igualdad, fraternidad*, 41; La sociedad debe fundarse sobre los deberes, no sobre los derechos, 43.

CARTA 4.^a

Sociedad humana y religiosa son hermanas, 45; La unidad, ley de todos los seres, 45; Lucha entre estas dos sociedades, 47; Pero entre ellas no hay contradicción, 48; Si hay comu-

nidad entre el Estado y la Iglesia, ¿por qué son dos?, 48; Quien aborrece á Dios, aborrece la sociedad, 50; Dios, conservador de la sociedad, no el maüßer. 50; La frase de Monescillo y la de León XIII, 51; Una cosa ¿cuándo es natural?, 51; El hombre es natural y sobrenaturalmente sociable, 52; La sociedad humana tiene por ejemplar á la sociedad divina, 53; Ley de la familia, de la sociedad y de la civilización, 55; Cuando la mujer llora, la civilización está en la agonía, 56; El hombre y la mujer, profundos elementos sociales, 56; Todos somos hermanos, 57; La edad de oro, 57; el racionalismo enemigo de esta edad y de la dicha del género humano, 59; La ciencia proclama con Jesucristo: todos sois hermanos.

CARTA 5.^a

Relaciones entre la religión y la sociedad, 61; Las tres razones que gobiernan el mundo, 61; La razón de los hombres de Estado, 62; Los hombres-genios, 63; La razón popular, 64; La mayor infamia del racionalismo, 65; Palabras de Goethe, 65; Palabras de Juan Pablo, 65; otras de Goethe, 66; otras de Thiers, 66; Sin virtud, sin moral, sin costumbres, imposible la sociedad, 67; La misión directa del Estado, 68; Palabras de Platón, de Cicerón, de Aristóteles, 68 y 69; Lo que dice el mismo Voltaire, 69; Palabras notables de San Justino sobre la influencia de la religión sobre la sociedad, 71; Palabras de Séneca, Montesquieu, Washington, Burke y Labulayé, 73.

CARTA 6.^a

Verdadera y falsas religiones, 77; ¿Qué es religión? 78; Superstición é incredulidad, 78; Inmoralidad y falta de razón en las religiones falsas, 81; El protestantismo, 82; Moralidad sobrehumana del catolicismo, 83; Los Santos, 83; La razón y el catolicismo, 86; Otras pruebas de la verdad del catolicismo, 87; Milagros, 88.

CARTA 7.^a

El cristianismo no está aún en la mitad de su carrera, 93; Pueblo no cristiano, pueblo bárbaro, 95; Los reyes, los pueblos y la Iglesia, 95; Notables palabras de San Agustín, 97; Fuente del bienestar terreno, 97; Desprecio del trabajo en la antigüedad, 98; El trabajo en el cristianismo, 99; Esencia de la vida política, 100; El libre albedrío en el cristianismo, 101; Justicia é igualdad, 102; Autoridad y libertad, 102; Notables palabras de Savigni, 103; La Europa occidental, creación de la Santa Sede, 104; Quiénes son los enemigos jurados de la Iglesia, 105; La admirable Constitución de Inglaterra y el Clero católico.

CARTA 8.^a

Distinción entre el poder temporal y el espiritual, 107; Distintos, pero unidos, 108; La lucha, 111; El secreto para arruinar la Iglesia, 112; Notables palabras de Guirot, 114; La constitución de la Iglesia, modelo de Gobiernos, 114; Palabras de Roscher, 115; Economía perfecta en la constitución de la Iglesia, 115; La constitución repre-

nidad entre el Estado y la Iglesia, ¿por qué son dos?, 48; Quien aborrece á Dios, aborrece la sociedad, 50; Dios, conservador de la sociedad, no el maüsser, 50; La frase de Monescillo y la de León XIII, 51; Una cosa ¿cuándo es natural?, 51; El hombre es natural y sobrenaturalmente sociable, 52; La sociedad humana tiene por ejemplar á la sociedad divina, 53; Ley de la familia, de la sociedad y de la civilización, 55; Cuando la mujer llora, la civilización está en la agonía, 56; El hombre y la mujer, profundos elementos sociales, 56; Todos somos hermanos, 57; La edad de oro, 57; el racionalismo enemigo de esta edad y de la dicha del género humano, 59; La ciencia proclama con Jesucristo: todos sois hermanos.

CARTA 5.^a

Relaciones entre la religión y la sociedad, 61; Las tres razones que gobiernan el mundo, 61; La razón de los hombres de Estado, 62; Los hombres-genios, 63; La razón popular, 64; La mayor infamia del racionalismo, 65; Palabras de Goethe, 65; Palabras de Juan Pablo, 65; otras de Goethe, 66; otras de Thiers, 66; Sin virtud, sin moral, sin costumbres, imposible la sociedad, 67; La misión directa del Estado, 68; Palabras de Platón, de Cicerón, de Aristóteles, 68 y 69; Lo que dice el mismo Voltaire, 69; Palabras notables de San Justino sobre la influencia de la religión sobre la sociedad, 71; Palabras de Séneca, Montesquieu, Washington, Burke y Labulayé, 73.

CARTA 6.^a

Verdadera y falsas religiones, 77; ¿Qué es religión? 78; Superstición é incredulidad, 78; Inmoralidad y falta de razón en las religiones falsas, 81; El protestantismo, 82; Moralidad sobrehumana del catolicismo. 83; Los Santos, 83; La razón y el catolicismo, 86; Otras pruebas de la verdad del catolicismo, 87; Milagros, 88.

CARTA 7.^a

El cristianismo no está aún en la mitad de su carrera, 93; Pueblo no cristiano, pueblo bárbaro, 95; Los reyes, los pueblos y la Iglesia, 95; Notables palabras de San Agustín, 97; Fuente del bienestar terreno, 97; Desprecio del trabajo en la antigüedad, 98; El trabajo en el cristianismo, 99; Esencia de la vida política, 100; El libre albedrío en el cristianismo, 101; Justicia é igualdad, 102; Autoridad y libertad, 102; Notables palabras de Savigni, 103; La Europa occidental, creación de la Santa Sede, 104; Quiénes son los enemigos jurados de la Iglesia, 105; La admirable Constitución de Inglaterra y el Clero católico.

CARTA 8.^a

Distinción entre el poder temporal y el espiritual, 107; Distintos, pero unidos, 108; La lucha, 111; El secreto para arruinar la Iglesia, 112; Notables palabras de Guirot, 114; La constitución de la Iglesia, modelo de Gobiernos, 114; Palabras de Roscher, 115; Economía perfecta en la constitución de la Iglesia, 115; La constitución repre-

sentativa fué hallada por la Iglesia, 116; Los tribunales de justicia formados á imagen y semejanza de los tribunales canónicos, 119; Guirot, 120; Sacro Romano Imperio, 121; Notables palabras de Tocqueville, 126.

CARTA 9.^a

La familia, 127; La mujer en la antigüedad, 128; La mujer en el mahometismo, 130; La mujer y las leyes europeas no cristianas, 131; Relaciones del hombre y la mujer según nuestro propio corazón, 132; La mujer y los Libros Santos, 134; Idea de la Virgen-Madre, 137; Diferencia de los sexos, 140; En la Iglesia nada grande se ha realizado sin la intervención de la mujer, 141; La mujer no puede emanciparse, 144.

CARTA 10

La propiedad, 146; Bajo todas las formas dos ó tres hombres son siempre el gobierno, 147; La propiedad, dique contra la autocracia, 147; El hombre sin propiedad, 148; Inconvenientes de la propiedad, 149; El pobre en la antigüedad, 149; Cómo terminan todas las cosas malas, 151; Los racionalistas y la propiedad, 152; El patrimonio del pobre es Jesucristo, 153; Idea clara y breve de la propiedad, 154; Se sueltan las objeciones que hacen algunos contra estas cartas, 155; Los elementos del orden, 157; Propiedad del trabajo, 159; Límites naturales de la propiedad, 161; Palabras notables de Santo Tomás, 161; Tejido admirable para socorrer al pobre, 163; Dig-

nidad del pobre, 164; La cuestión social, 165; La resolverá la gracia de Jesucristo, 166; Bienaventuranza del pobre, 166.

CARTA 11

Se resuelven algunas objeciones de los socialistas, 169; El derecho, 173; Condiciones del derecho, 175; Derecho sagrado, 175; Derecho inmutable, 176; Derecho universal, 177; Lo que Jesucristo hizo con la sociedad, 178; El derecho evangélico es sagrado, 179; Es inmutable, 183; El oro de los grandes, la molicie de los palacios, la seducción de una sonrisa, los más terribles enemigos del derecho evangélico, 185; Jesucristo se armó contra estos enemigos, 185; El derecho evangélico es universal, 186; Cuatro palabras al Sr. Unamuno, actual Rector de la Universidad de Salamanca, 187; Doble signo de las obras de Dios, 189.

CARTA 12

La fraternidad, terreno común en que nos encontramos todos, 191; Cierta egoísmo es natural, 193; el frío y el vacío están en todas partes, 194; La creación de la fraternidad, 195; Cómo cayó la esclavitud, 196; La autoridad, 200; Historia de la autoridad, 201; Epoca oriental, 201; Epoca occidental, 203; Epoca cristiana-católica, 207; Soberanía de Dios y sus límites, 209; contrapeso de la soberanía humana, 210; Jesucristo entregó la soberanía de la conciencia á su Vicario en la tierra, 211; Los mayores enemigos

sentativa fué hallada por la Iglesia, 116; Los tribunales de justicia formados á imagen y semejanza de los tribunales canónicos, 119; Guirot, 120; Sacro Romano Imperio, 121; Notables palabras de Tocqueville, 126.

CARTA 9.^a

La familia, 127; La mujer en la antigüedad, 128; La mujer en el mahometismo, 130; La mujer y las leyes europeas no cristianas, 131; Relaciones del hombre y la mujer según nuestro propio corazón, 132; La mujer y los Libros Santos, 134; Idea de la Virgen-Madre, 137; Diferencia de los sexos, 140; En la Iglesia nada grande se ha realizado sin la intervención de la mujer, 141; La mujer no puede emanciparse, 144.

CARTA 10

La propiedad, 146; Bajo todas las formas dos ó tres hombres son siempre el gobierno, 147; La propiedad, dique contra la autocracia, 147; El hombre sin propiedad, 148; Inconvenientes de la propiedad, 149; El pobre en la antigüedad, 149; Cómo terminan todas las cosas malas, 151; Los racionalistas y la propiedad, 152; El patrimonio del pobre es Jesucristo, 153; Idea clara y breve de la propiedad, 154; Se sueltan las objeciones que hacen algunos contra estas cartas, 155; Los elementos del orden, 157; Propiedad del trabajo, 159; Límites naturales de la propiedad, 161; Palabras notables de Santo Tomás, 161; Tejido admirable para socorrer al pobre, 163; Dig-

nidad del pobre, 164; La cuestión social, 165; La resolverá la gracia de Jesucristo, 166; Bienaventuranza del pobre, 166.

CARTA 11

Se resuelven algunas objeciones de los socialistas, 169; El derecho, 173; Condiciones del derecho, 175; Derecho sagrado, 175; Derecho inmutable, 176; Derecho universal, 177; Lo que Jesucristo hizo con la sociedad, 178; El derecho evangélico es sagrado, 179; Es inmutable, 183; El oro de los grandes, la molicie de los palacios, la seducción de una sonrisa, los más terribles enemigos del derecho evangélico, 185; Jesucristo se armó contra estos enemigos, 185; El derecho evangélico es universal, 186; Cuatro palabras al Sr. Unamuno, actual Rector de la Universidad de Salamanca, 187; Doble signo de las obras de Dios, 189.

CARTA 12

La fraternidad, terreno común en que nos encontramos todos, 191; Cierta egoísmo es natural, 193; el frío y el vacío están en todas partes, 194; La creación de la fraternidad, 195; Cómo cayó la esclavitud, 196; La autoridad, 200; Historia de la autoridad, 201; Epoca oriental, 201; Epoca occidental, 203; Epoca cristiana-católica, 207; Soberanía de Dios y sus límites, 209; contrapeso de la soberanía humana, 210; Jesucristo entregó la soberanía de la conciencia á su Vicario en la tierra, 211; Los mayores enemigos

actuales en España del Sacerdocio, 212; Condiciones del poder entre católicos, 213; Unidad, orden, potestad, elementos sociales, 215; El gobierno de los soldados, 216; Jesucristo cambió el poder de dominación en servicio público, 218; El Papa, siervo de los siervos de Dios, 219; Palabras de Luís Veuillot, 219.

CARTA 13

Los Superiores modelos, 222; Acción que sensibiliza toda la doctrina de la autoridad, 223; Efectos de la palabra de Cristo, la monarquía cristiana, 223; Los tres sentimientos elementos de esta monarquía, 224; Sentimiento de fidelidad, 224; ídem de honor, 224; Famosos versos de Calderón, 225; Libertad de la monarquía cristiana, 225; Muerte de esta monarquía, 226; Ordenes religiosas, 227; Comunidad de recursos, 227; Las tres grandes llagas, 227; Asociación voluntaria de recursos, 227; máxima constante de la Iglesia, 229; Miseria económica, 220; Acrecentamiento de bienes bajo la mano del fraile, 231; Notables palabras de San Ignacio de Loyola, 231; Cinco necesidades que sentimos casi todos, 232; Necesidad de verdad, 233; Inocencio III fué el primero que proclamó «la Instrucción para todos», 235; El servicio del dolor, 236; Todos necesitamos educación, 237; Servicio gratuito de la muerte, 239; Servicio gratuito de la sangre, 241.

CARTA 14

Estado actual de Europa, 243; Causas de este

horrible estado, 243; Lucha del poder católico y el poder racionalista, 245; Todo el racionalismo, 246; Unidad, 247; Fundamento del poder católico y del racionalista, 247 y 248; Egoísmo, 250; Sociedad intelectual, 252; Tres procedimientos para realizar la unidad intelectual, 254; Sola la Iglesia la ha realizado, 256; Dios se ha reservado para sí la soberanía intelectual, 259.

CARTA 15

Las dos ideas en que se funda la sociedad moderna, 261; lo que dicen los enemigos de estas ideas, 262; Dios sólo será el vencedor, 264; La desunión de las inteligencias, 264; El hombre no se basta en ningún orden de cosas, 268; Sola la naturaleza no basta para darnos la felicidad, 269; El hombre puede hacer algún bien en el orden natural sin la gracia, 261; La filosofía no basta para conocer nuestros destinos, 271; No hay un solo hombre de quien no tenga que ruborizarse la sabiduría humana, 272; Palabras notabilísimas, 272; La gracia necesita también de la naturaleza, 273; Inundación perniciosa, 275; La gracia y las prisiones, 275; Estado actual de nuestras prisiones, 276; Gobierno de caciques, 276; Su digna corte, 276; El mal y la pena, 277; Condiciones de la pena, 277; Poderes penales, 278; Sola la Iglesia posee el secreto de las penas que rehabilitan, 279; Que se entreguen cárceles y presidios á religiosos, 280; Otra vez el señor Unamuno, 280; Deseo magnánimo y remedio universal, 280; El borracho de Lutero, 280.

actuales en España del Sacerdocio, 212; Condiciones del poder entre católicos, 213; Unidad, orden, potestad, elementos sociales, 215; El gobierno de los soldados, 216; Jesucristo cambió el poder de dominación en servicio público, 218; El Papa, siervo de los siervos de Dios, 219; Palabras de Luís Veuillot, 219.

CARTA 13

Los Superiores modelos, 222; Acción que sensibiliza toda la doctrina de la autoridad, 223; Efectos de la palabra de Cristo, la monarquía cristiana, 223; Los tres sentimientos elementos de esta monarquía, 224; Sentimiento de fidelidad, 224; ídem de honor, 224; Famosos versos de Calderón, 225; Libertad de la monarquía cristiana, 225; Muerte de esta monarquía, 226; Ordenes religiosas, 227; Comunidad de recursos, 227; Las tres grandes llagas, 227; Asociación voluntaria de recursos, 227; máxima constante de la Iglesia, 229; Miseria económica, 220; Acrecentamiento de bienes bajo la mano del fraile, 231; Notables palabras de San Ignacio de Loyola, 231; Cinco necesidades que sentimos casi todos, 232; Necesidad de verdad, 233; Inocencio III fué el primero que proclamó «la Instrucción para todos», 235; El servicio del dolor, 236; Todos necesitamos educación, 237; Servicio gratuito de la muerte, 239; Servicio gratuito de la sangre, 241.

CARTA 14

Estado actual de Europa, 243; Causas de este

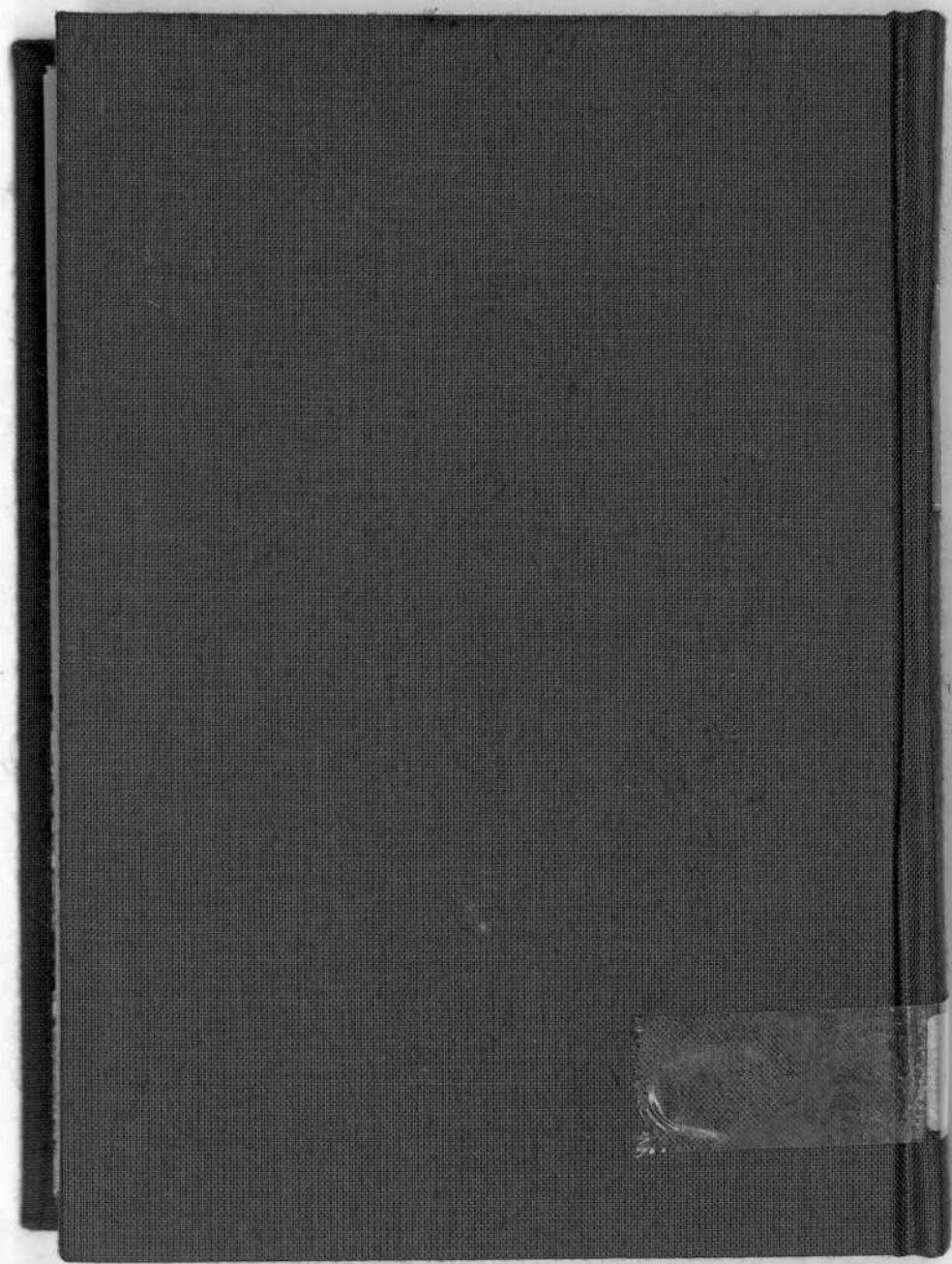
horrible estado, 243; Lucha del poder católico y el poder racionalista, 245; Todo el racionalismo, 246; Unidad, 247; Fundamento del poder católico y del racionalista, 247 y 248; Egoismo, 250; Sociedad intelectual, 252; Tres procedimientos para realizar la unidad intelectual, 254; Sola la Iglesia la ha realizado, 256; Dios se ha reservado para sí la soberanía intelectual, 259.

CARTA 15

Las dos ideas en que se funda la sociedad moderna, 261; lo que dicen los enemigos de estas ideas, 262; Dios sólo será el vencedor, 264; La desunión de las inteligencias, 264; El hombre no se basta en ningún orden de cosas, 268; Sola la naturaleza no basta para darnos la felicidad, 269; El hombre puede hacer algún bien en el orden natural sin la gracia, 261; La filosofía no basta para conocer nuestros destinos, 271; No hay un solo hombre de quien no tenga que ruborizarse la sabiduría humana, 272; Palabras notabilísimas, 272; La gracia necesita también de la naturaleza, 273; Inundación perniciosa, 275; La gracia y las prisiones, 275; Estado actual de nuestras prisiones, 276; Gobierno de caciques, 276; Su digna corte, 276; El mal y la pena, 277; Condiciones de la pena, 277; Poderes penales, 278; Sola la Iglesia posee el secreto de las penas que rehabilitan, 279; Que se entreguen cárceles y presidios á religiosos, 280; Otra vez el señor Unamuno, 280; Deseo magnánimo y remedio universal, 280; El borracho de Lutero, 280.







CARITAS

2256